EL ERROR MÁS PERFECTO



MARCOS A.C.

EL ERROR MÁS PERFECTO

Primera edición.

El error más perfecto

©Marcos A.C.

©abril, 2026

©imágenes por Freepik y AdobeStock

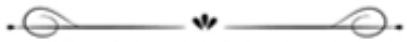
Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25

Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Epílogo

Capítulo 1



Paula

Siempre había pensado que las casas guardaban memoria. La mía lo hacía.

El chalet blanco de mis padres en Córdoba no era solo el lugar donde había crecido; era una especie de archivo emocional donde todo seguía latiendo incluso cuando nadie hablaba. Las contraventanas verdes crujían igual que cuando yo tenía diez años, el limonero del jardín seguía inclinándose hacia la piscina como si quisiera beber de ella, y el olor a jazmín por las noches era tan intenso que a veces parecía una advertencia. O un recuerdo.

Aquella mañana, la luz entraba a través de la terraza acristalada con una suavidad insultante. Demasiado bonita para el caos que llevaba dentro.

Estaba sentada en el sofá de lino claro, con una tostada a medio comer en la mano y el café ya frío sobre la mesa de madera. Tenía el portátil abierto, tres periódicos deportivos desordenados y el móvil vibrando cada pocos minutos.

No lo cogí, no hacía falta. Sabía quién era. Siempre lo sabía.

Suspiré, dejé la tostada en el plato y me recogí el pelo en una coleta alta con un gesto automático. Era casi un reflejo condicionado: cuando algo se complicaba, necesitaba sentir la cara despejada. Como si así pudiera pensar mejor. Como si el control empezara por algo tan ridículo como eso.

—No lo vas a coger, ¿verdad?

La voz de mi madre llegó desde la puerta antes de que la viera. No se molestó en anunciarse más. Nunca lo hacía. Entró en la terraza con esa seguridad suya que no necesitaba permiso. Claudia Romero no caminaba: invadía espacios.

—No —respondí sin mirarla.

Se acercó despacio, observándolo todo. Siempre lo hacía. Como si cada escena fuera una portada potencial. Se sentó frente a mí, cruzó las piernas y cogió mi taza de café sin pedir permiso.

—Está frío —dijo.

—Como mi vida sentimental.

Una sonrisa ladeada apareció en su boca.

—Dramática. Eso es mío.

Le sostuve la mirada por fin.

—Lo malo también se hereda, mamá.

Se quedó unos segundos en silencio, analizándome. Era incapaz de no hacerlo. Había vivido demasiados años leyendo entre líneas, descubriendo mentiras, oliendo escándalos antes de que explotaran.

Y conmigo… bueno. Conmigo nunca había dejado de intentarlo.

—¿Qué ha pasado?

Ahí estaba la pregunta. Simple, directa e inevitable.

Me recosté en el sofá y miré hacia el jardín. El agua de la piscina estaba completamente quieta. Ojalá yo también lo estuviera.

—Nada —mentí.

Mi madre soltó una pequeña risa nasal.

—Paula, cariño… —Apoyó el codo en la mesa—. He construido una carrera entera detectando "nadas" que eran bombas nucleares.

Eso también era cierto.

Mi madre había sido durante años uno de los nombres más reconocidos de la prensa del corazón. Claudia Romero. La periodista que siempre sabía más de lo que decía. La que hacía preguntas incómodas con una sonrisa elegante.

La que nunca perdía. O casi nunca.

—No es para tanto —añadí, más suave.

—Entonces, ¿por qué tienes esa cara?

No respondí. Porque no sabía por dónde empezar. Porque cuando algo se rompía de verdad, no hacía ruido al principio. Solo dejaba un hueco. Y yo ya empezaba a notarlo.

Crecí entre titulares. Y no, no era una metáfora.

En mi casa siempre había periódicos abiertos, revistas apiladas, televisiones encendidas con tertulias de fondo y conversaciones que nunca eran del todo conversaciones. Eran análisis. Opiniones. Estrategias.

Mi madre dominaba el mundo del corazón. Mi padre, el del fútbol. Y ambos eran… jodidamente buenos.

Adrián Salvatierra no necesitaba levantar la voz para imponer respeto. Nunca lo hizo. Le bastaba con mirar. Con esa calma suya que en realidad era control absoluto.

Había sido uno de los periodistas deportivos más importantes del país. Su nombre en "Gol Total" no era solo una firma: era una garantía. Rigurosidad. Información. Exclusivas. Verdad. O lo más cercano a ella.

Yo había crecido viendo cómo los demás periodistas le escuchaban en silencio. Cómo incluso los jugadores bajaban el tono cuando él preguntaba.

Y, sin embargo, en casa…

—Papá, pásame el pan.

—Cógelo tú, Paula.

—Está más cerca de ti.

—Y tus piernas funcionan perfectamente.

Sonreí al recordarlo. Porque sí, había tenido una buena vida. Una familia intensa, complicada, a veces insoportable… pero real. Demasiado real.

Y yo… yo siempre había querido estar a la altura. Ese había sido el problema.

—Te estás yendo —dijo mi madre de repente y parpadeé.

—¿Qué?

—Que te pierdes en tu cabeza —se inclinó un poco hacia mí—. Igual que tu padre.

—Eso no sé si es un halago o una advertencia.

—Ambas cosas.

Suspiré y me froté la cara con las manos.

—He discutido con Sergio.

Silencio. Pero no uno incómodo, sino uno expectante.

—¿Y? —preguntó y la miré.

—Creo que lo hemos dejado.

No hubo dramatismo, ni siquiera sorpresa. Solo una leve inclinación de cabeza. Como si encajara una pieza.

—Vale —dijo.

Fruncí el ceño.

—¿Vale?

—¿Quieres que monte un espectáculo o prefieres que hablemos en serio?

—Habla en serio.

Se acomodó mejor en la silla.

—¿Lo quieres?

La pregunta me golpeó más de lo que esperaba. Abrí la boca. La cerré. Miré hacia el jardín otra vez. Y ahí estaba el problema.

—No lo sé.

Mi madre no dijo nada. Y ese silencio… ese silencio fue mucho peor que cualquier consejo.

Conocí a Sergio en el trabajo. Típico, predecible y evitable. Y aun así… Había sido fácil.

Yo acababa de conseguir el puesto como responsable de prensa de un equipo de fútbol. Mi primer gran paso. Mi primera oportunidad real de demostrar que no era "la hija de". Y él estaba allí.

Jugador. Seguro de sí mismo. Encantador cuando quería. De esos que saben perfectamente cuándo mirar, cuándo tocar, cuándo decir justo lo necesario.

Nos entendimos rápido. Demasiado. Y durante un tiempo… funcionó. O eso quise creer. Pero el fútbol no era solo fútbol.

También era ego, presión, exposición constante. Y yo sabía exactamente cómo funcionaba ese mundo. Había crecido dentro de él. Quizá por eso dolía más.

Porque veía venir las cosas antes de que pasaran. Y aun así… me quedaba.

—¿Ha hecho algo? —preguntó mi madre.

—No exactamente.

—Peor.

Asentí.

—Creo que… —Tragué saliva—. Creo que nunca ha estado realmente conmigo.

Mi madre no apartó la mirada.

—Explícate.

Solté una leve risa sin humor.

—Estoy con él… pero no estoy. Siempre hay algo más importante. Un partido. Una entrevista. Su imagen. Él.

—Eso no es nuevo en ese mundo.

—Ya, pero… —Negué con la cabeza—. Yo no quiero competir con eso. Otra vez no.

Ahí sí lo entendió. Lo vi en su expresión.

Porque, aunque nunca habláramos demasiado de ello. Mi madre sabía perfectamente lo que era quedar en segundo plano. Siempre.

—No eres una opción —dijo con firmeza—. Ni para él ni para nadie.

Tragué saliva.

—Ya.

Pero decirlo… no lo hacía más fácil.

El móvil volvió a vibrar. Esta vez lo miré. Sergio. Otra vez. Lo puse boca abajo.

—No lo cojas —dijo mi madre.

—No pensaba hacerlo.

Mentía. Un poco. Porque parte de mí quería escucharle. Que lo arreglara. Que dijera algo que lo cambiara todo. Por otra parte… Otra parte ya estaba cansada.

—¿Sabes qué es lo peor? —murmuré.

—Dímelo tú.

La miré. Y por primera vez en toda la mañana fui completamente sincera.

—Que no sé si estoy triste por perderle o por confirmar que no era suficiente.

Mi madre se levantó despacio, rodeó la mesa y se sentó a mi lado. No dijo nada durante unos segundos. Solo me miró.

—Paula —dijo al final, más suave—. Ese pensamiento no es tuyo.

Fruncí el ceño.

—Claro que es mío.

Negó con la cabeza.

—No. Es lo que llevas años creyendo.

Ahí dolió. Porque tenía razón. Y lo sabía.

Ser hija de dos referentes tenía un precio. La gente no te lo decía, pero lo pagabas igual.

Siempre eras “la hija de Claudia Romero”. “La hija de Adrián Salvatierra”. Siempre había una expectativa, una comparación. Y aunque nadie lo dijera en voz alta… Estaba ahí.

Yo lo sentía. En cada entrevista, en cada decisión, en cada paso. Y por mucho que trabajara, por mucho que me esforzara, nunca parecía suficiente.

Nunca era del todo mío.

—Mamá… —Murmuré.

—¿Sí?

—¿Y si no soy tan buena como vosotros?

No dudó ni un segundo.

—Entonces serás mejor.

La miré, desconcertada.

—¿Eso qué significa?

Sonrió levemente.

—Que no tienes que ser nosotros.

Silencio. Y algo dentro de mí se aflojó un poco. Solo un poco. Pero suficiente para respirar.

En ese momento, la puerta de casa se abrió de golpe y Alba entró corriendo como si la casa fuera suya.

Bueno… en realidad, lo era un poco.

—¡Tita Paula! —se lanzó directa a mí, rodeándome la cintura con los brazos.

Me agaché para abrazarla y enterré la cara en su pelo, que olía a champú de fresa y a sol de mañana.

—Pero bueno, ¿y esta personita tan importante?

—¡Yo! —respondió, como si fuera obvio.

Sonreí. Siempre lo hacía con ella. Siempre.

—¿Vienes a revolucionarme la vida?

—Sí.

—Perfecto, entonces todo sigue en orden.

Lucía bufó desde la silla.

—La mía ya la tiene revolucionada, por si quieres intercambiarla unas horas.

—Ni de coña —respondí sin dudar—. Me la quedo.

Alba levantó los brazos.

—¡Piscina!

—Son las once de la mañana —dijo Lucía.

—¡Piscina!

—No hemos ni desayunado.

—¡PISCINA!

Me separé un poco de ella y la miré con fingida seriedad.

—Argumentos sólidos.

Lucía me señaló.

—No la animes.

—Es que tiene razón.

—Traidora.

Sonreí, pero algo dentro de mí se suavizó de verdad por primera vez en todo el día. Porque Alba era eso. Un paréntesis. Un lugar donde no había dudas, ni expectativas, ni esa presión constante de estar a la altura de algo.

Con ella yo solo era Paula. Y bastaba.

Mientras Lucía peleaba con Alba para que al menos se tomara un zumo antes de tirarse a la piscina, yo me apoyé en la barandilla de la terraza y las observé.

Siempre me había fascinado cómo lo hacía. Cómo podía ser madre y seguir siendo ella. Caótica, desordenada, imprevisible. Pero fuerte. Mucho más de lo que la gente veía.

—Deja de mirarme así —dijo sin girarse.

—¿Así cómo?

—Como si estuvieras escribiendo un artículo sobre mi vida.

Solté una risa.

—Deformación profesional.

—Y genética —añadió.

Ahí estaba. Otra vez lo de siempre. No lo dijo con maldad, nunca lo hacía. Pero aun así… Se quedaba.

—Oye —añadió girándose al fin—. ¿Qué ha pasado?

Directa, como siempre.

Miré a mi madre, que seguía sentada, observándonos en silencio, como si aquello fuera una escena interesante. Suspiré.

—He cortado con Sergio.

Lucía se quedó quieta un segundo. Luego asintió.

—Vale.

Parpadeé.

—¿Vale?

—Sí.

—¿Ya está?

Se encogió de hombros.

—¿Qué quieres que haga? ¿Le pincho las ruedas? ¿Le quemo el coche? Dame contexto.

No pude evitar reírme.

—Eres una psicópata.

—Pero funcional.

Alba apareció corriendo otra vez.

—¡Mamá, piscina YA!

Lucía levantó un dedo.

—Cinco minutos.

—¡Uno!

—Tres.

—¡DOS!

—Vale, vale, gana la democracia —suspiró—. Pero luego no me pidas comida hasta que no te seques.

—¡SÍ!

Y salió disparada hacia el jardín. Lucía la siguió con la mirada y entonces, cuando volvió a mirarme, su expresión cambió.

—Ahora sí —dijo—. Cuéntame.

Nos sentamos en el borde de la piscina, con los pies rozando el agua. Alba ya estaba dentro, chapoteando sin ningún tipo de preocupación existencial. Qué envidia.

—No ha sido una pelea grande —empecé.

—Esas son las peores.

Asentí.

—Ha sido… acumulación.

—Clásico.

Jugué con el agua con la punta del pie.

—Estoy cansada, Lu.

—Lo sé.

La miré.

—¿Cómo lo sabes?

Se encogió de hombros.

—Porque cuando te cansas de verdad, dejas de justificar.

Silencio. Y otra vez, tenía razón.

—Siempre hay algo —continué—. Siempre hay algo más importante que yo.

Lucía no respondió, solo escuchaba. Y eso lo hacía mejor.

—Y no es solo él —añadí—. Es todo.

—Define “todo”.

Solté el aire lentamente.

—El trabajo. La presión. Tener que demostrar constantemente que no estoy ahí por ser hija de quien soy.

—Pero no lo estás.

—Ya, pero da igual —negué con la cabeza—. La gente lo piensa igual.

Lucía frunció el ceño.

—¿Y tú?

Ahí estaba la pregunta clave. La que dolía. La que evitaba.

—A veces… sí.

No apartó la mirada.

—Pues ahí tienes el problema.

Tragué saliva.

—Gracias por la delicadeza.

—No me pagas por delicadeza.

—No te pago.

—Por eso puedo decirte la verdad.

Y sonreí. Porque esa era Lucía. Brutalmente honesta. Y exactamente lo que necesitaba.

Lucía Vargas no había tenido una vida fácil. Nada fácil.

El padre de Alba desapareció antes incluso de que naciera. Sin explicaciones. Sin despedidas. Sin nada. Y aun así… Ahí estaba. Sacando adelante a su hija.

Trabajando como fotógrafa freelance. Luchando cada día. Sin drama. Sin victimismo. Solo avanzando. Yo la admiraba. Mucho más de lo que decía en voz alta.

—¿Sabes qué creo? —dijo de repente.

—Que soy un desastre.

—Eso ya lo sabemos —me dio un pequeño empujón con el hombro—. Creo que estás repitiendo patrón.

Me tensé.

—No.

—Sí.

—No.

—Paula.

La miré. Y en su cara no había juicio, solo certeza.

—Te estás metiendo en relaciones donde tienes que demostrar constantemente que vales.

Negué con la cabeza.

—No es así.

—Ah, ¿no? —alzó una ceja—. ¿Con Sergio te sentías suficiente?

Abrí la boca. La cerré de nuevo.

—Eso no es justo.

—La verdad, rara vez lo es.

Suspiré.

—No todo es tan simple.

—No, pero esto sí.

Silencio.

El agua de la piscina se movía suavemente alrededor de Alba. El sol empezaba a calentar más. Y yo… me sentía expuesta.

—No quiero estar sola —murmuré.

Lucía suavizó el gesto.

—Eso sí es verdad.

La miré.

—¿Y qué tiene de malo?

—Nada —respondió—. El problema es con quién eliges no estarlo.

Eso se quedó. Muy dentro.

El móvil volvió a vibrar. Lo miré. Sergio otra vez. Lucía también lo vio.

—¿Lo vas a coger?

—No.

—Bien.

Pero no sonaba convencida.

—O lo coges o lo bloqueas —añadió—. Pero esto de quedarte en medio…

—No estoy en medio.

—Estás esperando a que diga algo que lo arregle.

Silencio. Y otra vez… Directa al centro.

—¿Y si lo dice? —pregunté.

Lucía no dudó.

—¿Te lo crees?

No respondí. Porque esa era la respuesta.

—Tita —dijo Alba desde el agua—. ¿Te tiras?

La miré y sonreí.

—Claro.

Me levanté, me quité las zapatillas y, sin pensarlo demasiado… Salté.

El agua fría me envolvió de golpe. Silencio. Paz. Y durante unos segundos, todo desapareció. El ruido. Las dudas. Sergio. Todo.

Salí a la superficie apartándome el pelo de la cara. Alba se rio.

—¡Otra vez!

—Luego —respondí, todavía recuperando el aire.

Lucía nos miraba desde fuera. Y por un instante todo parecía sencillo. Como si la vida pudiera ser solo eso. Sol, agua y risas.

Pero sabía que no. Sabía que algo estaba a punto de romperse del todo. Y lo peor… Era que ya lo sentía venir.

—Paula —dijo mi madre desde la terraza.

Levanté la vista y vi que tenía el móvil en la mano.

—Es tu padre.

Algo en su tono me hizo tensarme. Salí de la piscina apoyándome en el borde.

—¿Qué pasa?

Me lanzó el móvil.

—Dímelo tú.

Lo cogí, vi que tenía un mensaje abierto. Y en cuanto leí las primeras palabras, el estómago se me cayó al suelo.

—No… —Susurré.

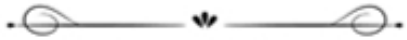
Lucía se levantó de golpe.

—¿Qué pasa?

No respondí. No podía. Porque todo lo demás acababa de dejar de importar.

—Es Samuel.

Capítulo 2



Paula

No recordaba haber respirado mientras leía el mensaje. Solo palabras sueltas.

Fractura. Partido. Hospital. Londres. Samuel.

—¿Paula? —la voz de Lucía sonaba lejos—. ¿Qué pasa?

Tragué saliva, pero tenía la garganta completamente seca.

—Se ha… —Intenté decirlo, pero no me salía—. Samuel… se ha lesionado.

Mi madre ya estaba de pie.

—¿Cómo de grave?

Levanté la vista hacia ella. Y en ese momento supe que no podía suavizarlo.

—Pone que es una fractura. En la pierna.

Silencio. Pero no un silencio cualquiera, uno denso. De los que pesaban. Lucía se acercó un paso más.

—¿Está bien?

—No lo sé.

Y eso era lo peor. No saber. No tener control. No poder hacer absolutamente nada.

Mi padre no mandaba mensajes así. Nunca.

Adrián Salvatierra era de llamadas cortas, directas y precisas. De información clara. De control. Si había escrito en vez de llamar… Era porque la situación no estaba bajo control.

Y eso… Eso sí que daba miedo.

—Llámale —dijo mi madre y asentí.

Pero mis manos no reaccionaban. Se quedaron ahí, sujetando el móvil como si pesara más de lo normal. Lucía me lo quitó con suavidad.

—Dámelo.

Marcó ella y lo puso en altavoz.

Tres tonos. Cuatro.

—Paula —respondió al fin la voz de mi padre.

Y ahí estaba. Más grave de lo habitual. Más… contenido.

—Papá —dije rápido—. ¿Qué ha pasado?

Un segundo de silencio.

—Ha sido en el segundo tiempo —empezó—. Una entrada fea. Ha apoyado mal.

Cerré los ojos. Podía verlo. El campo. El choque. La caída. Samuel en el suelo.

—¿Está consciente?

—Sí.

—¿Tiene dolor?

—Mucho.

Apreté los dedos alrededor del móvil.

—¿Diagnóstico?

Mi padre dudó. Y ese pequeño gesto… Fue suficiente.

—Fractura de tibia —dijo al final—. Están pendientes de pruebas para ver si hay algo más.

El mundo se paralizó un poco.

—¿Algo más… como qué?

—Ligamentos.

Perfecto. Genial. Todo lo que un futbolista no podía permitirse.

—Voy —solté de golpe.

—No —respondió él inmediatamente y fruncí el ceño.

—¿Cómo que no?

—No hace falta que vengas ahora.

—Papá, se ha roto la pierna.

—Lo sé.

—Entonces no entiendo qué parte de eso te hace pensar que me voy a quedar aquí.

Silencio. Podía imaginarle pasándose la mano por la cara. Pensando. Midiendo. Siempre midiendo.

—Déjame que hable con los médicos —dijo al final—. En cuanto tenga el informe completo, decidimos.

Negué con la cabeza, aunque no pudiera verme.

—Yo ya he decidido.

Mi madre intervino.

—Adrián —su voz era firme—. Va a ir.

Otro silencio. Más corto.

—Os llamo en cuanto salga el médico —dijo él—. Y Paula…

—¿Sí?

—Está asustado.

Eso… Eso me rompió. Porque Samuel nunca se asustaba. Nunca.

—Dile que voy —susurré.

—Se lo diré.

La llamada se cortó, y el silencio que quedó después… Fue ensordecedor.

—Vale —dijo Lucía, práctica—. Vamos a organizarnos.

Asentí, aunque no estaba segura de estar procesando nada.

—Vuelo —continuó—. Maleta. Documentación.

—Me voy contigo —añadió mi madre y la miré.

—No hace falta.

—No es negociable.

Y supe que no lo era.

—Alba —dijo Lucía, girándose hacia la piscina—. Salimos.

—¡No!

—Ahora.

—¡No!

—Alba.

Ese tono, el de verdad, hizo que la niña se quedara quieta. Luego salió despacio, con el ceño fruncido.

—¿Qué pasa?

Me acerqué y me agaché frente a ella.

—El tío Samuel está malito —dije suave.

—¿Mucho?

Sonreí, aunque me costaba.

—Un poco.

—¿Le duele?

Asentí.

—Sí.

Alba frunció los labios.

—Entonces hay que darle un beso.

Y ahí… Ahí tuve que apartar la mirada un segundo.

Porque esa lógica tan simple… Era todo lo que necesitaba. Ojalá la vida funcionara así.

Entré en casa empapada, dejando un rastro de agua por el suelo. No me importó. Nada de eso importaba.

Subí directamente a mi habitación y abrí el armario sin pensar demasiado. Ropa. Lo primero que pillé. Vaqueros. Camisetas. Sudaderas. Como si eso fuera a arreglar algo. Como si estar preparada cambiara el hecho de que mi hermano estaba en un hospital en otro país.

Me detuve un segundo y respiré hondo. Pero el aire no llenaba. No suficiente.

Samuel era dos años menor que yo. El niño que se caía mil veces y se levantaba mil una. El que convirtió el fútbol en su lenguaje antes de aprender a explicarse con palabras. El que se fue a Londres persiguiendo algo enorme… Y lo estaba consiguiendo.

A su manera. A base de talento. Y de una disciplina que no había heredado precisamente de mí.

Sonreí un poco al pensarlo. Siempre había sido mejor que yo en eso. En centrarse. En ir a por lo que quería sin mirar atrás. Y ahora… Ahora alguien había frenado eso de golpe.

El móvil vibró otra vez. Miré la pantalla y vi que era Sergio otra vez. Cerré los ojos.

De verdad. ¿Ahora? ¿En serio? Lo dejé sonar. Otra vez. Y otra. Hasta que se cortó.

Respiré. Y en ese momento lo tuve claro. Lo llamé. Pero no para responder. Para terminar.

—¿Sí? —su voz sonó aliviada al otro lado—. Paula, llevo toda la mañana…

—Samuel ha tenido un accidente —le corté.

Silencio.

—¿Qué?

—Se ha roto la pierna. Estoy organizando para irme.

Otro silencio. Más largo.

—Joder… —murmuró—. ¿Está bien?

—No lo sé.

—Vale… —Dudó—. Si quieres, paso luego por tu casa.

Cerré los ojos. Ahí estaba. Otra vez tarde. Como siempre.

—No —respondí.

—Paula—

—No vengas.

—Solo quiero ayudarte.

Solté una pequeña risa sin humor.

—No sabes cómo.

Silencio.

—Eso no es justo.

—No —admití—. Pero es verdad.

Me apoyé en la cómoda.

—Sergio… no puedo hacer esto ahora.

—¿El qué?

—Nosotros. Me voy a Londres, Sergio. Ya hablaremos.

Corté la llamada, suspiré y me centré en lo que realmente me importaba ahora. Mi hermano pequeño.

—¿Paula? —la voz de Lucía me llegó desde la puerta—. El vuelo sale en tres horas —añadió—. He encontrado uno directo.

Asentí.

—Perfecto.

—Tu madre está haciendo la maleta también.

—Ya me lo imagino.

—Oye —dijo, y la miré.

—Va a salir bien.

Quise creerla. De verdad. Pero algo dentro de mí… No estaba tan seguro.

Porque cuando la vida decidía torcerse, no pedía permiso.

Miré por última vez mi habitación. Mi casa. Mi refugio. Ese lugar donde todo había empezado. Donde aún, hacía solo unas horas, mi mayor problema era una relación que no funcionaba.

Y ahora… Ahora todo era distinto. Más grande. Más serio. Más real.

Cogí la maleta y, antes de salir, respiré hondo. Como si eso pudiera prepararme.

No lo hizo. Pero al menos lo intenté.

El avión me pareció eterno. No por la duración, sino por mi cabeza. Porque no paraba. Porque cada vez que cerraba los ojos veía a Samuel cayendo al suelo, agarrándose la pierna, con ese gesto que nunca le había visto.

Miedo.

Mi hermano no tenía miedo. Nunca. Y eso era lo que más me descolocaba.

Mi madre no dijo mucho durante el vuelo. Estaba sentada a mi lado, recta, elegante incluso en el silencio, con las manos entrelazadas sobre el regazo. Pero

la conocía.

Sabía leerla. Y estaba igual que yo. Solo que lo tenía mejor escondido.

—Va a estar bien —dijo en un momento, sin mirarme.

Asentí. No porque lo creyera, sino porque lo necesitaba.

Londres nos recibió gris. Cómo no.

Siempre me había parecido una ciudad bonita… pero distante. Como si nunca terminara de abrirse del todo. Como algunas personas. Como yo.

Un coche del club nos recogió en el aeropuerto. No recordaba el trayecto. Solo luces difusas, edificios pasando como sombras y mi móvil apretado entre las manos. Sin mensajes nuevos. Sin noticias. Nada.

Y ese "nada" era insoportable.

El hospital olía a desinfectante y a miedo. Siempre igual. Siempre frío. Siempre demasiado real.

—Familia de Samuel Salvatierra —dijo una enfermera al vernos entrar y asentimos—. Por aquí.

Los pasillos se me hicieron más largos de lo normal. O quizá era yo, que caminaba más despacio de lo que pensaba. O más rápido. No lo sabía.

Solo que, cuando llegamos a la puerta… Me detuve de golpe, con la mano en el pomo. Y por primera vez desde que había recibido el mensaje… Dudé.

—Paula —dijo mi madre, suave.

La miré. Y vi algo que no esperaba. No era control ni fortaleza. Era miedo. Igual que el mío.

Tragué saliva. Y abrí la puerta.

Samuel estaba en la cama. Pálido. Demasiado quieto. Con la pierna inmovilizada, elevada, vendada. Y, aun así, cuando nos vio, sonrió.

—Vaya cara traéis —murmuró.

Y ahí… Ahí se me rompió todo.

—Idiota —susurré acercándome—. ¿Se te ocurre algo mejor para llamar la atención?

Soltó una breve risa que terminó en una mueca de dolor.

—Funciona, ¿no?

Le cogí la mano, fuerte. Como si pudiera anclarle. Como si así no se fuera a romper más.

—¿Cómo estás?

Se encogió ligeramente de hombros.

—He estado mejor.

—No me jodas.

—Tampoco peor.

Negué con la cabeza, pero estaba sonriendo entre lágrimas.

—Sigues siendo imbécil.

—Genética.

—Eso es tuyo.

—Papá dice lo mismo.

Levanté la vista y lo vi. Adrián Salvatierra estaba al otro lado de la habitación. De pie, quieto, observando. Como siempre.

Pero no. No como siempre. Había algo distinto. Algo… roto.

Nos acercamos y, sin decir nada, me abrazó. Fuerte, muy fuerte. Y eso… Eso sí que no era normal.

—Está estable —dijo en voz baja—. Le operan mañana. La fractura es limpia, pero hay daño en ligamentos. Tardará.

Asentí contra su pecho.

—Vale.

Pero no estaba bien. Ninguno lo estaba.

Horas después, cuando todo se calmó un poco, cuando Samuel estaba sedado y mi madre hablaba con los médicos, salí al pasillo.

Necesitaba aire. Espacio. Algo que no oliera a hospital.

Me apoyé en la pared y cerré los ojos. Y entonces… Lo sentí. Esa presión en el pecho. Esa mezcla de todo. El susto. El cansancio. Esa sensación constante de no llegar. De no ser suficiente. De estar siempre… corriendo detrás de algo.

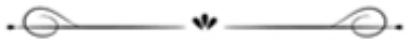
Abrí los ojos y lo entendí de golpe.

Nada de eso tenía que ver con Sergio. Ni con el trabajo. Ni siquiera con Samuel. Tenía que ver conmigo.

Con todo lo que llevaba años arrastrando. Con ser “la hija de”. Con compararme. Con exigirme más de lo que podía sostener. Con no permitirme fallar. Nunca.

Y estaba agotada. Jodidamente agotada.

Capítulo 3



Nico

Siempre había pensado que el silencio decía más que cualquier entrevista. Y yo había dado demasiadas.

Demasiadas respuestas correctas, demasiado control, demasiadas frases medidas para no mostrar nada que no quisiera que vieran.

Siempre había tenido claro cuáles eran las normas. No escritas, pero firmes. Familia. Respeto. Límites. Y Paula… Paula siempre había estado dentro de ese círculo.

Intocable. No porque no quisiera, sino porque no debía.

La había visto crecer. Literalmente. Veranos en Córdoba, comidas interminables, discusiones entre nuestros padres sobre fútbol y titulares, risas, confidencias a medias… Y ella ahí.

Cada año un poco más alta. Un poco más lista. Un poco más peligrosa. Pero yo… Yo siempre había mantenido distancia. O eso creía.

—Estás jodido.

Abrí los ojos. Y ahí estaba mi mejor amigo apoyado en la pared, con las manos en los bolsillos y esa sonrisa que siempre parecía saber demasiado.

—No empieces, Marco.

Marco Bellini soltó una risa baja.

—No he dicho nada.

—No te hace falta.

Se acercó un poco más, observándome como si fuera un análisis táctico.

—Te has quedado mirando una puerta durante diez minutos —añadió—. O hay una mujer dentro… o necesitas terapia.

No respondí. Porque sabía perfectamente cuál era la respuesta.

—Es por ella —dijo directamente.

No era una pregunta. Nunca lo era con él. Me pasé la mano por la cara.

—No te metas.

—Llego tarde para eso.

Silencio.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó.

No contesté.

—Joder… —murmuró—. Es grave.

Le lancé una mirada.

—Cállate.

—No —negó—. Esto no es “me gusta”. Esto es “me he pasado años haciéndome el imbécil”.

Apreté la mandíbula.

—Marco.

—Nico.

Silencio. Y entonces suspiré. Porque con él no servía de nada fingir.

—Demasiado —dije al final.

Asintió despacio. Como si confirmara algo.

—Es la hija de Adrián.

—Y de Claudia.

—Y es familia.

—Y es una mujer —remató—. No una niña.

Silencio. Uno incómodo y real. Porque tenía razón. Y eso era justo el problema.

Siempre había sido así. Desde pequeño. Demasiado consciente. Demasiado responsable.

Mi padre decía que había nacido con cuarenta años. No iba desencaminado.

Daniel Roldán. Uno de los nombres que todavía resonaba en el periodismo deportivo. No tanto por lo que decía, sino por cómo lo decía.

Cercano. Directo. Humano. Todo lo que yo no era delante de una cámara.

—*El fútbol se entiende mejor si escuchas a las personas* —me decía cuando era crío.

Yo no escuchaba. Yo jugaba. Siempre andaba con un balón en los pies. En el patio. En la calle. En cualquier sitio. Era lo único que no cambiaba.

Porque todo lo demás sí lo hacía.

Quería ser mil cosas. Médico. Bombero. Arquitecto. Periodista. Piloto de carreras de motos. Lo típico. Pero al final… Siempre volvía a lo mismo.

Al balón. A la sensación de controlarlo todo durante noventa minutos. A ese momento en el que el mundo se reducía a una jugada. A una decisión. A un segundo.

Y supe que no iba a poder dejarlo nunca. Ni quería.

—¿Sigues pensando jugar hasta los cincuenta? —preguntó Marco, sacándome de mis pensamientos.

—Cuarenta y cinco.

—Eres un enfermo.

—Estoy en forma.

—Eso no te lo discuto.

Y no lo hacía, porque era verdad.

A mis treinta y siete años seguía rindiendo. Seguía marcando diferencias. Seguía siendo titular. No por nombre. Por nivel. Y eso… Eso era lo único que respetaba.

—No me voy a retirar todavía —añadí y Marco sonrió.

—No, claro que no.

—¿Qué?

—Que necesitas una excusa para no parar.

Le miré.

—No necesito excusas.

—No —negó—. Necesitas no pensar.

Silencio. Y otra vez… Demasiado certero.

Mi madre siempre había sido la que veía lo que yo no decía.

Diana Jiménez era observadora. Tranquila, pero imposible de engañar.

—*Hay cosas que no se controlan* —me dijo una vez.

Yo no estaba de acuerdo. Siempre se podía controlar. Siempre. Hasta ahora.

—¿Has hablado con tu hermano? —preguntó Marco y asentí.

—Sí.

Izan era once años menor que yo, y todo lo que yo no fui a su edad.

Más ligero. Más impulsivo. Pero igual de brillante.

Eligió otro camino. Periodismo deportivo. Motociclismo. Y lo hacía bien. Muy bien.

—¿Sigue con la italiana? —preguntó Marco.

Solté una breve risa.

—Ya no.

—¿Otra?

—Siempre.

Marco negó con la cabeza.

—Ese chaval es un desastre.

—Está aprendiendo.

—¿De quién? Desde luego, de ti no.

Le miré.

—Le he enseñado lo importante.

—¿El qué?

—Respetar.

Silencio.

—¿Solo eso?

Negué.

—Entender a la otra persona. Quererla como es. Y no dar por hecho que va a estar ahí mañana.

Marco arqueó una ceja.

—Qué profundo.

—Es real.

—¿Y tú aplicas eso?

Ahí estaba, otra vez.

—No.

—Ya.

Silencio.

—¿Te ha vuelto a preguntar por ella? —insistió.

—Siempre.

—¿Y tú qué has dicho?

—Lo mismo de siempre.

Marco sonrió, anticipándose.

—“Eso sería un error”.

—Exacto.

—Eres idiota.

No lo discutí. Porque probablemente lo era.

Caminé hasta la ventana y apoyé las manos en el marco, que estaba frío. Bien. Lo necesitaba. Porque tenía la cabeza demasiado llena.

Y cuando eso pasaba… Siempre volvía al mismo sitio. A casa. No a la de ahora. A la de antes.

Mi infancia no fue complicada, fue intensa. Que no era lo mismo.

Crecí en una casa donde siempre había gente, ruido, conversaciones cruzadas y fútbol en la televisión a cualquier hora.

Mi padre hablaba de partidos como si fueran historias, no como datos. Y eso cambiaba todo.

—*El fútbol no son números, Nico* —me decía—. *Son decisiones.*

Yo le escuchaba… a medias. Porque mientras hablaba, yo ya estaba con el balón en los pies. Siempre.

Mi madre observaba. Desde la cocina, desde el sofá, desde cualquier rincón. Y cuando hablaba… Acertaba. Siempre.

—*Va a llegar lejos* —le dijo una vez a mi padre, pensando que yo no escuchaba.

—*Si no se rompe antes* —respondió él.

No hablaban de lesiones. Hablaban de cabeza. De carácter. De lo que costaba sostener algo cuando empezaba a ir bien.

Mis abuelos eran otra historia.

Mi abuelo tenía manos de hombre que había trabajado toda su vida. De esos que no necesitaban decir mucho para que les respetes. Mi abuela… Era la

que equilibraba todo. La que bajaba el volumen cuando subía demasiado. La que hacía que las cosas importantes no se olvidaran.

Cuando murieron… La casa cambió. Menos ruido. Más espacio. Demasiado espacio. Y ahí fue cuando empecé a entender que nada era permanente. Que todo se acababa antes o después.

—Te estás yendo.

La voz de Marco me devolvió al presente.

—No.

—Sí.

Me giré.

—Estoy pensando.

—Peor aún.

Resoplé.

—¿Siempre eres así?

—Solo cuando tengo razón.

Silencio.

—¿Te has planteado que igual no puedes controlar eso? —añadió.

—Siempre se puede.

—No con ella.

Ahí estaba otra vez.

—No la metas en esto.

—Ya está metida.

No respondí. Porque era verdad.

El móvil vibró en mi bolsillo. Lo saqué y en cuanto vi el nombre… Negué con la cabeza, sonriendo.

—¿Quién es? —preguntó Marco.

—Una mala idea.

—Cógelo.

—Siempre lo hago.

—Entonces no es tan mala.

Descolgué.

—Dime.

—Pensé que estabas muerto.

Su voz. Clara. Divertida. Demasiado conocida. Sonreí.

—Siento decepcionarte.

—Siempre.

Me apoyé otra vez en el cristal.

—¿Cómo estás?
—Divorciada, guapa y peligrosamente aburrida —respondió—. Lo normal.

Solté una risa baja.

—Eso suena a problema.

—Lo es —pausa—. ¿Y tú? ¿Sigues rompiendo corazones en Italia o ya te has calmado?

—Nunca los he roto.

—Claro, claro.

Silencio. De esos que no pesaban.

—Te noto raro.

—Estoy cansado.

—Mentira.

Sonreí.

—Sigues igual.

—Y tú también —respondió—. Cuando dices “cansado”, significa que algo te ha tocado donde no quieres.

Silencio.

—¿Es por ella?

Directa, como siempre.

—No.

—Nico.

—De verdad.

—Vale —pausa—. Entonces es grave.

Negué con la cabeza, aunque no pudiera verme.

—No empieces.

—Siempre empiezo.

—Lo sé.

Silencio. Y luego… Su risa. Suave. Con algo más.

—Deberíamos casarnos.

Solté aire por la nariz.

—Otra vez con eso.

—Piénsalo —continuó—. Nos conocemos. Nos soportamos. El sexo siempre fue bueno. Es una base sólida.

Cerré los ojos un segundo.

—Sabes que no saldría bien.

—Claro que no —respondió sin dudar.

Sonreí. Ahí estaba la gracia.

—Entonces no tiene sentido.

—Claro que lo tiene —añadió—. El problema no soy yo.

Silencio.

—Ya estamos.

—Sí, ya estamos —su tono cambió, más suave—. Tu corazón le pertenece a otra.

No respondí.

—Siempre le ha pertenecido —continuó—. Y no quieres decirlo por miedo, Nico.

Apreté la mandíbula.

—No empieces como mi hermano.

Se rio.

—¿Izan también lo sabe?

—Todo el mundo parece saberlo menos yo.

—No —corrigió—. Tú lo sabes. Solo que no lo dices.

Y de nuevo silencio. Uno largo, incómodo y verdadero.

—Al final me voy a casar con tu hermano —añadió de repente y solté una carcajada.

—Eres mucha mujer para él.

—Eso dices ahora.

—Y mañana.

—Ya veremos.

Negué con la cabeza.

—No tienes arreglo.

—Ni tú.

Otra pausa. Más tranquila.

—Oye —dijo al final—. Ten cuidado.

Fruncí el ceño.

—¿Con qué?

—Con eso que estás evitando.

—Ya es tarde.

Silencio.

—Entonces no la cagues.

Tragué saliva.

—Lo intentaré.

—No —respondió—. Hazlo bien o no lo hagas.

Sonreí levemente.

—Sigues mandando demasiado.

—Y tú sigues escuchando.

—A veces.

—Más de lo que admites.

Silencio.

—Hablamos —dijo.

—Hablamos.

Colgué. Y me quedé quieto unos segundos. Con el móvil en la mano y una certeza clara.

Nunca había estado realmente libre. Nunca. Porque, aunque saliera con otras, aunque intentara construir algo distinto… Siempre había una línea invisible. Un límite. Un nombre.

Paula.

—¿Te ha dejado más tranquilo? —preguntó Marco, y negué con la cabeza.

—No.

—Bien.

Le miré.

—¿Bien?

—Eso significa que ya no puedes esconderte.

Silencio.

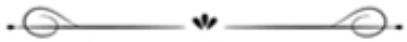
—Nunca he sabido hacerlo con ella.

—Pues aprende rápido.

Respiré hondo y empecé a caminar. Sin pensar demasiado. Porque esta vez no había estrategia. No había control. Solo una cosa.

Ella. Y todo lo que llevaba años evitando.

Capítulo 4



Nico

El entrenamiento había terminado hacía más de una hora, pero yo seguía en el campo. Solo. Como muchas veces.

El césped todavía conservaba el calor del día y el balón descansaba a unos metros de mí, inmóvil, como si también estuviera esperando algo.

Siempre me pasaba lo mismo.

Después de entrenar, cuando todo el mundo se iba, necesitaba unos minutos más. Para mí. Para vaciar. Para volver a empezar. O eso creía.

El móvil vibró dentro de la bolsa de deporte. No le di importancia al principio. Otra llamada. Otro mensaje. Otra cosa que podía esperar. Pero insistió. Y eso… Eso ya no era normal.

Me acerqué, lo saqué y miré la pantalla. Fruncí el ceño al ver que era mi padre. No solía llamarme a esas horas, y descolgué.

—Dime.

No hubo saludo. Nunca lo había.

—Samuel ha tenido un accidente.

Y el mundo se paró. Literalmente.

—¿Qué?

—Partido en Londres. Entrada fea. Pierna.

Apreté el móvil contra la oreja.

—¿Cómo de grave?

Silencio. Ese silencio que decía más que cualquier palabra.

—Fractura.

Cerré los ojos.

—¿Está consciente?

—Sí. Pero jodido.

Claro.

—¿Y Paula?

—Aquí. Con Claudia. Han venido ya.

Asentí, aunque no pudiera verme. Y en ese momento… No lo dudé.

—Voy.

—Nico…

—Voy a coger el primer vuelo.

—No hace falta que…

—Sí hace falta.

Silencio. Mi padre suspiró al otro lado.

—Vale.

—Mándame ubicación exacta del hospital.

—Te la paso.

Colgué y me quedé ahí. Quieto. Con el móvil en la mano. Y una sensación muy clara en el pecho.

Urgencia. Pero no solo por Samuel. Por todo.

—¿Qué ha pasado?

La voz de Marco me sacó de golpe. Se había quedado en la puerta del túnel, observándome.

—Samuel —dije—. Se ha roto la pierna.

Su expresión cambió al instante. Más seria.

—Joder…

Asentí.

—En Londres.

—¿Cómo de grave?

—Fractura. No sé mucho más.

Marco negó con la cabeza lentamente.

—Eso le tiene que estar matando.

—Sí.

—Se pierde la temporada seguro.

—Sí.

—Y como haya ligamentos…

No terminó la frase. No hacía falta.

—Lo sé.

Silencio.

—¿Vas a ir? —preguntó.

Le miré.

—Voy a coger el primer vuelo.

Asintió sin dudar.

—Claro.

Me pasé la mano por el pelo.

—Para él esto no es solo una lesión.

—Para ninguno de nosotros lo es —respondió Marco.

Le sostuve la mirada.

—Si no se recupera bien… no pierde una temporada.

Silencio.

—Pierde su carrera.

Marco no apartó la vista.

—Y su vida.

—El fútbol es todo para él —añadí.

—Como para ti.

—Sí.

Y eso… Eso era lo que más dolía.

Porque sabía perfectamente lo que significaba. Sabía lo que era sentir que todo lo que eras dependía de tu cuerpo. De que funcione. De que responda.

Y cuando no lo hacía… Se caía todo.

Fui al vestuario, cogí lo imprescindible y salí sin despedirme demasiado. No hacía falta. Todos sabían ya lo que había pasado.

Estas cosas se entendían sin palabras.

En el coche hacia casa, la cabeza no dejó de girar. Pero no solo por Samuel. Por todo lo que venía detrás. Por la familia. Por lo que significaba realmente. Porque nuestras familias… Nunca fueron solo familias.

Eran historia. Años de una vida compartida. Mis padres y los suyos. Adrián y Claudia. Siempre juntos. Siempre cerca. Comidas eternas. Veranos en Córdoba. Risas. Discusiones. Niños corriendo por la casa. Y yo… Ahí. Desde el principio.

Tenía once años cuando nació Paula. Once.

Lo recordaba perfectamente. Porque mi madre me obligó a acompañarla al hospital.

—*Es importante* —me dijo.

Yo no entendía por qué. Era un bebé. Solo eso. Pero cuando la vi… Pequeña. Ridículamente pequeña. Arrugada y frágil. Algo cambió.

No supe qué. Solo que la miré más tiempo del que esperaba.

—*Es preciosa* —dijo mi madre.

Yo no dije nada. Solo asentí. Y durante años… Fue eso.

La niña. La pequeña. La que corría detrás de nosotros. La que se reía por todo. La que no paraba de hablar.

—*¡No vale!* —gritaba—. *¡Siempre me ponéis de portera!*

Samuel se reía. Izan también. Y yo… Yo seguía jugando.

—*¡Es que eres mala!* —decía Samuel.

—*¡No soy mala! ¡Sois vosotros que tiráis muy fuerte!*

—*Claro.*

—*¡Quiero jugar delante!*

—*Cuando pares una, hablamos.*

Y ella se cruzaba de brazos. Enfadada. Pero a los dos minutos… Otra vez estaba riendo. Siempre riendo. Siempre volviendo.

Creció rápido. Demasiado. Un día era una niña, Y al siguiente… Ya no.

Pero yo seguía viéndola igual. O eso me decía. Porque era más fácil. Porque no tenía que pensar en ello. Porque no debía.

Cumplió veinte años y todo cambió. No de golpe ni de manera evidente. Pero sí definitivo.

Fue en una de esas cenas de verano. Calor. Risas. Vino. Conversaciones cruzadas. Y ella entró. Tarde, como siempre, pero ya no era la niña que llegaba corriendo. Caminaba distinto. Miraba distinto. Todo en ella era distinto.

Y por primera vez… La vi de verdad. No como la hija de. No como la pequeña. Como mujer.

Y eso… Eso fue un problema serio. Porque en ese mismo instante supe algo que no quería saber.

La deseé. Y no debía. No podía. No encajaba en ningún sitio lógico. En ninguna norma. En nada. Así que hice lo único que sabía hacer.

Controlar. Poner distancia. Construir límites. Ser el de siempre. El correcto. El que no se equivocaba. El que no cruzaba líneas.

Pero en la vida siempre hay cosas que no desaparecen. Solo se esconden. Se acumulan. Crecen. Esperan. Y cuando salen… No piden permiso.

El coche se detuvo frente a mi casa en Italia. La fachada blanca, limpia, perfecta. Todo en orden. Todo bajo control. Como siempre. Pero al bajar supe que eso se había terminado.

Porque hay personas que rompen todos los esquemas que te has pasado años construyendo. Sin hacer nada, solo siendo. Y Paula… Siempre había sido esa persona.

Subí a casa, dejé la bolsa y empecé a hacer la maleta sin pensar demasiado. Rápido. Eficiente. Automático. Pero mi cabeza seguía allí. En ese recuerdo. En ese momento exacto en el que todo cambió. Y en lo que vino después.

Años de silencio. De miradas evitadas. De control. De negación. De no permitirme sentir algo que ya estaba ahí. Desde hacía mucho. Demasiado.

Cerré la maleta de golpe y me quedé quieto. Con una única idea clara.

Hay personas que decides no amar. Por razones que parecen lógicas. Por normas que tú mismo impones. Por miedo. Por lealtad. Por lo que sea.

Pero eso… No cambia lo que sientes. Solo cambia lo que haces con ello. Y yo había decidido no hacer nada.

Durante años.

Londres siempre me había parecido una ciudad impersonal. Demasiado grande. Demasiado rápida. Demasiado llena de gente que no se mira.

Pero esa mañana… No vi nada. Ni calles. Ni edificios. Ni tráfico. Solo una dirección. Un hospital. Y todo lo que me esperaba dentro.

Cuando llegué, ya estaban todos. Lo supe antes de entrar, no por intuición, por el ruido. Voces conocidas. Ese murmullo que solo se daba cuando la familia estaba junta.

Respiré hondo antes de cruzar la puerta. Y en cuanto lo hice… Ahí estaban mis padres y mi hermano Izan.

—Mira quién ha decidido aparecer —dijo Izan nada más verme.

Sonreí levemente.

—Cállate.

Pero no me dio tiempo a más. Mi madre ya estaba abrazándome. Fuerte, como cuando era pequeño.

—Estás bien —murmuró.

—Sí.

Mi padre me dio una palmada en el hombro.

—Has tardado.

—He venido lo más rápido que he podido.

Asintió. Sin más. Y eso… Eso era suficiente.

Me giré. Y los vi. Adrián y Claudia. Siempre elegantes. Siempre firmes. Pero no hoy. Hoy había algo más. Cansancio y preocupación.

—Gracias por venir —dijo Claudia.

Me acerqué y la abracé.

—No hace falta decirlo.

Adrián me estrechó la mano, fuerte. Más de lo habitual.

—Está estable —dijo directamente, y asentí.

—Lo sé.

Nos miramos un segundo y no hizo falta nada más. Porque con él… Nunca hacía falta.

—Está despierto —añadió mi madre.

Miré hacia la puerta de la habitación y entonces me detuve de golpe. Porque antes de entrar la escuché.

Una risa. Su risa. Y algo dentro de mí se aflojó. Se relajó y se rompió un poco.

No la había oído en seis meses. Demasiado tiempo. Y aun así… La reconocería entre mil.

Sonreí sin darme cuenta. Y me quedé ahí un segundo más de lo necesario. Solo escuchando.

Empujé la puerta despacio y entré.

Samuel estaba recostado en la cama, con la pierna inmovilizada y el móvil en la mano. Y a su lado… Ella. Los dos mirando algún vídeo, riéndose. Como si nada. Como si todo estuviera bien.

Y por un instante quise quedarme ahí. En esa imagen. Sin moverme. Sin romperla. Pero entonces me vieron. Y todo cambió.

—Hombre —dijo Samuel—. El señor importante.

Sonreí.

—Cállate.

Levantó la mano y la choqué con él. Con cuidado.

—¿Qué tal estás?

Se encogió de hombros.

—De puta madre, ya ves.

Miré la pierna.

—Se te nota.

—Estoy pensando en repetir la experiencia.

—Hazlo.

—Sí, claro.

Hice una breve pausa y entonces la miré.

Paula estaba más delgada. Más cansada. Pero igual. O no. No exactamente. Había algo distinto. Algo en la mirada. Algo que no estaba antes. Y me sostuvo la mirada. Solo un segundo. Pero suficiente.

Me acerqué y le di un beso en la mejilla. Como siempre. Pero no fue como siempre. Duró más.

Más de lo que debía. De lo que era normal. De lo que era seguro. Y lo noté. El calor de su piel. Su respiración. Ese pequeño instante en el que ninguno de los dos se movió.

Hasta que lo hicimos. Demasiado tarde. O demasiado pronto. No lo tenía claro.

—¿Qué tal el viaje? —preguntó ella.

—Bien.

Mentira. Pero daba igual.

—¿Has venido directo?

—Sí.

Asintió. Y apartó la mirada ligeramente. Y ahí… Lo vi. Ese leve rubor. Ese gesto. Ese mínimo cambio.

Lo había visto antes. Mil veces. Pero siempre lo había explicado de otra forma. Ahora… No.

—Bueno —intervino Samuel—. Ya que estamos todos, voy a decirlo.

Le miré.

—No empieces.

—Si para juntar a toda la familia tengo que romperme una pierna… —Sonrió—. Es que la cosa está muy jodida.

Solté una risa.

—Eres imbécil.

—Pero efectivo.

—Eso no te lo discuto.

Paula negó con la cabeza, pero estaba sonriendo. Y verla así, después de todo, era como respirar mejor.

—¿Qué te han dicho? —pregunté.

Samuel suspiró.

—Que tengo para largo.

Asentí.

—Ya.

—Y que en cuanto me dejen salir… me vuelvo a Córdoba.

Le miré.

—Bien.

—Mi madre me ha amenazado con mudarse aquí si no me voy yo.

Claudia resopló.

—No es una amenaza.

Samuel volteó los ojos.

—¿Ves?

Sonreí.

—En Córdoba vas a estar mejor.

—Sí.

—Más tranquilo.

—Eso espero.

Le sostuve la mirada.

—No te comas la cabeza. Lo importante es recuperarse bien.

Asintió.

—Ya.

—Rehabilitación. Tiempo. Paciencia. En ese orden.

—Lo llevo fatal.

—Lo sé. Pero lo vas a hacer.

Y ahí… Se lo dije como sabía que necesitaba escucharlo. No como amigo. Como alguien que sabía exactamente lo que estaba en juego.

—Porque si no lo haces —añadí—, lo que se va a la mierda no es una temporada. Es tu carrera.

Samuel no respondió. Pero lo entendió perfectamente.

Miré a Paula. Y ella apartó la mirada. Otra vez. Y ese pequeño gesto no pasó desapercibido. No esta vez.

—He pedido unos días libres —dije.

Samuel levantó la vista.

—¿Sí?

Asentí.

—Me iré a Córdoba cuando te den el alta.

—Bien.

—Así paso por casa… y te vigilo.

—No hace falta.

—Claro que hace falta.

—Pesado.

—Profesional —dije, y sonrió—. Así no te aburres —añadí.

—Con mi madre no hay riesgo de aburrimiento.

—Exacto.

Y entonces…

—El eterno hermano mayor de nosotros tres.

La voz de Paula sonó suave, pero clara. La miré y sonreí. Porque eso era lo que todos veían. Lo que siempre había sido.

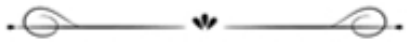
El que cuidaba. El que protegía. El que no fallaba. El que estaba siempre.

Pero por dentro el pensamiento fue otro. Uno distinto. Más incómodo. Más real.

Ojalá no me viera así. Ojalá dejara de verme como lo hacía todo el mundo. Porque yo ya no la veía de esa manera. Hacía mucho tiempo que no. Y ahora…

Ya era imposible volver atrás.

Capítulo 5



Paula

Córdoba olía igual. A jazmín. A calor que se quedaba pegado a la piel incluso cuando caía la noche. A casa.

Y sin embargo… Nada era igual.

Llevaba tres días de vuelta desde Londres, pero todavía no terminaba de aterrizar del todo. Como si una parte de mí se hubiera quedado allí, en ese hospital, en esa conversación… en esa mirada que no había sabido sostener sin que algo dentro de mí se tambaleara.

Pero no era en eso en lo que pensaba esa noche. No al principio. Porque hay dolores que llegan antes. Más antiguos. Más conocidos. Más fáciles de entender.

Estaba sentada en la terraza acristalada, con las piernas recogidas en el sofá de lino y el móvil en la mano. Error. Lo sabía. Pero aun así… Ahí estaba.

Mirando. Buscando. Encontrando. Y cuando apareció… Se me heló el estómago.

Mi ex. Una foto. Discoteca. Luces bajas. Gente. Y él… Demasiado cerca de una mujer rubia que no era yo.

Modelo alemana, decía el titular.

“Muy cómplices”. “Actitud cariñosa”. “Podría haber nueva ilusión”.

Solté una risa seca. Claro. Podría. O no. O quizá llevaba más tiempo del que yo había querido ver.

Amplié la imagen. Error número dos.

Su mano en su cintura. La sonrisa. Esa sonrisa que yo conocía. Esa que pensaba que era mía. Esa que ahora… No significaba nada.

—No eres suficiente.

Su voz sonó en mi cabeza. Clara, nítida y molesta.

Me levanté de golpe. Demasiado rápido. Demasiado brusco. Como si así pudiera sacármelo de encima. Pero no funcionó.

—*Vete a la mierda…* —Murmuré.

Pero no iba por él. Iba por mí. Por haberme quedado. Por haberlo intentado. Por haber esperado. Por haber creído.

Me acerqué al espejo del pasillo. Me miré de verdad. Sin filtros. Sin maquillaje. Sin excusas.

—*¿No soy suficiente?* —susurré.

Silencio. Y esa era la respuesta. No la suya. La mía. Porque en el fondo… Una parte de mí sí lo había creído.

Y eso era lo que más dolía.

Subí a mi habitación sin pensarlo demasiado. Necesitaba salir. No quedarme ahí. No darle más vueltas. No seguir mirando esa foto una y otra vez como si fuera a cambiar.

Abrí el armario y elegí rápido. Vaqueros ajustados. Top negro. Chaqueta ligera. Nada especial. Nada pensado.

Me recogí el pelo en una coleta alta, como siempre que necesitaba control. Como siempre que algo dentro de mí se desordenaba.

Un poco de rímel. Brillo de labios. Y ya. Suficiente. O eso quería creer.

Antes de salir, miré el móvil una vez más. Error número tres.

La foto seguía ahí. Perfecta. Intacta. Molesta. La bloqueé. A él. A la noticia. A todo.

Y por primera vez desde que la había visto… Respiré un poco mejor.

La noche en Córdoba tenía algo que no encontraba en ningún otro sitio. Era más lenta. Más cercana. Más… real.

Conduje sin rumbo fijo durante unos minutos hasta que paré en un bar que conocía bien. Uno de esos sitios donde no te hacían preguntas. Donde podías ser solo una más.

Aparqué, bajé y entré.

—Hombre, si no es la periodista estrella.

Levanté la vista y sonreí.

—No empieces.

Él ya estaba apoyado en la barra, secando un vaso con un trapo. El mismo de siempre. La misma media sonrisa.

—¿Lo de siempre? —preguntó y asentí.

—Sí.

Me senté en uno de los taburetes y, en cuanto la copa estuvo delante de mí… Bebí.

Sin pensarlo. Sin pausa. Como si eso fuera a arreglar algo. Pero no, tampoco fue el caso.

—Mala cara —dijo él.

—Peor semana.

—Eso suena interesante.

Le miré.

—He cortado con mi novio.

Silencio. Breve.

—Entonces él es idiota.

Solté una leve risa.

—Directo, ¿eh?

—Eficiente.

Apoyé los codos en la barra.

—Le han pillado con otra.

—Clásico.

—Sí.

—Más idiota todavía.

Sonreí un poco. Pero no llegó a los ojos.

—Dice que yo no era suficiente.

Él dejó el vaso y me miró. De verdad.

—Eso lo dirá él.

—Lo dijo.

—Y yo te digo que es gilipollas.

Silencio. Y por alguna razón… Eso ayudó más de lo que esperaba.

—Ya llegará alguien que te valore —añadió—. Que te quiera de verdad.

Bajé la mirada a la copa.

—Eso dicen.

—Eso pasa.

Levanté los ojos.

—¿Seguro?

—Seguro.

Hizo una pausa y después volvió a hablar.

—Pero no suele pasar cuando estás mirando al que no toca.

Directo otra vez. Y yo suspiré.

—Ponme otra.

Arqueó una ceja.

—¿Tan mal estás?

—Necesito olvidar.

Negó con la cabeza, sonriendo.

—El alcohol no arregla nada.

—Ya lo sé.

—Entonces…

—Pero ayuda a no pensar.

Silencio. Y luego me sirvió otra copa.

—Solo porque hoy tienes excusa.

—Gracias.

—No te acostumbres.

—No prometo nada.

Bebí más despacio esta vez. O eso intenté. Pero mi cabeza… Seguía ahí.

En él. En nosotros. En todo lo que había sido. O lo que yo pensaba que era. Porque ahora… Todo parecía distinto.

Como si hubiera estado viviendo una versión incompleta. Una historia a medias. Una mentira bien construida.

Pensé en todas las veces que le había esperado. En los mensajes sin responder. En las excusas. En los "luego hablamos". En los momentos en los que yo me había adaptado. Había cedido. Había entendido. Había justificado. Siempre. Demasiado tiempo.

—¿Sabes qué es lo peor? —dije en voz baja.

—Dímelo tú.

Le miré.

—Que creo que nunca me quiso de verdad.

Silencio. Y esa vez… Más largo. Más real.

—Eso duele —respondió él y asentí.

—Sí.

—Pero es mejor saberlo.

—¿Por qué?

—Porque ahora puedes dejar de engañarte.

Otra vez. Verdades incómodas.

—Genial —murmuré—. Justo lo que necesitaba.

—No es lo que necesitas.

—Ah, ¿no?

—Es lo que te toca.

Suspiré y bebí. Otra vez.

La música sonaba de fondo. La gente hablaba. Reía. Vivía. Y yo estaba ahí. En medio de todo. Pero en otra parte.

Revisando recuerdos como si fueran pruebas. Buscando señales que no había querido ver. Y encontrándolas. Todas. Demasiadas.

—Oye —dijo el camarero—. No te quedes ahí.

Le miré.

—¿Dónde?

—En eso.

Señaló mi cabeza.

—No merece tanto espacio.

Sonreí levemente.

—Es difícil.

—Lo sé.

—Pero lo intento.

Asintió.

—Con eso vale.

Miré mi copa casi vacía. Y por primera vez en toda la noche sentí algo distinto.

No era tristeza. No exactamente, al menos. Algo más cercano a… Claridad. Dolorosa pero necesaria. Porque sí. Me había equivocado. Mucho. Pero también había salido. Y eso… Eso contaba.

Levanté la copa.

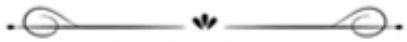
—Por las malas decisiones.

El camarero alzó la suya.

—Y por aprender de ellas.

Chocamos suavemente y yo bebí. Sin saber que lo que venía después iba a ser mucho más complicado de lo que imaginaba.

Capítulo 6



Nico

El teléfono vibró sobre la mesa de madera del salón, rompiendo el silencio de la casa, pero no lo cogí al primer momento.

Estaba sentado en el sofá, inclinado hacia delante, con los antebrazos apoyados en las rodillas y la mirada fija en el suelo. No necesitaba mirar la pantalla para saber que algo no iba bien. Había aprendido a reconocer esa sensación: ese pequeño nudo en el estómago que aparecía cuando algo importante estaba a punto de cambiar. O ya había cambiado.

El móvil volvió a vibrar. Suspiré y lo cogí por fin. El nombre de Adrián Salvatierra apareció en la pantalla. Eso no era casual.

—Dime.

—¿Has hablado con Paula?

La pregunta fue directa, sin rodeos. Me quedé en silencio un segundo.

—No.

—Han roto.

Ahí estaba. Lo que ya intuía. Cerré los ojos brevemente, apoyando la cabeza contra el respaldo del sofá.

—¿Cómo está?

—Dice que bien.

Ambos sabíamos lo que significaba eso. Solté una breve risa sin humor.

—O sea, fatal.

—Exacto.

Silencio. Y unos segundos después, Adrián suspiró al otro lado.

—No sé qué ha pasado exactamente, pero ese chico es un idiota.

Apreté la mandíbula. Idiota se quedaba corto.

—¿Quieres que vaya a verla? —pregunté.

La pregunta salió demasiado rápido. Demasiado automática. Demasiado… yo.

—No —respondió tras un breve silencio—. Déjala. Necesita espacio.

Asentí, aunque nadie pudiera verlo.

—Vale.

Pero no estaba convencido. Ni de lejos.

Colgué y dejé el móvil sobre la mesa. Me levanté y caminé hacia el ventanal que daba al jardín.

La luz de la tarde caía suave, tiñendo todo de un tono dorado que normalmente me habría resultado agradable. Hoy no.

Hoy me molestaba. Porque me recordaba a ella. A Paula riéndose en una terraza. A Paula discutiendo conmigo por cualquier tontería absurda. A Paula mirándome como si pudiera atravesarme. Y ahora…

Ahora alguien había conseguido hacerla dudar de sí misma. Eso sí que no.

—*Maldita sea…* —Murmuré.

Me pasé la mano por el pelo, tenso. Demasiado tenso, a decir verdad. Porque no era solo que le hubieran hecho daño. Era cómo.

Ese tipo de daño. El que no se veía. El que se quedaba. El que te hacía cuestionarte.

Y eso… Eso no se lo perdonaba a nadie.

Miré el móvil otra vez, como si fuera a cambiar algo. No lo hizo. No había mensajes. No había llamadas. Nada. Y eso era peor.

Porque conocía a Paula. Sabía cómo funcionaba. Cuando decía que estaba bien… Era cuando peor estaba. Cuando se cerraba. Cuando se protegía. Cuando no dejaba entrar a nadie.

Ni siquiera a los que sí.

Volví a sentarme, pero no duré ni diez segundos. Me levanté otra vez. Caminé de un lado a otro del salón. Intentando convencerme.

—*Déjala* —murmuré—. *Necesita espacio.*

Sí, claro. Lógico. Racional. Correcto, incluso. Pero no funcionaba así. No con ella. Ni conmigo.

No con lo que había entre los dos. Porque esto ya no era solo preocupación. Nunca lo había sido del todo.

Fui hasta la cocina, abrí la nevera y la cerré sin coger nada. No tenía hambre. Tenía otra cosa. Esa inquietud que no te dejaba en paz. Esa necesidad de hacer algo.

De moverte. De actuar. De no quedarte quieto mientras alguien importante para ti se rompía un poco más.

—*Joder…*

Apoyé las manos en la encimera y entonces lo vi claro. No iba a quedarme ahí. No esta vez.

No cuando sabía exactamente cómo estaba. No cuando sabía exactamente lo que necesitaba. Aunque dijera lo contrario, aunque no lo pidiera. Aunque me mandara a la mierda.

Cogí las llaves sin pensarlo demasiado. Porque si pensaba… No iba. Y eso no era una opción.

Mi casa en Córdoba siempre había sido silenciosa. Demasiado. Ordenada, controlada, minimalista. Todo en su sitio y todo bajo control. Como yo. O eso creía.

Porque en cuanto cerré la puerta detrás de mí… Supe que ese control se había terminado. Otra vez. Por ella. Siempre por ella.

Pensé en llamarla varias veces, pero no lo hice. Porque sabía que no iba a cogerlo. O peor. Que sí, y que diría que estaba bien. Y no iba a saber qué hacer con eso.

Pensé en todo lo que había pasado. En su ruptura. En su cara en el hospital. En cómo había evitado mirarme. En cómo había temblado ligeramente cuando la toqué. En cómo…

—*Deja de pensar* —murmuré.

Pero no funcionó.

Esto no era una decisión impulsiva. No era un error. No era un "no debería". Era inevitable. Porque había momentos en la vida en los que ya no elegías, solo reaccionabas a lo que llevabas demasiado tiempo evitando.

Y yo llevaba años haciéndolo.

La noche empezaba a caer y con ella esa sensación. La de estar cruzando una línea que no tenía vuelta atrás. Por lo que significaba. Por lo que iba a hacer cuando llegara. Por lo que ya no podía seguir negando.

Apreté con fuerza el volante y, por primera vez en mucho tiempo… No intenté controlarlo. No intenté racionalizarlo. No intenté frenarlo. Solo lo acepté. Porque era la verdad más simple y más complicada al mismo tiempo.

No iba a dejarla sola. Ni ahora, ni nunca.

El aire de Córdoba aquella noche tenía algo espeso. No era solo el calor que no terminaba de irse del todo incluso en abril; era otra cosa. Algo que se quedaba pegado a la piel. A la cabeza. A las decisiones.

Entré en el bar sin pensar demasiado.

Aquel era el tipo de sitio donde las luces eran bajas sin querer ser románticas y la música sonaba más como ruido de fondo que como ambiente.

Y entonces la vi.

Paula estaba sentada en la barra, demasiado quieta. Demasiado inclinada hacia dentro de sí misma, con un vaso delante. En realidad… más de uno. Uno estaba vacío y otro a medio camino.

Y esa postura que conocía demasiado bien. La de alguien que intentaba no caerse sin que nadie lo notara.

Me detuve en la entrada. Un segundo. Dos. Porque verla así… No era lo que esperaba. No era lo que quería. Y aun así… Era exactamente lo que temía.

—¿Otro? —preguntó el camarero.

Ella levantó el vaso vacío sin mirarlo.

—Sorpréndeme.

El camarero sonrió, acostumbrado a ese tipo de noches. Mientras servía, Paula apoyó los codos en la barra y se llevó las manos a la cara.

Y entonces lo dijo.

—No eres suficiente.

Su voz apenas fue un susurro. Pero yo lo escuché igual.

—Cállate —murmuró para sí misma.

Me quedé inmóvil. Un segundo. Dos. Y luego…

—¿Decías? —pregunté.

Ella levantó la cabeza y me vio. No al camarero. A mí.

Durante un segundo pensé que lo había imaginado. Su expresión. Su sorpresa. Su desconexión. Pero no.

Ahí estaba. De pie frente a ella. Real.

—Genial —susurró—. Ahora alucino contigo.

Fruncí el ceño.

—¿Cuánto llevas?

—Lo justo para soportarte.

Ignoré el golpe. Demasiado fácil. Demasiado habitual entre nosotros. Miré los vasos. Demasiados.

—Demasiado.

—Relájate, papá —dijo.

Eso hizo que algo en mí se tensara. No por la palabra, sino por su estado.

—No estoy para bromas, Paula.

Ella soltó una risa, pero no era una risa completa. Era algo roto.

—Yo tampoco. Pero míranos.

El camarero dejó otra copa delante de ella y, antes de que pudiera tocarla, la aparté.

—Eh.

—No.

—Devuélvemela.

—No.

Se quedó mirándome, y yo a ella. Tensión. Una tensión densa y visible apareció entre nosotros.

—No eres nadie para decirme lo que puedo beber.

—Y tú no estás en condiciones de decidir.

Eso la hizo reír otra vez. Pero esta vez dolió.

—Claro. Nico Roldán al rescate. Qué sorpresa.

Bajé un poco la voz.

—Adrián me ha llamado.

Ahí cambió algo. Sutil, pero real. Su mirada parpadeó.

—Genial —susurró—. ¿También te ha dado instrucciones?

—Me ha dicho que te deje espacio.

—¿Y?

Silencio. Di un paso más cerca.

—Yo he decidido venir.

Eso la desarmó. Solo un segundo, pero lo suficiente.

—Pues ya puedes irte.

No me moví.

—¿Qué ha pasado?

La miré, y entonces su fachada se rompió. No del todo, pero lo suficiente. Sus ojos brillaron. No con lágrimas aún, pero casi.

—Que no valgo nada.

La frase cayó como un golpe seco. El bar siguió igual. La música siguió igual. Pero para mí… Todo se paró.

Me quedé completamente quieto.

—No vuelvas a decir eso.

—¿Por qué? —ladeó la cabeza—. Es lo que hay.

—No.

—Sí.

Se inclinó un poco hacia mí.

—Me ha dejado porque necesita a alguien mejor. Más guapa, más… todo.

Apreté la mandíbula.

—Ese tío es un imbécil.

—No. —Sonrió, y fue una sonrisa amarga—. Ese tío ha sido sincero.

Silencio. Denso y peligroso.

—¿Sabes qué es lo peor? —continuó—. Que tiene razón.

Di otro paso. Demasiado cerca. Demasiado tarde para frenar nada.

—No tienes ni idea de lo que dices.

Me miró directamente. Desafiante y rota.

—Claro que sí.

Y entonces… Bajó la voz.

—No podría seducir ni a alguien como tú.

Error. Grave error. Porque en ese instante algo cambió en mí.

No fuera. Dentro. Como si alguien hubiera soltado una cuerda demasiado tensa durante demasiado tiempo. La miré. Una mirada lenta pero firme. Demasiado consciente de ella.

—¿Eso crees?

Su respiración cambió. Un cambio breve y sutil, pero suficiente. Un escalofrío casi invisible.

—Lo sé.

Nos quedamos así, mirándonos. El bar desapareciendo alrededor. La gente. La música. Todo. Y solo quedó esto. Ella. Yo. Y algo que llevaba años evitando mirar de frente.

Me incliné apenas. No demasiado, pero lo suficiente para que lo sintiera. Para que no hubiera vuelta atrás.

—Acepto el reto.

Silencio total. Paula me miró como si no hubiera entendido. O como si sí, pero no quisiera.

—Estás borracho —murmuró.

—No.

—Esto no es normal.

—Tampoco tú.

Eso la hizo parpadear. Pequeño fallo. El primero en mucho rato.

El camarero tosió detrás, incómodo, pero ninguno de los dos lo escuchó. Porque esto ya no era el bar. Era otra cosa. Más antigua. Más peligrosa. Más real.

—No voy a jugar a eso contigo —dijo ella al fin.

—No es un juego.

—Claro que lo es.

Negué despacio.

—No para mí.

Otra pausa. Más larga y cargada esta vez. Ella apartó la mirada un segundo. Solo uno. Y volvió.

—¿Por qué estás aquí, Nico?

Silencio. Porque la respuesta correcta era fácil. Adrián, Samuel. La familia. La preocupación. Todo eso. Pero no dije ninguna de esas.

Porque ninguna era suficiente. Y ninguna era toda la verdad.

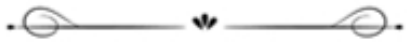
—Porque no ibas a estar sola esta noche.

La frase salió sin filtro. Sin estrategia. Sin control. Y la vi tragar saliva.

Por primera vez en toda la conversación no tenía una respuesta inmediata. Y eso…

Eso lo cambió todo.

Capítulo 7



Nico

El silencio entre nosotros no duró lo suficiente como para ser cómodo, pero sí lo suficiente como para ser peligroso.

Paula bajó la mirada primero. Un gesto pequeño, casi imperceptible, pero en ella… Era una grieta.

Y yo la vi.

—No digas eso —murmuró al fin.

No me miraba, pero hablaba conmigo.

—¿El qué?

—Eso de que no voy a estar sola.

Fruncí el ceño.

—Es la verdad.

—No lo sabes.

Arqueé la ceja.

—Te estoy viendo ahora mismo.

Ahí sí me miró. Una mirada rápida y defensiva.

—Esto no cuenta.

—Claro que cuenta.

—Estoy borracha.

—Y triste.

Eso la hizo callar. Solo un segundo, pero lo suficiente.

Se pasó la mano por la cara y luego soltó una risa corta. Sin humor.

—Qué desastre.

—No.

—Sí.

—No.

La miré fijo.

—Estás herida, no rota.

Eso la paró. Literalmente. Como si esa frase hubiera hecho algo dentro de ella.

Me sostuvo la mirada, pero esta vez no había sarcasmo. Ni defensa. Solo algo más frágil.

—No es lo mismo —susurró.

—Lo sé.

Silencio. Y entonces… Bajé un poco la voz.

—Pero estás mezclándolo.

Ella tragó saliva y apartó la mirada otra vez.

El camarero dejó la copa que yo había apartado antes. Esta vez no la tocó, pero tampoco la dejó ahí mucho tiempo.

Paula la miró. Luego a mí. Luego otra vez al vaso. Tentación. Automática y humana. Y yo lo vi.

—No —dije.

—No eres mi padre.

—No.

Me incliné apenas hacia ella.

—Pero tú tampoco eres alguien que se esté cuidando ahora mismo.

Eso le dolió. Lo supe porque su mandíbula se tensó. Y porque no respondió.

—Siempre igual contigo —murmuró.

—¿Conmigo?

—Sí. Controlando todo.

Me reí sin humor.

—Esto no es control.

—Claro que sí.

—Es evitar que te hagas daño.

Eso la hizo mirarme de nuevo. Más fija y más directa.

—¿Y a ti qué te importa?

Silencio. Demasiado largo. Demasiado sincero. Y en ese segundo… Me di cuenta de que la respuesta correcta me metía en problemas.

Así que no la di. No entera.

—Me importa porque sí.

Ella soltó una risa leve. Pero esta vez… tembló.

—Eso no es una respuesta.

—Es la única que tengo ahora.

Paula apoyó los codos en la barra otra vez, pero ya no era la misma postura de antes. Ahora era más inestable. Más humana. Más cerca del borde.

—No entiendo por qué has venido —dijo más bajo.

Me quedé mirándola, y esta vez no improvisé.

—Porque cuando te vi en el hospital… —Empecé, y se quedó quieta—. Entendí que ibas a intentar convencerte de que lo que fuera que te pasaba era culpa tuya.

Silencio. Su respiración cambió y se volvió un poco más rápida.

—Y no lo voy a dejar pasar.

Eso la descolocó. Lo suficiente como para que dejara de fingir por completo.

—No tienes derecho —susurró.

Di un paso más. Ya no había distancia segura.

—No he venido a tener derecho a nada.

—Pues lo parece.

Negué.

—He venido porque te conozco.

Eso la golpeó más de lo que esperaba. Lo vi. En cómo se le tensaron los hombros. En cómo evitó mi mirada medio segundo demasiado tarde.

—No me conoces tanto —respondió.

Me acerqué un poco más. No la toqué, pero casi.

—Más de lo que crees.

Silencio. Y esta vez no hubo defensa inmediata.

Paula tragó saliva y luego soltó, más bajo:

—No deberías estar aquí.

—Lo sé.

—Entonces vete.

No me moví.

—No voy a hacerlo.

Eso hizo que sus ojos se encendieran. No de enfado. De algo más.

—Siempre haces lo que quieres.

—No contigo.

Error. O verdad. No lo supe ni yo. Pero ella lo sintió. Porque se quedó completamente quieta.

El bar seguía a lo suyo. La gente seguía hablando. El camarero fingía no escuchar. Pero nosotros… Ya no estábamos ahí. No del todo.

Paula bajó la mirada otra vez, y esta vez no fue defensa. Fue cansancio.

—Estoy cansada, Nico…

La forma en la que dijo mi nombre me desarmó más de lo que debería.

—Lo sé —respondí.

—No quiero sentir esto.

—También lo sé.

Silencio. Y entonces su voz se rompió un poco más.

—Me siento ridícula.

Negué despacio.

—No lo eres.

—Sí lo soy.

Di otro paso. Ahora sí. Demasiado cerca. Demasiado tarde.

—No conmigo —dije.

Ahí levantó la cabeza y me miró. Una mirada directa. Sin filtro ni protección. Y en ese segundo… Todo lo demás dejó de existir.

Paula respiró hondo. Y yo también. Porque lo que venía ahora ya no tenía control. Ni estrategia. Ni vuelta atrás. Solo verdad.

Paula me sostuvo la mirada. Esta vez no se apartó. Y eso… Eso fue lo que lo cambió todo. Porque hasta ahora había dudas, resistencia, ruido. Pero en ese segundo solo quedaba ella. Y yo.

—No quiero romperme más —susurró.

Su voz era tan baja que casi se perdió entre la música del bar, pero yo la escuché igual. Siempre la había escuchado.

Me acerqué un poco más. No demasiado, pero sí lo suficiente.

—No te estás rompiendo —dije.

Ella soltó una risa mínima. Sin humor.

—No tienes ni idea de lo que siento.

Asentí despacio.

—Puede ser.

Me quedé callado unos segundos y luego añadí:

—Pero sí sé cómo lo estás llevando.

Eso la desarmó, otra vez. Un pequeño gesto. Bajada de defensas. Y en ese instante lo vi de verdad.

El temblor leve en su respiración. El cansancio acumulado. La rabia contenida. La tristeza sin nombre. Todo mezclado.

—No puedo con esto —dijo.

Y por primera vez no era orgullo. Era verdad. Cruda, directa y tremendamente humana.

—No tienes que poder sola —respondí.

Eso la hizo reír otra vez. Pero esta vez casi dolía escucharla.

—Claro… —murmuró—. Porque estás tú ahora.

—Sí.

Silencio. Me miró. Y entonces algo en mí se rompió un poco. Porque verla así no era lo que había esperado. No era lo que había venido a buscar. Pero era lo que no podía dejar pasar.

Paula bajó la mirada y apoyó la frente en su mano un segundo. Cansada.

—No debería estar así por alguien que… Se detuvo.

No terminó la frase, pero no hacía falta. Yo sí la terminé en mi cabeza.

Que no te quiso. Que te dejó. Que te reemplazó.

Apreté la mandíbula.

—No digas eso —murmuré.

—¿El qué?

—Lo que ibas a decir.

Ella me miró otra vez. Más débil ahora.

—Es la verdad.

Negué despacio.

—No lo es, Paula.

—Para mí sí.

Silencio. Y entonces di un paso más. Ahora sí. Demasiado cerca. Lo suficiente como para que lo notara. Para que lo sintiera. Para que no pudiera ignorarlo.

—Paula… —dije en voz baja.

Su nombre salió distinto. Más grave. Más lento. Y ella lo sintió. Porque su respiración cambió.

Un cambio leve y sutil, pero real.

—No me mires así —murmuró.

—¿Cómo?

—Como si…

Se detuvo, tragó saliva y no terminó. Pero no hacía falta.

Levanté la mano sin pensarlo. Sin plan. Sin control. Solo siguiendo mi instinto. Y le aparté un mechón de pelo de la cara. Suave, lento y demasiado consciente. El contacto fue mínimo, pero suficiente para que todo cambiara.

Paula se quedó completamente quieta. Como si el mundo hubiera dejado de funcionar alrededor. Y yo… Yo tampoco me moví. Porque en ese segundo ya no había alcohol. Ni bar. Ni ruido.

Solo ella mirándome como si no supiera qué hacer con lo que estaba sintiendo.

—Nico… —susurró.

Mi nombre otra vez. Pero distinto. Más bajo. Más cerca de algo que ninguno de los dos estaba diciendo en voz alta.

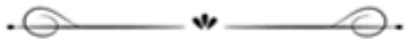
Me incliné un poco más, no demasiado, pero suficiente para que lo sintiera. Para que supiera que podía pasar.

Y entonces la puerta del bar se abrió detrás de mí. Un golpe de aire frío. Una interrupción brutal. Pero ninguno de los dos se giró al instante. Porque durante ese segundo… No existía nada más importante que lo que estaba a punto de pasar.

Paula respiró hondo. Y yo también. Estábamos demasiado cerca, y era demasiado tarde para frenar. Y demasiado peligroso para seguir.

—Acepto el reto —repetí sin apartar los ojos de ella.

Capítulo 8



Nico

No debería haber dicho eso. Lo supe en el mismo instante en que las palabras salieron de mi boca. Pero ya era tarde.

Paula me miraba como si no supiera si reírse… o salir corriendo. Y eso, precisamente eso, fue lo que terminó de romperme el control.

Porque durante años había sido fácil. Fácil mirarla como a la hija del mejor amigo de mi padre. De mi padrino. Fácil bromear, protegerla, mantenerme en esa línea invisible que nunca debía cruzar.

Pero aquella noche… Aquella noche Paula no era la chica de siempre. Era una mujer herida, desafiante… y peligrosamente cerca.

—Nico… —Empezó, pero no terminó la frase.

Di un paso hacia ella. Y luego otro. Hasta que apenas había espacio entre los dos.

—Dime que pare —murmuré, con la voz baja, contenida.

Era una advertencia. Una oportunidad. Una salida. Y ella tragó saliva.

Podía olerla. Notar el calor que desprendía, la tensión en su cuerpo, la forma en que me miraba como si me estuviera viendo por primera vez.

—No tienes por qué hacer esto —dijo, pero su voz no sonó convincente.

Ladeé ligeramente la cabeza.

—No lo hago por ti.

Mentira. Los dos lo sabíamos.

—Entonces, ¿por qué?

Silencio. Uno de esos que pesaban.

—Porque llevo demasiado tiempo conteniéndome.

Ahí se rompió algo. En ella. En mí. En los dos. Soltó una risa nerviosa, pero no se apartó.

—Eso suena peligrosamente mal.

—Lo es.

El camarero carraspeó cerca, incómodo con la tensión que se había creado. Saqué dinero del bolsillo sin apartar la mirada de ella.

—Cobra y quédate con el cambio.

La cogí suavemente del brazo.

—Vámonos.

—Nico…

Me incliné un poco más.

—O nos vamos ahora… —Susurré— o esto se nos va a ir de las manos aquí mismo.

Eso terminó de decidirla. Porque lo cierto era que ya se había ido.

No recordaba exactamente cómo salimos del bar. Solo el contraste.

El aire de la calle golpeándome la cara. El silencio de Paula a mi lado. El sonido de mis propios pasos, demasiado rápidos, demasiado firmes.

Seguía sujetándola. No con fuerza, pero sí con intención. Como si soltarla significara perder algo que llevaba demasiado tiempo reteniendo.

—Me estás haciendo daño —murmuró.

Aflojé la mano al instante.

—Lo siento.

Pero no la solté del todo. Se detuvo en seco y di un paso más antes de darme cuenta de que ya no caminaba a mi lado. Me giré y la vi bajo la luz amarillenta de una farola, con el pelo ligeramente desordenado, los ojos más brillantes de lo normal y esa expresión. Esa expresión que no era solo duda. Era miedo. No de mí, sino de lo que estaba pasando.

—Esto es un error —dijo.

Directo. Sin adornos. La miré sin apartar la vista.

—Puede.

No discutí. No la contradije. Y eso la descolocó más que cualquier argumento.

—Entonces, para —insistió.

Lo que siguió fue un silencio largo y pesado. Y di un paso hacia ella. Solo uno.

—No puedo.

La respuesta salió demasiado fácil. Demasiado verdadera. Ella cerró los ojos un segundo.

—Claro que puedes.

Negué despacio.

—Llevo años haciéndolo.

Ya estaba, lo había dicho. Paula volvió a mirarme.

—¿Años?

Solté el aire lentamente y me pasé la mano por el pelo.

—No tires de eso ahora —murmuré—. No es justo.

—¿Justo? —repitió—. ¿Y esto sí lo es?

Señaló entre los dos. La distancia. La tensión. Todo. No respondí. Porque no había forma de hacerlo sin cruzar otra línea más. Dio un paso atrás. Pequeño, pero suficiente.

—Estoy borracha, Nico.

—Lo sé.

—No estoy pensando con claridad.

—Lo sé.

—Entonces no puedes tomarte esto en serio.

Eso sí me golpeó. Porque era la salida perfecta. La excusa fácil. La forma de parar.

La miré fijamente.

—¿Y tú sí?

Se quedó en silencio. Un segundo. Dos.

—No —admitió.

Y eso lo complicó todo. Porque entonces ya no había excusas.

Di un paso más. Más despacio esta vez, dándole margen. Dándole opción. Pero sin retroceder.

—Entonces deja de pensar —murmuré.

—Eso es una pésima idea.

—Lo sé.

Silencio. Podía oír su respiración irregular. Estaba tan cerca…

—Nico… —dijo otra vez.

Y cómo dijo mi nombre… Eso no ayudó.

—Dime que pare —repetí.

Pero ya no sonó igual. Ya no era una salida. Era otra cosa.

—Dime que te lleve a casa.

Me miró directamente durante varios segundos. Demasiados. Pero no dijo nada. Y eso fue una respuesta.

Noté el momento exacto en el que dejé de luchar contra ello. No fue de golpe. Fue… inevitable. Como si todo lo que llevaba años conteniendo encontrara por fin una grieta. Levanté la mano. Dudé un segundo y la apoyé en su mejilla. Suave. Casi con cuidado. Como si pudiera romperse.

No se apartó. Pero dejó de respirar un instante.

—Esto está mal —susurró.

No retiré la mano.

—Sí.

Pero no me moví. No retrocedí. Nada. Cerró los ojos y eso fue peor. Porque no era un no. Era quedarse. Era caer.

—Nico… —murmuró.

Y ahí ya no pude más. Me incliné despacio, dándole tiempo a apartarse. A detenerme. A romperlo todo. Pero no lo hizo.

Y cuando rocé sus labios, el mundo desapareció.

El contacto fue mínimo. Un roce, pero suficiente.

Porque en el instante en que sus labios tocaron los míos, supe que ya no había forma de volver atrás.

No fue un beso impulsivo. No del todo, al menos. Fue contenido. Tenso. Cargado de todo lo que llevaba demasiado tiempo evitando. Y precisamente por eso fue peor. Mucho peor.

Noté cómo se quedaba completamente quieta. Ni me devolvía el beso, ni se apartaba. Y ese segundo, ese maldito segundo suspendido, me obligó a decidir por los dos.

Me separé apenas. Lo justo para mirarla de cerca. Demasiado cerca.

—Paula…

No terminé la frase, porque no sabía cómo hacerlo sin romper algo. O sin terminar de hacerlo.

Ella abrió los ojos despacio y lo que vi ahí no era lo que esperaba.

No era rechazo. No era enfado. Era confusión. Y algo más. Algo que me tensó el pecho de golpe.

—Esto… —murmuró— No debería haber pasado.

Asentí, porque tenía razón. Porque lo sabía. Porque lo sabía desde antes de hacerlo.

—No.

Silencio. El aire entre nosotros pesaba. Denso, cargado e irrespirable. Y Paula dio un paso atrás. Como si necesitara espacio para pensar. Para sentir. Para no sentir.

Me pasé la mano por el pelo, intentando ordenar algo que ya no tenía orden posible.

—Estás borracha —dije al final.

Error. Lo supe en cuanto lo dije. Su expresión cambió. No mucho, pero lo suficiente.

—No hagas eso.

Fruncí el ceño.

—¿El qué?

—Quitarle importancia ahora.

Ahí me quedé callado. Porque tenía razón otra vez. Y empezaba a ser un problema.

—No intento quitarle importancia —respondí más bajo—. Intento… entenderlo.

Soltó una risa corta. Sin humor.

—Pues suerte con eso.

Silencio. Otro más. Demasiados en muy poco tiempo.

—Nico… —Empezó, pero se detuvo.

Se llevó una mano al pelo. Se giró un segundo. Volvió a mirarme. Y ahí estaba otra vez. Esa lucha interna. Esa contradicción constante.

—No puedo hacer esto contigo.

La frase cayó directa. Sin rodeos. Como tenía que ser. Apreté la mandíbula.

—¿Hacer qué?

Sabía perfectamente a qué se refería, pero necesitaba oírlo. Necesitaba que lo dijera.

—Esto —señaló entre nosotros—. Lo que sea que esté pasando.

Di un paso hacia ella, por instinto.

—Está pasando.

No fue una pregunta. Fue una afirmación. Y eso la tensó.

—No debería.

—Pero está pasando.

—Nico…

Su voz se quebró un poco. Muy poco, pero lo suficiente.

—No compliques esto más.

Eso me hizo soltar una breve risa sin humor.

—Llegamos tarde para eso.

Silencio, y me miró. Una mirada directa, cansada y vulnerable.

—Sabes perfectamente por qué esto es una mala idea.

Sí. Lo sabía. Cada maldito motivo. Cada consecuencia. Cada línea que acababa de cruzar.

—Sí.

—Entonces, para.

Ahí estaba otra vez. La salida. La última. La lógica. La correcta. La que debería haber elegido. Pero no me moví.

No retrocedí. No dije lo que tocaba. Porque ya no estaba ahí. Ya no podía fingir que esto era solo una noche, un error o una confusión.

No después de lo que había sentido. No después de verla así.

—No puedo —repetí, más bajo esta vez.

Paula cerró los ojos un segundo. Y cuando los abrió, había cambiado algo. No sabía exactamente qué, pero lo noté.

—Entonces el problema eres tú —dijo.

Y no lo dijo con rabia, lo dijo con una calma que dolía más.

Asentí despacio.

—Puede.

Eso la desarmó otra vez, porque no discutí. No me defendí. No suavicé nada. Solo lo acepté. Y en ese instante… se le cayó otra capa.

—Joder, Nico… —susurró.

Se acercó un paso. Solo uno, pero esta vez no fue tensión. Fue otra cosa. Más suave. Más peligrosa.

—No me mires así.

—¿Así cómo?

—Como si esto fuera… —Negó con la cabeza— algo que quieres.

Solté el aire lentamente.

—¿Y si lo es?

Ahí sí. Ahí impactó. Se quedó completamente quieta.

—No digas eso.

—¿Por qué?

—Porque no es real.

Di un paso más. Despacio y sin prisa.

—Lo es para mí.

Silencio. Y esta vez… fue distinto. Ni tenso ni incómodo. Fue… honesto. Brutalmente honesto.

Paula bajó la mirada y la vi tragar saliva.

—Mañana no vas a pensar igual.

Negué.

—Mañana será peor.

Eso la obligó a mirarme.

—¿Peor?

—Sí.

Silencio. Me acerqué lo justo. Sin tocarla aún.

—Porque no voy a poder fingir que esto no ha pasado.

Su respiración se volvió irregular otra vez. Como dentro del bar. Como antes del beso. Como si estuviéramos justo en ese mismo punto. Otra vez.

—No podemos hacer esto —repitió.

Pero esta vez no sonó igual. No sonó a límite. Sonó a miedo.

—No voy a hacer nada que no quieras —dije, y eso era verdad.

La única línea que me quedaba. La única que no iba a cruzar.

Paula me sostuvo la mirada durante más tiempo del normal. Como si estuviera midiendo algo. Decidiendo algo.

—Y si no sé lo que quiero…

Esa frase… Esa sí que era peligrosa. Me acerqué un poco más. Muy despacio.

—Entonces no decidas hoy.

Silencio. Podía escuchar su respiración. Sentir su calor. Notar cómo dudaba. Cómo se quedaba. Cómo no se iba.

—Pero tampoco huyas —añadí.

Eso fue lo que lo cambió. No el beso, ni las palabras anteriores. Eso.

Porque ahí dejó de luchar del todo. No se lanzó. No me besó. No dijo nada. Pero tampoco se apartó. Y esa fue su elección.

Me acerqué lo justo. Apoyé la frente contra la suya. Suave. Sin prisa.

—Esto nos va a explotar en la cara —murmuró, casi sin voz.

Cerré los ojos un segundo.

—Lo sé.

—Y aun así…

Abrí los ojos y la miré fijamente.

—Sí.

Un silencio largo y peligroso se instaló entre nosotros.

—Eres idiota —susurró.

No pude evitar sonreír un poco.

—Bastante.

Y entonces… Esta vez fue ella. Muy leve. Muy lento. Pero innegable. Se acercó y me besó.

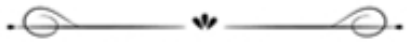
No fue como el primero. No fue contenido. No fue duda. Fue decisión. Y eso lo cambió todo.

Porque ya no era solo cosa mía. Ya no era impulso. Ya no era un error. Era elección. Suya. Nuestra.

Y en ese momento lo supe. Nada iba a volver a ser como antes. Nada. Y lo peor…

Es que no quería que lo fuera.

Capítulo 9



Paula

El aire de la noche me golpeó, pero no fue suficiente para despejarme. Ni de lejos.

Era plenamente consciente de todo, de cada centímetro que nos separaba, de cada latido descontrolado en mi pecho. Demasiado rápido. Demasiado fuerte. Demasiado todo. No era solo el alcohol. Era él. Era lo que acababa de pasar. Era lo que estaba a punto de pasar si no lo paraba.

—Esto es una mala idea —dije, más para convencerme a mí misma que a él.

—Sí.

—Entonces, para.

Nico no respondió. Eso me desesperó. Porque necesitaba que fuera él el que pusiera el límite. El que dijera basta. El que hiciera lo correcto. Porque yo… Yo ya no estaba siendo capaz.

—Te estoy hablando en serio.

—Yo también.

La forma en que lo dijo hizo que el aire se volviera denso, pesado y peligroso.

—No deberíamos —añadí, pero esta vez más bajo.

—No.

—Somos… —Hice un gesto vago—. Esto está mal.

—Mucho.

Silencio. Y entonces…

—Pues hazlo parar.

Ahí estaba. La decisión.

Lo miré. Miré su boca. Volví a sus ojos. Y en ese instante entendí algo que llevaba demasiado tiempo evitando: No quería parar. No esa noche. No con él. No después de cómo me sentía.

Di un paso. Solo uno, pero fue suficiente.

—No puedo —susurré.

Nico cerró los ojos un segundo. Como si eso fuera todo lo que necesitaba. Cuando los abrió… ya no había duda.

Me cogió del cuello suavemente, con una firmeza que me erizó la piel, y me besó de nuevo.

No fue un beso lento ni dulce. Fue directo. Intenso. Como si todo lo que no habíamos hecho en años se concentrara en ese instante.

Y yo respondí. Sin pensar. Sin frenar. Con algo que no quería analizar. Hambre. Rabia. Necesidad.

Sus manos se deslizaron por mi espalda, acercándome más a él. Demasiado. Y no me aparté. No quise.

El mundo desapareció. No había calle. No había noche. No había lógica. Solo él. Y ese beso.

Cuando nos separamos, apenas unos segundos después, respiraba más rápido. Demasiado.

—Esto ya está mal del todo —murmuré, sin apartarme.

Nico apoyó la frente contra la mía.

—Ni te imaginas.

Y esta vez… No se detuvo. Y yo tampoco. Ese fue el problema.

Que, en algún punto entre el primer beso y este, dejé de intentar frenarlo. Le agarré la camiseta sin darme cuenta, con fuerza. Como si necesitara asegurarme de que estaba ahí.

De que no era otra mala decisión más que iba a desaparecer al día siguiente. Su boca volvió a la mía. Más segura. Más consciente. Y eso lo hizo peor. Porque ya no era solo un impulso incontrolable. Era elección.

Noté cómo mi espalda chocaba contra la pared de un edificio. En algún momento nos habíamos movido. No sabía cuándo. No sabía cómo. Solo sabía que estaba atrapada entre su cuerpo y el frío del muro… y que no quería salir de ahí. Sus manos subieron por mi espalda. Lentas. Firmes. Demasiado reales. Y mi cabeza…

Mi cabeza iba tarde. Siempre un segundo por detrás. Intentando alcanzar algo que ya había pasado. Porque esto estaba mal. Esto estaba muy mal. Esto no debería estar pasando.

Pero mi cuerpo no estaba de acuerdo. En absoluto.

—Nico… —Murmuré contra sus labios.

Pero no era una protesta. Ni siquiera era una advertencia. Era… otra cosa. Una que no supe identificar a tiempo. Porque en cuanto pronuncié su nombre… Él respondió. Más cerca. Más intenso. Como si lo hubiera estado esperando. Y eso me hizo perder un poco más el control.

—Para… —Intenté.

Pero no sonó a orden. Ni de lejos. Él se detuvo. Solo lo justo. Lo suficiente para mirarme. Y eso fue peor. Porque cuando Nico me miraba así… No había escapatoria.

—Dímelo en serio —murmuró.

Silencio. Mi respiración. La suya. Demasiado cerca. Demasiado mezcladas.

Podía parar. Podía hacerlo. Solo tenía que decirlo. Solo una palabra. Solo un gesto. Pero no lo hice. Porque la verdad era otra.

—No quiero —admití.

Y ahí… Ahí sí que no hubo vuelta atrás.

No sabía en qué momento dejó de ser solo un beso. Ni cuándo empezó a convertirse en algo que me daba miedo.

De ese que no te alejaba. De ese que te hacía acercarte más. Porque cada vez que intentaba pensar… Él hacía algo. Un gesto. Un roce. Algo mínimo. Y todo volvía a desaparecer.

Su mano en mi cintura. Mi cuerpo reaccionando antes que mi cabeza. El calor. La cercanía. La forma en que me sujetaba. Como si no fuera algo casual. Como si fuera importante. Y eso… Eso fue lo que más me descolocó.

Porque no encajaba. Nada de esto encajaba. Ni con él. Ni conmigo. Ni con todo lo demás.

—Esto es una locura —murmuré.

—Sí.

Pero no se apartó. Ni yo tampoco.

—Mañana me voy a arrepentir.

—Probablemente.

Silencio.

—¿Y tú?

Tardó un segundo. Solo uno, pero lo noté.

—No.

Eso me golpeó fuerte.

—No mientas.

—No lo hago.

Le sostuve la mirada intentando encontrar duda. Alguna grieta. Algo. Pero no había nada. Y eso me desarmó más que cualquier otra cosa.

—Eso es peor —susurré.

—Lo sé.

Y aun así… Seguía ahí. Y aun así… Yo también.

Apoyé la frente en su pecho un segundo. Solo para respirar. Solo para pensar. Solo para no sentir tanto. Pero no funcionó. Porque lo escuché.

Su corazón. Rápido. Fuerte. Casi tanto como el mío. Y eso… Eso lo hizo real. Demasiado real.

—No deberías estar aquí —murmuré.

—Lo sé.

—Entonces vete.

Silencio. Largo y pesado.

—No voy a hacerlo —contestó.

Cerré los ojos. Claro que no. Eso también lo sabía.

—Eres un problema —susurré.

Noté cómo sonreía levemente contra mi pelo.

—Tú empezaste.

Eso me hizo soltar una leve risa. Incrédula y cansada.

—Eso no es verdad.

—Me miraste.

Levanté la cabeza.

—Siempre te miro.

—No así.

Ahí me quedé callada. Porque tenía razón. Y lo sabía.

Desde antes de esta noche. Desde hacía más tiempo del que quería admitir.

Le miré de verdad. Sin filtros. Sin excusas. Y lo vi.

No al ahijado de mi padre. No al tipo que siempre estaba ahí. No al "Nico" de siempre.

Vi a un hombre. Uno que me estaba mirando como si… Como si importara. De otra forma. Y eso… Eso fue lo más peligroso de todo.

—Esto no puede pasar —dije.

Pero mi voz ya no tenía fuerza.

—Ya está pasando.

Y no pude discutirlo, porque era verdad. Porque lo sentía. Porque estaba ahí.

—Nos vamos a meter en un lío enorme.

—Seguramente.

—Mi padre te mata.

Eso le hizo soltar una pequeña risa.

—Probablemente.

Silencio.

—Y aun así…

No terminé la frase. No hacía falta. Porque los dos sabíamos cómo acababa.

Me acerqué otra vez. Sin pensar. Sin plan. Por instinto. Y otra vez fui yo la que lo besó primero.

Y eso lo cambió todo. Porque ya no era una reacción. No era él empujando y yo cediendo. Era yo eligiendo.

Nos separamos casi al mismo tiempo. No de golpe, pero sí lo suficiente como para que el aire volviera a existir entre los dos.

Y entonces pasó. Ese momento. Ese maldito momento en el que ya no estás dentro de lo que está ocurriendo… y empiezas a verlo desde fuera.

Me quedé mirándolo. De verdad. Como si fuera la primera vez.

Su respiración todavía agitada. Su mirada fija en mí. Esa tensión contenida que no había desaparecido, solo había cambiado de forma. Y pensé que esto no era nuevo. No del todo.

Esto… esto no había empezado esa noche. Ni siquiera ese año. Había empezado mucho antes. Muchísimo antes.

Tenía dieciséis años. Y él había venido a casa como siempre. Como tantas otras veces. Nada especial. Nada diferente. O eso creía.

Aún podía recordar que llevaba una camiseta negra y el pelo ligeramente despeinado, como si no le hubiera dado importancia. Y probablemente no se la había dado. Pero yo sí. Demasiado.

Estaba en el salón con mi padre, hablando de algo que no me interesaba lo más mínimo. Negocios. Trabajo. Cosas de adultos.

Yo estaba en la cocina, fingiendo que hacía cualquier cosa. Escuchando sin escuchar. Hasta que en un momento dado… Se rio. Y no fue la risa. Fue cómo.

Natural. Relajada. Cercana. Y algo en mí hizo clic. Sin aviso. Sin lógica. Sin permiso.

Recordaba haberme quedado quieta. Con un vaso en la mano. Mirando hacia la puerta del salón como si pudiera verlo a través de la pared. Y pensar… Ya está. Ya está. Esto es un problema. Porque no era admiración. No era cariño. No era nada de lo que pudiera justificar. Era otra cosa.

Algo que no tenía sentido. Algo que no debería estar ahí. Pero lo estaba. Y lo supe con una certeza incómoda, clara y definitiva, que no iba a irse.

Que daba igual cuántos chicos conociera después. Cuántas historias tuviera. Cuántas veces intentara convencerme de lo contrario. Aquello… Se iba a quedar.

Parpadeé volviendo al presente. A la calle. A él. A Nico delante de mí. Real. Demasiado real. Y durante un segundo todo encajó de una forma que no quería. Pero que no podía negar.

—¿Qué? —murmuró.

Negué suavemente.

—Nada.

Mentira. Pero no iba a explicarlo. No sabía ni por dónde empezar. Ni siquiera quería hacerlo. Porque si lo decía en voz alta… Dejaría de ser algo contenido. Y se convertiría en algo imposible de ignorar.

Nos quedamos en silencio y mirándonos un segundo más. Solo uno. Pero fue suficiente para que volviera a sentir ese tirón. Ese que me empujaba hacia él sin permiso.

—¿A dónde vamos? —pregunté al final.

Necesitaba romper algo. Aunque fuera el silencio. Nico no dudó.

—A mi casa, porque por alguna extraña razón, este bar está más cerca de mi casa que de la tuya.

Y lo peor… Era que tenía razón. Siempre la había tenido.

Tragué saliva. Porque en ese instante lo entendí de otra forma. No era casualidad. Nunca lo había sido.

Iba a ese bar porque estaba cerca de él. Incluso cuando él no estaba. Incluso cuando estaba en Italia. Porque de algún modo… Me hacía sentir más cerca. Más conectada. Más… cerca de algo que no tenía.

Y eso era ridículo. Y peligroso. Y completamente cierto.

Asentí despacio sin decir nada más. Porque si hablaba… Iba a empezar a cuestionarlo todo. Y no quería hacerlo. No esa noche. No después de esto.

Nico dio un paso hacia el coche, pero antes de abrir la puerta se giró y me besó otra vez. Más breve, pero igual de intencionado. Como si fuera una confirmación. O un aviso.

No supe cuál de las dos cosas. Y tampoco pregunté.

El motor arrancó y el silencio volvió. Pero no era el mismo de antes. Este estaba lleno.

De cosas no dichas. De decisiones tomadas. De consecuencias esperando. Me apoyé en el asiento, mirando al frente. Sin ver realmente la carretera. Demasiado consciente de él a mi lado.

De su mano en el volante. De su perfil. De todo. No dije nada. Porque no sabía qué decir que no lo complicara más. Y porque, por primera vez en mucho

tiempo, no quería tener el control. Pero mi cabeza no se calló. Ni un segundo.

¿Qué estaba haciendo? Esto era una locura. Mañana… mañana esto iba a ser un desastre. No podía con esto. No debería haber cruzado esa línea.

Y aun así… Ahí estaba. En su coche. Yendo a su casa. Después de haberlo besado como si llevara años esperando hacerlo.

Cerré los ojos un momento. Solo un segundo. Y respiré hondo. Intentando calmar algo que no se calmaba. Porque no eran solo nervios. Era anticipación. Era miedo. Era… algo más.

Abrí los ojos y miré por la ventana. La ciudad pasando. Luces. Sombras. Todo normal. Todo igual. Menos yo. Menos nosotros.

—Nico… —Empecé.

Pero me detuve. No. No ahora. No en ese momento. No en ese trayecto. Porque sabía que cualquier conversación que empezáramos no iba a terminar bien. No esa noche. No después de esto.

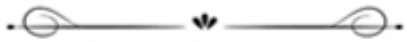
Volví a quedarme en silencio y él no insistió. Como si lo entendiera. Como si también supiera que lo que venía no se podía arreglar con palabras.

Apoyé la cabeza en el respaldo mirando al techo unos segundos. Y entonces lo pensé.

Mañana nada de esto iba a desaparecer. Ni el beso. Ni lo que había sentido. Ni lo que estaba a punto de pasar. Y lo peor no era eso.

Lo peor era que no sabía si quería que desapareciera.

Capítulo 10



Nico

Cerrar la puerta de mi casa fue como cruzar un punto sin retorno. Lo sentí en cuanto el clic sonó a mi espalda. Seco y definitivo.

El silencio del interior contrastaba con el caos que llevábamos encima. Demasiado.

Paula apenas tuvo tiempo de mirar alrededor. Ni la casa. Ni la luz tenue. Ni el espacio. Nada. Porque en cuanto dio dos pasos dentro… La besé otra vez.

Más lento esta vez. Pero más profundo. Como si ahora sí me permitiera sentirlo todo. Sin excusas. Sin distracciones. Sin ruido. Sus manos se aferraron a mi camiseta, tirando ligeramente. Y ese gesto… Ese gesto terminó de desarmarme.

—Esto es una locura… —Susurró contra mi boca.

—Lo sé.

Pero ninguno se apartó. Al contrario. Cada intento de freno se convertía en más cercanía. Más contacto. Más necesidad. Deslicé las manos por sus brazos. Despacio y consciente de lo que hacía. Como si necesitara memorizar cada reacción, cada respiración entrecortada, cada mínima respuesta de su cuerpo.

Paula se estremeció. Lo noté. Lo sentí.

—Nico…

—Dime que pare.

Otra vez la misma frase. La misma salida. Pero esta vez… ya no lo era. Porque los dos sabíamos la respuesta. Negó suavemente. Y eso fue todo.

No hubo más dudas. No hubo más pausas. La tensión acumulada durante años se rompió de golpe. Pero no fue descontrol. No del todo. Fue una mezcla peligrosa de urgencia y contención. De quererlo todo y al mismo tiempo intentar no romperlo.

Cada gesto se sentía más intenso. Más cargado. Más real. No era solo físico. No podía serlo. Había demasiado detrás. Demasiado acumulado. Demasiado tiempo evitando exactamente esto.

Sus manos en mi cuello. Las mías en su cintura. El modo en que se acercaba. El modo en que no se apartaba. Todo hablaba. Todo decía lo que ninguno de los dos había dicho en voz alta.

Y eso era lo más jodido.

Avanzamos sin pensar. O mejor dicho… sin querer pensar. Hasta que su espalda chocó contra la pared del salón. Su respiración se cortó un segundo. Y la mía también. Me separé apenas. Lo justo para mirarla de cerca. Y ahí fue cuando lo vi claro.

No era solo la chica de siempre. No era solo Paula. Era una mujer. Una que me estaba mirando como si esto también fuera real para ella. No solo un impulso. No solo una noche. Y eso… Eso me hizo perder el poco control que me quedaba.

Volví a besarla. Más lento y más profundo. Como si quisiera entender algo que no se podía entender. Como si besarla fuera la única forma de acercarme a lo que estaba sintiendo.

Sus dedos se enredaron en mi pelo. Tiraron ligeramente. Y esa leve presión… Me atravesó.

—Joder… —Murmuré contra su boca.

Paula soltó una respiración temblorosa.

—No me mires así…

Me aparté apenas unos centímetros.

—¿Así cómo?

No respondió al instante. Sus ojos bajaron un segundo. Volvieron a los míos. Y ahí estaba. Eso que llevaba viendo toda la noche. Pero más claro. Más expuesto.

—Como si esto importara.

Apoyé la frente contra la suya.

—Lo hace.

La noté tensarse. No apartarse. Pero sí sentirlo.

—No digas eso ahora —murmuró.

—No sé decir otra cosa.

Y era verdad. No en ese momento. No con ella así. No conmigo así.

La besé otra vez. Pero esta vez fue distinto. Menos urgencia. Más intención. Más… cuidado. Como si en medio de todo el caos hubiera algo que no quería romper. Algo que no quería tratar como una simple consecuencia. Y lo sentí. En cómo respondía. En cómo se acercaba a mí. En cómo dejaba de resistirse del todo.

Entre besos, respiraciones desacompasadas y silencios cargados… Paula dejó de dudar. No de golpe. Pero sí lo suficiente. Lo noté en su cuerpo. En su forma de agarrarme. En cómo ya no había distancia. En cómo ya no intentaba frenarlo. Y yo…

Yo dejé de contenerme. No completamente, pero lo suficiente. Porque había una línea que ya habíamos cruzado. Y otra que estaba demasiado cerca.

La cogí de la mano, no con brusquedad, pero sí con decisión.

—Ven.

No pregunté. No expliqué. Y no hizo falta. Me siguió. Sin resistencia. Sin preguntas. Solo ese silencio cargado que lo decía todo.

Subimos las escaleras. Despacio, pero no por calma. Por tensión.

Cada paso se sentía demasiado. Notaba su mano en la mía. Su respiración. Su presencia. Y cada segundo que pasaba me acercaba a algo que ya no tenía forma de deshacer.

Al llegar arriba me detuve un segundo. Solo uno. No para dudar. Para ser consciente. De dónde estábamos. De lo que significaba. De lo que iba a pasar.

Me giré hacia ella y la miré. De verdad.

—Paula…

Su nombre sonó distinto. Más bajo. Más serio. Más peligroso.

—Aún puedes parar.

Última oportunidad. Última salida.

La miré esperando algo. Cualquier cosa. Un gesto. Una duda. Una señal. Pero no llegó. Porque en lugar de eso, se acercó y me besó.

Y ahí supe que ya no había vuelta atrás.

Pero incluso en medio de todo eso había algo distinto. Algo que no encajaba con una simple noche. No era solo deseo. No era solo impulso. No eran solo años acumulados explotando. Era algo más profundo. Más incómodo. Más real.

Y eso… Eso era lo más peligroso de todo.

La puerta de mi habitación se cerró con un suave chasquido. Ese sonido fue el detonante final. El último límite. El último punto de control. Y todo el

autocontrol que tenía desapareció de golpe.

Paula estaba frente a mí, con la respiración agitada y los ojos fijos en los míos. Había una pregunta en su mirada. Una última duda. Una búsqueda de seguridad. Y yo…

Yo no le di seguridad. Le di certeza. La agarré por la cintura y la traje hacia mí con un movimiento seco. Sin preámbulos.

—Mírame —le ordené, con la voz más baja de la que creía capaz.

Lo hizo. Y en sus ojos vi todo. El miedo. El deseo. La rendición.

—Esto es una locura, Nico —susurró, pero su cuerpo ya se pegaba al mío.

—La mejor de todas.

La besé, y esta vez no fue lento. No hubo dudas. Hubo hambre. Pura y cruda. Una necesidad tan bestia que me dolía en las entrañas.

Sus manos subieron por mi pecho hasta mi cuello. Y yo… Yo dejé de ser el de siempre. El amigo. El protector. El que siempre mantenía la distancia. Ahora solo quería una cosa.

Quererla. Desnudarla. Poseerla.

Mis manos encontraron el borde de su camiseta y se deslizaron por debajo. Sentí el calor de su piel. La temblorosa suavidad de su espalda. El estremecimiento que recorrió todo su cuerpo cuando mis dedos trazaron su columna vertebral.

—Joder, Paula… —Murmuré contra su boca—. Eres... joder.

Ella se rio. Un sonido corto, entrecortado, lleno de nervios y emoción.

—No digas nada.

—Tengo que decirlo.

La aparté un poco. Solo lo justo para poder quitarle la camiseta de un tirón. Y ahí estaba. En medio de mi habitación. Con la piel iluminada por la tenue luz de la calle.

Más perfecto de lo que había imaginado en todos esos años de malditos secretos.

Mi mirada debía de ser demasiado intensa, demasiado cruda, porque se cubría el pecho con los brazos. Instinto. Vulnerabilidad. Pero yo no la quería vulnerable. Quería que fuera ella, que se dejara llevar, que se liberara.

—Baja los brazos —dije, sin rodeos.

Titubeó un segundo.

—Nico…

—Bájalos, Paula. Ahora.

Y lo hizo. Lentamente, dejando al descubierto lo que yo solo había visto en mis sueños más jodidos.

La cogí de nuevo, esta vez más fuerte, y la llevé hacia la cama. Cayó de espaldas, con el pelo disperso sobre la almohada y los ojos clavados en mí. Me quité la camiseta y vi cómo se le cortaba la respiración.

Cómo sus ojos recorrían mi pecho, mis brazos. Cómo se mordía el labio inferior. Eso me volvió loco.

Me arrodillé a su lado, sin tocarla todavía. Solo mirándola. Disfrutando del momento. De la poderosa sensación de tenerla allí, a mi merced, deseándome tanto como yo la deseaba a ella.

—Desde hace mucho tiempo… —empezó a decir, con la voz rota.

—Calla.

La interrumpí. No quería hablar. No quería análisis. No quería racionalizaciones. Quería sentir.

—No vamos a hablar de lo que podríamos haber hecho —dije, mientras mis dedos trazaban el contorno de su clavícula—. Vamos a hacer lo que vamos a hacer ahora.

Me incliné y besé su cuello. Suave al principio, luego más fuerte. Mordisqueando esa piel tan suave que sabía a perfume y a ella. Un gemido se escapó de sus labios. Un sonido que me recorrió como una descarga eléctrica. Sus manos se agarraron a mis hombros. Las uñas se clavaron ligeramente en mi piel. Y eso fue todo.

El control que me quedaba se evaporó. Mi boca bajó por su cuerpo. Besando cada centímetro de su piel. Lamiendo, mordiendo, marcando. Quería que al día siguiente recordara cada beso. Cada toque. Cada momento de esta noche.

Quería que supiera que había sido mía.

—Nico… por favor… —Suplicó, con el cuerpo arqueado.

—¿Por favor qué, Paula? —pregunté, con la voz rota por el deseo, mientras mis manos desabrochaban el botón de sus vaqueros.

—No sé… no sé… solo… no pares.

Y no paré.

Deslicé sus vaqueros y su ropa interior por sus caderas y la tuve allí. Completamente desnuda bajo mi mirada, bajo mis manos. Y era lo más hermoso que había visto en mi puta vida.

Pero no me lancé sobre ella. No me dejé llevar por la urgencia total. A pesar de todo, a pesar del deseo que me consumía… Había una parte de mí que sabía que esto no era solo follar. Era más.

Y esa parte me obligó a ir más lento. A ser más consciente. A memorizar cada reacción. Cada extremismo. Cada respiración. Mi boca encontró la suya otra vez y el beso fue diferente.

Más tierno. Más cargado. Como si en medio de toda esa pasión desatada estuviera pidiendo perdón y dándoles las gracias al mismo tiempo.

Sus manos bajaron por mi espalda hasta mi cintura y, con un movimiento decidido, desabrochó mis vaqueros. Esa fue mi perdición. El último vestigio de control se fue a la mierda.

Me aparté solo un segundo para quitarme la ropa que quedaba. Y cuando volví a estar sobre ella… Cuando sentí su piel contra la mía… Sin nada en medio. Supe que estaba perdido. Que no volvería a ser el mismo.

—¿Estás seguro? —me preguntó, con la voz temblorosa.

Y en su pregunta había algo más que duda. Había una súplica. Una necesidad de que esto fuera real.

—Nunca he estado más seguro de nada en mi vida —respondí, y era la verdad más absoluta que había dicho nunca.

La penetré lentamente. Muy lentamente. Sintiéndola abrirse para mí. Adaptándose a mí. Y vi cómo sus ojos se cerraban. Cómo su boca se abría en un grito silencioso. Cómo sus manos se agarraban a las sábanas.

Y me detuve dentro de ella. Sin moverme. Solo sintiéndola.

—Mírame —le ordené otra vez, con la voz ronca.

Abrió los ojos y vi que estaban llenos de lágrimas. No de tristeza. De emoción. De tantas cosas acumuladas que ya no cabían.

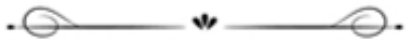
—Esto es real, Paula —dije, moviéndose dentro de ella con una lentitud tortuosa—. Esto que estás sintiendo... es real.

Y entonces empezamos a movernos. Un ritmo que nació de nosotros dos. Sin prisa, pero sin pausa. Profundo. Intenso. Como si quisiéramos fundirnos en uno solo. Como si quisiéramos que el tiempo se detuviera.

Sus piernas se enredaron en mi cintura, aumentando el contacto. La profundidad. Y yo…

Yo me perdí en ella. En sus gemidos. En sus susurros de mi nombre. En cómo su cuerpo respondía al mío. En cómo se entregaba por completo. Sin reservas. Sin miedos. Y eso era lo más excitante de todo.

Capítulo 11



Nico

Ver a Paula, la chica de siempre, la amiga de toda la vida… Convertida en esta mujer que se retorcía de placer bajo mi cuerpo. Que me pedía más. Que me miraba con una mezcla de sumisión y desafío que me volvía loco.

—Más rápido… —Suplicó.

Y yo le di más rápido. Y más fuerte. Cada embestida más profunda que la anterior. Llevándola al límite. Llevándonos al límite. Hasta que sentí cómo se tensaba.

Cómo su cuerpo se arqueaba en un espasmo de placer puro. Y ese fue mi final. Verla disfrutar. Verla perder el control por mí.

Me empujó por el borde y me derrumbé sobre ella. Sin fuerzas. Sin aliento. Completamente hecho polvo.

Permanecimos así en silencio minutos, o tal vez horas. No lo sabía. Solo el sonido de nuestras respiraciones, que poco a poco volvieron a la normalidad. Sus dedos jugaban con el pelo de mi nuca.

Mis labios descansaban en su hombro, sintiendo el latido de su corazón contra mi pecho, un ritmo desacompasado que poco a poco se iba calmando. Cada respiración suya era un recordatorio de lo que acababa de pasar. De lo que habíamos hecho.

Un peso se asentó en mi pecho, pero no era arrepentimiento. Era más pesado. Era la certeza de que nada volvería a ser igual. La cruzábamos, joder, y la habíamos destrozado a martillazos.

—Nico… —Susurró su voz, rota, cargada de una emoción que no me atrevía a nombrar.

Levanté la cabeza, apoyándome en los codos para mirarla. Tenía los ojos cerrados, y una lágrima se había escapado, trazando un camino plateado hacia su sien. La aparté con el pulgar, con una delicadeza que no sabía que poseía.

—¿Qué pasa, Paula? ¿Te he hecho daño? —La pregunta me salió ronca, con un nudo en la garganta que no esperaba.

Abrió los ojos y me miró. Y en esa mirada no había ni rastro de arrepentimiento. Solo… asombroso. Y otra cosa. Algo que me desarmó por completo.

—No —negó, con un movimiento casi imperceptible—. Al contrario. Es que… es que no sabía que… esto pudiera ser así.

Yo tampoco. Joder, yo tampoco.

Me recosté a su lado, pero la mantuve cerca, con un brazo alrededor de sus hombros, sin querer soltarla. Como si pudiera desaparecer. Como si esto pudiera deshacerse.

—Así, ¿cómo? —insistí, necesitando oírlo. Necesitando que ella pusiera nombre a este caos que sentía dentro.

Se giró hacia mí, apoyando la mano en mi pecho, justo encima de mi corazón. Sentí su calor como un ancla.

—Real —dijo, casi en un susurro—. Siempre pensé que… que sería torpe, o raro, o… no sé. Una consecuencia. Pero esto… esto se siente como… la única consecuencia lógica de todo lo demás.

Su lógica era la misma que la mía. Y eso a la vez me tranquilizaba y me aterraba.

—Es una locura —dije yo, repitiendo sus palabras de antes, pero ahora sonaban diferentes. No eran una advertencia, eran una constatación.

—La mejor de todas —repitió ella, devolviéndome mi frase.

Una sonrisa se dibujó en su boca. Una sonrisa pícara, cansada, increíblemente sexy. Y me dio un vuelco el estómago. Otra vez.

—Todavía no te has recuperado y ya me estás mirando así —dije, con media sonrisa.

—¿Y cómo me estás mirando tú? —replicó, acercándose un poco más.

Mi mano bajó desde su hombro hasta su cintura, deslizándome por la curva de su cadera. La nota temblar bajo mi palma.

—Te estoy mirando como si quisiera volver a hacerlo.

Su respiración se cortó.

—Nico…

—Sí, Paula. Otra vez.

Y la besé.

No fue un beso de hambre, como antes. Fue un beso de descubrimiento. Lento. Profundo. Un beso que decía "hola, por fin te conozco". Un beso que sabía a ella, a mí, a todos los años perdidos y a todos los que, de alguna forma jodida, empezábamos ahora.

Sus manos se enredaron en mi pelo, y mi cuerpo respondió de inmediato. La sangre hirvió en mis venas. El deseo, que solo se había apagado un instante, volvió a arder con más fuerza, si cabe.

La aparté lo justo para poder hablarle, con la frente pegada a la suya.

—Dime una cosa —murmuré—. Todo este tiempo… ¿También estabas sufriendo esto?

Ella cerró los ojos un segundo, como si le doliera la respuesta.

—Sufrir no es la palabra —confesó—. Era como… tener un hambre que no sabía cómo sacar. Una sed que solo se calmaba un poco cuando estabas cerca, pero que volvía triple cuando te ibas. Te odiaba un poco por eso.

Yo reí. Un sonido bajo, gutural.

—Pues te juro que el sentimiento era mutuo, cariño.

La giré para quedarme encima de ella, sujetándole las muñecas a ambos lados de su cabeza.

—Pero ya no —dije, bajando la boca hacia su cuello—. Ahora no tenemos que tener hambre.

La besé en la base del cuello, lamiendo su piel, sintiendo su pulso acelerarse contra mis labios.

—Ahora podemos comernos todo.

Un gemido largo y bajo escapó de su garganta.

—Sí… —Susurró, rindiéndose por completo—. Comámoslo todo.

Y esa noche, aprendimos que el hambre de tantos años no se saciaba con una sola cena, sino con un banquete. Y estábamos dispuestos a probar cada plato, hasta quedar saciados. O hasta morir en el intento.

La dejé un segundo, solo para mirarla. Para absorber la imagen de Paula, mi Paula, deshecha en mi cama con el pelo revuelto y los ojos brillantes de deseo y algo más, algo que me estaba matando por descifrar.

—Voy a probarte entera —dije, mi voz un gruñido bajo que sonó ajeno, más primitivo—. Voy a saborearte a fondo.

Y lo hice.

Mi boca inició un viaje descendente, un recorrido lento y deliberado por el que ya había pasado, pero esta vez sin la urgencia de antes. Esta vez era

exploración. Cartografía de la época. Estaba dibujando un mapa de su cuerpo en mi memoria.

Besé cada una de sus costillas, contándolas con la lengua. Sentí cómo se retorcía, cómo sus manos se agarraban a mis sábanas como si fueran su único ancla a la realidad.

—Nico… Dios… —murmuraba, sin aliento.

—No es Dios, cariño. Soy yo.

Mi boca encontró el hueco de su estómago y me detuve. Sentí la piel suave y caliente bajo mis labios. La besé suavemente y luego la mordisqueé con cuidado. Un extremo recorrió todo su cuerpo.

—Te gusta que te marque, ¿verdad? —pregunté, sin necesidad de una respuesta. Lo estaba viendo. Lo estaba sintiendo.

Asintió, incapaz de formar palabras.

Seguí bajando, desviándome hacia sus caderas. Besé el hueso prominente, lamiendo la piel tirante. Mis manos la sujetaban con firmeza, controlando sus movimientos, dominándola. Y ella se dejaba dominar. Se entregaba a ello con una generosidad que me robaba el aliento.

Llegué al centro de todo. Al calor. A la humedad. A la esencia de Paula. Y entonces la probé. Con una primera lamida larga y lenta.

Un temblor violento sacudió su cuerpo. Un grito ahogado se escapó de sus labios.

—¡Joder, Nico!

—Calla y siente —ordené, mi voz velada por su piel.

Y la hice sentir.

Usé mi boca, mi lengua, mis labios. La exploré, la aprendí, la disfruté como al banquete más exquisito. La llevé al borde una y otra vez, frenando justo cuando sentía que iba a explotar, para luego empujarla de nuevo hacia el

precipicio. Era un juego cruel y delicioso, y yo era el único que ponía las reglas.

Sus piernas se cerraron alrededor de mi cabeza, aprisionándome, y eso me excitó aún más. La sensación de perder el control, sentir cómo su cuerpo se convertía en una pura sensación, en una única nota de placer sostenida hasta el límite de lo soportable.

—Por favor… por favor, Nico… no pares… te lo ruego… —suplicaba, con la voz rota en sollozos de placer.

Y esta vez la escuché. Esta vez la complací.

Aumente el ritmo, la presión, la intensidad. La busqué con la lengua, encontré ese punto sensible y lo ataqué sin piedad.

Y entonces explotó.

Un grito largo y liberador llenó la habitación. Su cuerpo se arqueó en un espasmo tan intenso que pensé que se iba a romper. Sentí la contracción de sus músculos alrededor de mi lengua, una pulsación rítmica que me dejó sin aliento.

La mantuve allí, mientras las olas del orgasmo la sacudían, bebiéndola, absorbiendo todo su placer.

Cuando por fin se relajó, cayó rendida sobre la cama, con el cuerpo temblando y la respiración agitada. Luego, subí lentamente por su cuerpo.

La miré. Tenía los ojos cerrados, las mejillas sonrojadas, una sonrisa inconsciente en los labios. La besé Y ella me devolvió el beso, sabiéndose en mí.

—Eres un cabrón —susurró contra mi boca, con una sonrisa en la voz.

—Tú no te quejes —respondí, entrando dentro de ella en un solo movimiento lento y profundo.

Su respiración se cortó.

—Joder…

—Sí, joder —dije yo, moviéndome dentro de ella con un ritmo lento, profundo, casi meditativo—. Joder, Paula, joder.

La cogí de la cara, obligándola a mirarme.

—Mírame —ordené—. Mírame, cariño.

Y me miró. Con los ojos muy abiertos, con la expresión de quien está viendo algo que nunca esperó ver. Y en sus ojos vi todo.

El amor. El deseo. El miedo. La rendición. Y me di cuenta de que estaba perdido.

Que estaba completa y absolutamente jodido. Y que no me importaba nada. Porque en ese momento, dentro de ella, mirándola a los ojos… Por primera vez en mucho tiempo, me sentí en casa.

Cada embestida era una afirmación. Cada movimiento, una pregunta que su cuerpo contestaba con un sí rotundo. El ritmo se hizo más insistente, más hambriento. Ya no era sobre explorar, era sobre conquistar. Sobre marcar cada centímetro de su interior como territorio mío.

Sus piernas se apretaron más alrededor de mi cintura, tirando de mí hacia adentro, pidiendo más profundidad, más fuerza. Y yo se la di. Le di todo lo que tenía.

—Dime que es tuyo —gruñí contra su oreja, mordiéndole el lóbulo—. Dime que mi miembro es tuyo.

—Es mío… —Gimió, con la voz rota—. Todo… joder, Nico, es todo mío.

Eso fue mi perdición.

La agarré con más fuerza, levantándole una pierna y apoyándomela en el hombro. La nueva posición me permitió llegar más hondo, y un grito gutural se escapó de su garganta.

—Así… así… sí… así…

La follé con una brutalidad que me asustó de lo posesivo que me sentía. Sin filtros. Sin miedo. Solo el instinto animal de tomar, de poseer, de fusionarme con ella hasta que no supiera dónde empezaba ella y dónde acababa yo.

La habitación se llenó de los sonidos de nuestros cuerpos chocando, de nuestros jadeos, de mis palabras obscenas y de sus gemidos descontrolados. Era una sinfonía caótica, hermosa, la banda sonora de nuestra destrucción y nuestro renacimiento.

—Tócate —ordené, cogiendo su mano y llevándosela a su sexo—. Tócate mientras te follo.

Y lo hizo. Sus dedos encontraron su clítoris, hinchado y sensible, y empezaron a frotarlo al ritmo de mis embestidas.

—Mira lo que haces contigo —dije, fascinado por la imagen, por la absoluta falta de inhibición—. Mira cómo te dejas llevar conmigo.

—Solo contigo… —susurró, con los ojos perdidos en el éxtasis—. Solo contigo soy así.

Sentí cómo se tensaba de nuevo, cómo su cuerpo se preparaba para otro precipicio. Y esta vez, yo iba con ella.

—Córrete conmigo, Paula —dije, acelerando el ritmo, llevándola al límite —. Córrete ahora. Conmigo.

Y lo hizo.

Un segundo orgasmo, más violento que el primero, la sacudida como una tormenta. Sentí sus paredes contraerse alrededor de mí, apretándome, succionándome, y eso fue todo.

Me derrumbé sobre ella con un rugido que sentí hasta en los huesos, vaciándome dentro de ella, dándole todo mi semen, toda mi fuerza, toda mi alma.

Permanecimos así, unidos, sudorosos, temblando, durante una eternidad. El silencio que siguió fue más ruidoso que todos nuestros gritos. Era un silencio

lleno de verdades que no podíamos decir.

Finalmente, me aparté con cuidado y caí a su lado, completamente agotado. La miré. Tenía los ojos cerrados y una sonrisa pícara y satisfecha en los labios.

Me giré hacia ella y la traje hacia mí, pegando su espalda a mi pecho. La rodeé con mis brazos, como si quisiera protegerla del mundo, de mí mismo, de las consecuencias de lo que acabábamos de hacer.

—Paula… —Empecé a decir, pero no supe qué más añadir.

Ella se giró en mis brazos, quedándose frente a mí. Me acarició la mejilla, con una ternura que contrastaba con la ferocidad de hacía un momento.

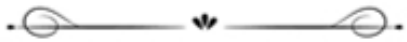
—No digas nada, Nico —dijo, como si leyera mi mente—. No lo estropees.

Y entonces me besó. Un beso dulce. Lento. Un beso que prometía que esto no era el final. Que era solo el principio.

Y mientras la besaba, con el sabor de nuestro sexo aún en nuestros labios, supe que tenía razón.

Esto no era el final. Era el principio de la locura más hermosa de mi vida.

Capítulo 12



Paula

La luz que entraba por la ventana fue lo primero que me despertó. Suave. Demasiado tranquila para lo que había pasado.

Abrí los ojos lentamente, desorientada al principio. Como si mi cuerpo hubiera decidido despertarse antes que mi cabeza. Como si necesitara unos segundos más para enfrentarse a la realidad.

Y entonces lo recordé. Todo.

El bar. El beso. El coche. Su casa. La noche. Él.

Me quedé completamente quieta. Porque Nico estaba ahí. A mi lado. Dormido.

Con la respiración tranquila, profunda. El rostro relajado de una forma que nunca le había visto. Sin tensión. Sin esa mirada constante que parecía medirlo todo.

Así… parecía otro. O quizá siempre había sido así y yo nunca lo había visto. Y de repente… La realidad me cayó encima.

Como un golpe seco. Como si alguien hubiera abierto una puerta dentro de mi cabeza y todo lo que había evitado pensar durante la noche entrara de golpe.

Me incorporé despacio, llevándome una mano a la frente.

—*Dios mío…* —Susurré.

No era arrepentimiento exactamente. Era… vértigo. Un vacío raro en el estómago. Como si hubiera saltado sin mirar y ahora, por fin, estuviera viendo la altura desde la que había caído.

Miré a mi alrededor. Su habitación. Desordenada, pero no caótica. Con detalles que no encajaban del todo con la imagen que tenía de él. Libros. Una chaqueta tirada en una silla. Un reloj en la mesilla.

Normal. Demasiado normal. Y eso lo hacía peor. Porque lo de anoche… no había sido normal. Nada de eso lo había sido.

Busqué mi ropa con la mirada, intentando recomponerme mientras mi cabeza iba a mil por hora.

¿Qué habíamos hecho? No en plan moral. Sino en plan real. Consecuencias. Personas. Historias. Todo.

Como si hubiera sentido el movimiento, Nico abrió los ojos. Y me miró. Sin sorpresa. Sin confusión. Solo… intensidad.

Eso me descolocó aún más.

—Buenos días.

Fruncí el ceño al instante.

—No digas eso como si fuera normal.

Me levanté de la cama, demasiado rápido, demasiado consciente de mi cuerpo desnudo, de su mirada siguiéndome.

Necesitaba distancia. Espacio. Algo que no oliera a él.

—No lo es —respondió, incorporándose despacio.

—Entonces no actúes como si lo fuera.

Silencio. Tenso. De esos que no necesitan palabras porque ya lo dicen todo.

Me puse la ropa como pude, torpe, sin mirarlo demasiado. Porque cada vez que lo hacía… algo dentro de mí se descolocaba otra vez. Y no podía permitírmelo. No ahora.

—Ha sido un error —dije finalmente.

Las palabras salieron más firmes de lo que me sentía. Pero necesitaba que sonaran así. Necesitaba creerlas. Nico se incorporó del todo.

—No.

Negué.

—Sí.

—No me arrepiento.

Eso me hizo girarme de golpe.

—Pues deberías.

Me crucé de brazos, como si eso pudiera protegerme de algo que no sabía ni nombrar.

—Somos… —Negué con la cabeza— Esto no está bien. Nuestras familias, nuestros padres…

—No son ellos los que estaban aquí.

Ese golpe fue directo. Bajé la mirada porque tenía razón. Y eso era justo el problema.

—No puede volver a pasar.

Lo dije más bajo, pero más real. Más necesario. Nico me observó unos segundos. Largos. Demasiado. Como si estuviera esperando algo más. Algo que no dije.

—Si eso es lo que quieres…

Ahí estaba. Ese segundo. Esa duda. Ese maldito instante en el que todo podía cambiar dependiendo de lo que dijera. Pero me aferré a lo único que tenía sentido.

—Sí.

Silencio. Y esta vez… Fue definitivo. O al menos eso quise creer.

Cogí mis cosas y evité mirarlo demasiado.

—Gracias por… —Me detuve, incómoda. —Ya sabes.

No sabía cómo llamar a lo que había pasado. No quería ponerle nombre. Porque en cuanto lo hiciera… dejaría de ser algo puntual.

—Sí. Ya sé.

Su tono fue neutro. Demasiado. Eso también dolió.

Me dirigí a la puerta, y cada paso pesaba más de lo que debería. Como si algo tirara de mí hacia atrás. Como si salir de esa casa fuera más difícil de lo que tenía sentido. Pero aun así… Seguí. Porque quedarme era peor. Mucho peor.

Antes de salir, me detuve. No quería, pero lo hice.

—Nico…

Él levantó la mirada. Y ahí estaba otra vez. Esa intensidad. Esa forma de mirarme como si esto no hubiera terminado. Como si no fuera capaz de terminar.

—Esto no cambia nada.

Mentira. Los dos lo sabíamos. Se notaba en el aire. En cómo evitaba respirar demasiado hondo. En cómo no podía sostenerle la mirada más de dos segundos. Pero aun así…

—Claro —respondió él. Y me dejó ir.

Salir a la calle fue como despertar del todo. El aire frío me golpeó la cara. Y por primera vez desde que abrí los ojos… Respiré. De verdad. Pero no ayudó. Ni de lejos.

Caminé sin rumbo claro durante unos segundos. Con el bolso mal colgado. El pelo desordenado. La cabeza hecha un desastre. ¿En qué estaba pensando? No. Peor. ¿Por qué no había pensado?

Porque no había sido falta de información. Había sido elección. Y eso era lo más incómodo de todo.

Me subí al coche. Y cuando cerré la puerta… El silencio volvió. Pero distinto. Más duro. Más real. Apoyé las manos en el volante sin arrancar. Solo me quedé ahí. Y entonces me vino todo.

Su cara al mirarme. Sus manos. La forma en que decía mi nombre. Cómo me había mirado. No como siempre. No como antes. Como si yo fuera… Importante. Y eso… Eso fue lo que más me desarmó.

—*Joder*… —Susurré.

Porque no había sido solo sexo. Podría haber sido más fácil si lo hubiera sido. Pero no. Había sido algo más. Algo que llevaba años ahí. Esperando. Y que anoche finalmente explotó.

Apoyé la cabeza en el volante un segundo. Solo uno, pero suficiente para admitir algo que no quería decir en voz alta: No me arrepentía. Y eso lo complicaba todo.

Arranqué el coche y conduje hacia casa con una sensación extraña en el pecho. Mitad miedo. Mitad algo que no quería analizar. Porque sabía que si lo hacía no iba a poder seguir fingiendo que esto no significaba nada.

El trayecto fue corto. Demasiado. Porque necesitaba más tiempo. Para ordenar. Para decidir. Para construir una versión de lo ocurrido que pudiera sostener. Pero no la encontré. Porque cada vez que intentaba simplificarlo… Volvía a lo mismo.

No había sido un error. Había sido inevitable. Y eso daba mucho más miedo. Porque los errores se evitaban. Lo inevitable… no.

Apreté el volante.

—*Esto no puede volver a pasar* —me repetí en voz alta.

Como si decirlo lo hiciera más real. Más firme. Más definitivo. Pero algo dentro de mí… No respondió. Y ese silencio interno… Fue la primera señal de que esto no iba a ser tan fácil.

Llegar a casa no me calmó. Eso fue lo primero que supe en cuanto cerré la puerta detrás de mí.

Porque había una parte de mí que esperaba… no sé, algo. Un cambio. Una sensación distinta. Pero no. Seguía igual. O peor.

Dejé el bolso en cualquier sitio y me apoyé contra la pared del recibidor, cerrando los ojos un segundo. Solo uno. Pero bastó.

Su cara. Sus manos. Su voz. La forma en que me miraba. Todo volvió. Como si no me hubiera ido realmente. Como si una parte de mí se hubiera quedado en esa casa. Con él.

—*Genial, Paula* —murmuré—. *De puta madre.*

Me separé de la pared y caminé hacia el salón, intentando hacer algo normal. Cualquier cosa.

Agua. Café. Respirar sin pensar demasiado. Pero no lo conseguí.

Porque en cuanto me senté en el sofá… El silencio me explotó en la cabeza. Y entonces sonó el timbre.

Parpadeé. Una vez. Dos. ¿Quién sería? Miré la hora y entonces lo recordé. Lucía.

Abrí la puerta y ahí estaba. Con el pelo medio recogido en ese caos suyo que de alguna manera siempre le quedaba bien, una cámara colgando del cuello… y Alba agarrada a su pierna con una sonrisa traviesa.

—Buenos días, desastre —dijo Lucía, entrando sin pedir permiso—. Hemos venido a invadirte.

—¡Tita Paula! —gritó Alba, soltándose para abrazarme.

Sonreí automáticamente, agachándome para cogerla.

—Hola, bicho.

La apreté un segundo más de la cuenta. Porque necesitaba algo real. Algo que no fuera todo lo de anoche.

—Estás rara —soltó Lucía, sin filtro, mientras dejaba su bolso en la mesa.

Ni hola. Ni nada. Directo. Me incorporé despacio.

—Estoy perfectamente.

Me miró. Esa mirada suya. La de "no me tomes por idiota".

—Paula, que nos conocemos desde que nos cambiábamos el bocadillo en el recreo del colegio —cruzó los brazos—. ¿Vas a decirme qué te pasa o empiezo con las cosquillas de la tortura?

No pude evitarlo y sonreí. Una sonrisa breve pero real.

Cerré los ojos un segundo. Y suspiré.

—He hecho una estupidez.

Lucía arqueó una ceja.

—Vale. Eso no es nuevo. Dame contexto.

Miré a Alba.

—Cariño, ¿vas a dibujar un rato?

—¡Sí! —dijo feliz, corriendo hacia la mesa.

Esperé a que se distrajera. Y entonces… Me dejé caer en el sofá.

—Me he acostado con Nico.

Silencio. Uno. Dos segundos. Y entonces, Lucía habló.

—Ya era hora.

Parpadeé.

—¿Perdona?

—Lo que oyes —se sentó frente a mí—. Pensaba que ibas a esperar a jubilarte.

La miré, entre incrédula y ofendida.

—Lucía, acabo de decirte que me he acostado con Nico.

—Sí —se encogió de hombros—. Y yo te estoy diciendo que llevas enamorada de ese hombre desde que eras un puto proyecto de persona.

Abrí la boca y la cerré. Porque… tampoco podía negarlo del todo.

—Al parecer… —murmuré— él también se sentía atraído. O eso me dijo. O… eso dio a entender.

Lucía soltó una risa corta.

—"Al parecer", dice. Cariño, ese hombre te ha mirado siempre como si fueras lo único enfocado en su puta vida cada vez que estabais en la misma habitación.

Tragué saliva. Porque eso… también lo había visto. Pero nunca lo había querido interpretar.

—No significa nada.

—Claro que significa.

—No —negué, más firme—. Fue… fue una situación. Yo había bebido. Le reté.

—¿Le retaste?

—Sí —me pasé una mano por la cara—. Le dije que no sería capaz de seducirle.

Lucía se quedó en silencio. Y luego sonrió. Una sonrisa lenta y peligrosa.

—Eres gilipollas.

—Gracias.

—No, en serio —se inclinó hacia mí—. ¿Le retas a que no puedes seducirle… y ahora te sorprende que haya pasado?

—No es eso.

—Entonces, ¿qué es?

Solté el aire.

—Que podría haber aceptado ese reto con cualquier otra mujer.

Silencio.

—Lucía, por favor —continué—. Nico conoce a miles de mujeres. Modelos. Actrices. Mujeres muchísimo más guapas, más seguras, más… todo.

Me abracé a mí misma.

—Esto no significa nada.

Lucía no respondió al instante, solo me miró fijamente.

—Probablemente sí —dijo al final.

Parpadeé. No esperaba eso.

—¿Qué?

—Que podría haber aceptado con otras. Claro.

Asentí, como si eso confirmara mi punto. Pero entonces añadió:

—Pero a la que se folló como si no hubiera un mañana fue a ti.

Silencio. Directo. Sin suavizar. Y me golpeó. Porque no había forma de esquivarlo.

Bajé la mirada. Mi cabeza volvió sola a esa noche. A cómo me tocaba. A cómo me miraba. A cómo…

Joder. Tragué saliva.

—Fue… —Empecé, pero me costó— fue la mejor noche de mi vida en años.

Lucía no dijo nada.

—Y es mucho decir.

Levanté la mirada.

—Fue dominante conmigo… pero también tierno. Como si… como si le importara de verdad.

Mi voz bajó.

—Y eso es lo peor.

—¿Por qué?

Solté una risa sin humor.

—Porque si antes ya estaba segura de que ningún hombre iba a estar a su altura sin siquiera haberle besado… ahora…

Negué con la cabeza.

—Ahora es un hecho.

Silencio. Uno pesado y real. Lucía se echó hacia atrás en el sofá, cruzándose de brazos.

—Entonces no seas idiota.

La miré.

—¿Perdona?

—No dejes que el verdadero amor de tu vida se te escape.

El aire se me quedó atrapado en el pecho.

—Lucía…

—No —me cortó—. Escúchame tú ahora. Porque sé cómo acabas estas cosas.

Se inclinó hacia mí. Más seria. Más… sincera.

—Te proteges. Te convences de que no merece la pena. De que es complicado. De que no es el momento.

Tragué saliva.

—Y luego aparece otro. Más fácil. Más correcto.

Silencio.

—Y te conformas.

Eso dolió. Porque era verdad.

—Pero no eres feliz del todo —continuó—. Nunca lo eres.

Bajé la mirada.

—Y esta vez no es igual, Paula.

Levanté los ojos.

—Porque esta vez no es uno más.

Silencio.

—Es él.

Nada más, pero bastó. Porque lo dijo como si fuera obvio. Como si yo lo supiera. Como si siempre lo hubiera sabido. Y quizá…

Quizá era verdad.

Lucía siguió hablando. Alba vino a enseñarnos un dibujo. La vida siguió su ritmo normal. Pero yo… Yo me quedé atrapada en una sola idea.

"Es él."

Me apoyé en el sofá, mirando a la nada mientras ellas hablaban. Porque si eso era verdad… Si Nico era realmente eso para mí… Entonces no era solo una decisión. Era una renuncia. Y no a una historia. Sino a algo mucho más grande.

A algo que llevaba años dentro de mí. Esperando. A algo que anoche había cobrado forma.

Cerré los ojos un segundo y lo vi otra vez. Su cara. Su voz. Su forma de decir mi nombre. Y esa maldita certeza volvió.

La misma de cuando tenía dieciséis años. La misma que nunca se había ido. Solo que ahora era más fuerte. Más clara. Más imposible de ignorar.

Abrí los ojos y lo pensé. Si lo dejo pasar… Si fingía que esto no significaba nada… Si me obligaba a olvidarlo… Podría seguir adelante.

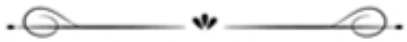
Sí. Podría conocer a otros hombres. Podría construir algo. Podría incluso convencerme de que era feliz.

Pero nunca… Nunca iba a sentir lo mismo. Nunca iba a mirar a nadie como le miraba a él. Nunca iba a desear a nadie como le deseaba a él.

Nunca iba a ser del todo honesta conmigo misma. Y eso… Eso sí que daba miedo. Porque por primera vez no era Nico el problema. Era yo.

Y lo que estaba dispuesta a perder por no atreverme a quedarme.

Capítulo 13



Paula

La semana después de aquella noche fue… extraña.

No hubo mensajes. No hubo llamadas. No hubo nada. Y eso era exactamente lo que habíamos acordado. O lo que habíamos fingido acordar.

Intenté volver a mi rutina en Córdoba, pero la realidad era que ya no tenía una. Sin trabajo, sin relación, sin una dirección clara, los días se estiraban más de la cuenta. Demasiado silencio. Demasiado tiempo para pensar.

Y pensar… era peligroso.

Había dejado el trabajo. Así, sin más.

Aún recordaba la cara de mi jefa cuando se lo dije. No de enfado, sino de sorpresa. De esas que venían acompañadas de un "no te reconozco".

—*Paula, no hace falta que te vayas* —me dijo, apoyándose en la mesa, mirándome con esa mezcla de paciencia y lógica que siempre había tenido conmigo—. *Podemos reubicarte. Comunicación interna, redes, lo que quieras. No tienes por qué verle.*

Pero no era eso. No era solo verlo. Era todo lo que venía con él.

El pasado. Las conversaciones pendientes. Las miradas que ya no significaban nada.

—*No quiero quedarme* —respondí.

Y en ese momento supe que era verdad. No quería quedarme en ningún sitio que me recordara a lo que ya no era. Ni a quien yo había sido.

Así que me quedé en casa. Días enteros. Con el portátil abierto. Con mil pestañas que no me interesaban. Con ofertas de trabajo que leía sin leer.

Porque en realidad no estaba buscando trabajo. Estaba buscando una excusa. Una dirección. Algo que me sacara de ese estado intermedio en el que no estabas rota, pero tampoco estabas bien.

Y entre todo eso… Estaba él. Siempre él.

Porque por mucho que lo intentara, no podía dejar de pensar en Nico.

En su casa. En su cama. En su forma de mirarme como si… Como si yo fuera algo que llevaba tiempo esperando.

Cerré el portátil de golpe.

—*Vale, basta.*

Me levanté de la silla. Porque no podía seguir así. Dándole vueltas a algo que ya había terminado. Que yo había terminado. Porque había sido un error.

¿Verdad?

Suspiré y me llevé las manos a la cara. Joder. Ni yo misma me creía esa respuesta.

Me obligué a volver a sentarme. Abrí otra vez el portátil y esta vez sí, intenté centrarme.

Trabajo. Opciones. Futuro. Palabras que sonaban grandes, pero que en ese momento se sentían vacías.

Hasta que sonó el teléfono.

Número desconocido. Fruncí el ceño.

—¿Sí?

—¿Paula Salvatierra?

—Sí, soy yo.

—Le llamo de parte del departamento de comunicación del AS Vittoria Calcio, en Italia.

Eso hizo que me incorporara al instante.

—Dígame.

—Estamos buscando una nueva responsable de prensa. Su perfil nos encaja. Nos han hablado muy bien de usted.

Fruncí ligeramente el ceño.

—¿Quién exactamente?

Una breve pausa al otro lado me hizo sospechar aún más.

—Una recomendación interna.

Ahí. Ahí empezó todo. Esa sensación. Ese… clic.

—Entiendo… —Respondí, aunque no entendía nada.

Me explicaron condiciones. Responsabilidades. El proyecto deportivo. La proyección internacional. Todo era… perfecto. Demasiado perfecto.

Cuando colgué, me quedé mirando el móvil en silencio.

—*No.*

Me levanté y empecé a caminar por la terraza.

—*No, no, no…*

Porque lo estaba viendo demasiado claro.

—Nico.

Su nombre salió en voz baja. Como una advertencia. Como una acusación. Porque si aquello era lo que parecía… Nada era casual.

Me apoyé en la barandilla mirando la calle sin verla realmente. Pensando. Atando cabos.

Italia. El equipo. El momento. Y él. Siempre él en medio de todo.

—No puede ser…

Pero cuanto más lo pensaba, más sentido tenía. Demasiado sentido.

Y eso me cabreó. Mucho. Porque significaba que no solo no había desaparecido, sino que había encontrado otra forma de estar.

De meterse en mi vida. De mover piezas sin preguntarme. Sin avisar. Sin… Sin darme opción a decir que no. O sí.

Porque la opción estaba ahí. Aceptar o no aceptar. Tan sencillo como eso.

Volví a mirar el móvil. La llamada seguía en el registro. Italia. Nuevo trabajo. Nueva vida. Lejos de todo.

Lejos de Córdoba. Lejos de Sergio. Lejos de la versión de mí que ya no quería ser. Y peligrosamente… Cerca de Nico.

Cerré los ojos un segundo y respiré hondo. Porque ahí estaba el problema real. No el trabajo, ni el cambio. Ni siquiera la oportunidad.

Él.

Porque si decía que sí… No solo estaba aceptando un puesto. Estaba aceptando volver a verlo. A sentir. A arriesgar. A cruzar otra vez esa línea que ya sabía perfectamente cómo acababa.

Abrí los ojos y en ese momento lo tuve claro. O al menos… lo suficientemente claro.

—No puedes huir toda la vida.

Lo dije en voz alta. Como si necesitara oírlo para creérmelo. Como si eso lo hiciera más real.

Porque eso era lo que había hecho hasta ahora. Huir.

De Sergio. Del trabajo. De lo que sentía. De Nico. Sobre todo, de Nico.

Y aun así…

Ahí estaba otra vez. De una forma u otra. Siempre.

Me dejé caer en la silla mirando el portátil, pero sin verlo realmente. Pensando en esa noche.

En sus manos. En su voz. En la manera en que pronunciaba mi nombre, como si… Como si no fuera una más.

Tragué saliva. Porque ese era el verdadero problema. No el deseo, ni el sexo, ni lo que habíamos hecho. Era lo que había sentido.

Y eso… Eso no desaparecía con una decisión racional.

Miré otra vez el móvil y lo supe con esa claridad incómoda que aparecía cuando dejabas de mentirte.

Aceptar ese trabajo no era solo una oportunidad profesional. Era una decisión emocional. Peligrosa e irreversible. Pero también era la única que me hacía sentir algo distinto al vacío de esa semana.

Sonreí ligeramente. Cansada. Un poco rota. Un poco valiente. Porque al final… La pregunta no era si Nico estaba detrás de todo aquello. La pregunta era otra.

¿Y si lo estaba… qué?

Bajé la mirada y por primera vez en días no sentí miedo. Sentí algo peor. Algo más intenso. Ganas. Y eso… Eso sí que era peligroso.

No aguanté más de dos horas sin ir a verle.

Dos horas intentando convencerme de que podía seguir con mi vida sin enfrentarme a todo lo demás. Pero no podía.

Cuando llegué a casa de mis padres para ver a Samuel, el silencio me resultó extraño. Demasiado tranquilo para alguien como él. Demasiado… quieto.

Abrí la puerta sin llamar.

—¿Hola?

—En el salón —respondió su voz.

Ahí estaba. Tirado en el sofá, con la pierna escayolada apoyada sobre cojines, el mando en la mano y una expresión de aburrimiento absoluto.

—Vaya imagen —murmuré, cruzándome de brazos desde la puerta—. El gran futbolista internacional reducido a… esto.

Giró la cabeza hacia mí y sonrió.

—Mira quién habla. La *drama Queen* oficial de la familia.

Sonreí. Y en ese momento se me aflojó algo por dentro.

Me acerqué despacio. Como si aún necesitara comprobar que estaba bien de verdad.

—¿Cómo estás?

Se encogió de hombros.

—Mejor que ayer. Peor que mañana.

—Qué optimista.

—Estoy lesionado, no muerto.

—Aún.

—Eres idiota.

—Siempre.

Me senté a su lado con cuidado de no rozarle la pierna. Y durante unos segundos… No dijimos nada. Pero no era incómodo. Era… familiar.

—Te noto rara —dijo de repente.

Directo, como siempre.

—Estoy perfectamente —respondí demasiado rápido.

Se giró un poco para mirarme mejor.

—Claro. Y yo soy el próximo Balón de Oro este año.

—Oye, eso no es imposible.

—Paula.

Silencio, y le sostuve la mirada. Un segundo. Dos. Y supe que no iba a colar. Nunca colaba con él.

—Vale —suspiré.

—Gracias.

—No he dicho nada todavía.

—Pero lo vas a hacer.

Maldito fuera, qué bien me conocía.

Me pasé una mano por el pelo. Miré al suelo y lo solté.

—He dejado el trabajo.

No reaccionó de inmediato.

—Vale…

—Y me han ofrecido otro.

—Eso suena bien.

Levanté la mirada.

—En Italia.

Ahí sí. Ahí cambió su expresión.

—¿Italia?

Asentí.

—Equipo de fútbol. Responsable de prensa. Proyecto internacional… todo muy bonito.

Silencio.

—¿Y el problema?

Solté una risa sin humor.

—Que seguramente Nico está detrás.

No lo dije como una duda, lo dije como un hecho.

Samuel se quedó mirándome unos segundos, procesando.

—Vale —dijo al final—. Eso… complica cosas.

—Un poco, sí.

—¿Y?

Fruncí el ceño.

—¿Y qué?

—¿Qué vas a hacer?

Abrí la boca. Pero no salió nada. Porque no lo sabía.

—No lo sé —admití al final.

Silencio. Samuel apoyó la cabeza en el respaldo del sofá. Mirando al techo.

—Es una oportunidad brutal, Paula.

—Ya.

—De las que no se repiten.

—Ya.

—Entonces no la dejes pasar.

Giré la cabeza hacia él.

—¿En serio?

—En serio.

—¿Aunque esté Nico?

—Sobre todo si está Nico.

Eso me dejó callada.

—No es tan simple —murmuré.

—Nunca lo es.

—Samuel…

Me miró, y ahí… Ahí me rompí un poco.

—Ahora que has vuelto… —Empecé, pero la voz se me quebró. —Ahora que podríamos vernos más… yo me voy.

Silencio. Pero no incómodo. Aun así, dolía.

—La vida es así —dijo, tranquilo.

Negué con la cabeza.

—Es una mierda.

—También.

Hizo una pausa y sonrió levemente.

—Pero hay trenes que o los coges… o te pierdes el que puede ser el mejor viaje de tu vida.

Tragué saliva. Porque lo sabía. Joder si lo sabía.

Me acerqué y le abracé. Con cuidado de no hacerle daño. Apoyando la cabeza en su hombro. Y ahí… Ahí sí. Lloré. Sin drama. Sin ruido. Pero de verdad.

—Odio esto —murmuré.

Noté cómo me rodeaba fuerte con ambos brazos.

—Lo sé.

—Se supone que la mayor soy yo —añadí, riendo entre lágrimas—. Debería estar consolándote a ti.

Soltó una risa suave.

—Eso nunca ha funcionado así.

—Ya.

—Siempre he sabido que yo debía haber nacido primero.

Le di un leve golpe en el brazo.

—Idiota.

—Es verdad —insistió—. Pero claro, los espermatozoides de papá decidieron que primero querían una niña a la que mimar…

Le miré.

—¿Y luego?

—Luego ya el niño con el que batallar.

Nos quedamos en silencio un segundo. Y luego nos reímos a carcajadas porque era absurdo. Y porque en el fondo sabíamos que nuestro padre había batallado con los dos por igual.

Me separé un poco, secándome las lágrimas.

—Eres un imbécil.

—Pero tu imbécil favorito.

—Eso no lo discuto.

Nos quedamos en silencio unos segundos más. Pero esta vez era distinto. Más ligero. Más claro.

—¿Sabes qué es lo peor? —murmuré.

—¿Qué?

Miré al frente. Pensando en todo. En Italia. En Nico. En esa noche. En lo que había sentido.

—Que no tengo miedo al trabajo.

Samuel no dijo nada. Esperó.

—Tengo miedo de él.

Ahí estaba la verdad. Desnuda, cruda, incómoda y real.

Samuel sonrió ligeramente.

—Entonces es por ahí.

Fruncí el ceño.

—¿Qué?

—Por donde más miedo te dé.

Negué con la cabeza.

—Eso suena a frase de taza de *Mr. Wonderful.*

—Y aun así sabes que tengo razón.

Silencio. Maldito fuera. Porque vaya si la tenía.

Apoyé la cabeza otra vez en el sofá, mirando al techo, respirando, pensando, sintiendo. Todo a la vez.

Porque al final… No era solo una decisión profesional. Nunca lo había sido.

Era decidir si quería volver a verle. Si quería arriesgarme otra vez. Si quería enfrentarme a algo que llevaba años evitando.

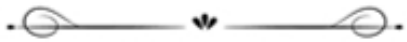
Si quería… Dejar de huir.

Cerré los ojos un segundo y en medio de todo ese caos hubo una certeza. Pequeña pero firme.

Si decía que no, no iba a ser por el trabajo. Iba a ser por miedo.

Y por primera vez en mucho tiempo no estaba segura de querer seguir eligiendo así.

Capítulo 14



Nico

—Sabes que se va a enterar, ¿verdad?

La voz de Marco rebotó en el salón como si no perteneciera del todo al aire.

Yo seguí mirando el móvil. La pantalla estaba apagada. Pero seguía viéndola igual. Paula. Siempre Paula.

—Ya —respondí.

No levanté la vista. No porque no pudiera, sino porque si lo hacía, sabía que Marco iba a verme demasiado claro.

Escuché el sonido de la cerveza al apoyarse en la mesa. Luego su risa. Esa risa suya que siempre parecía ligera… aunque nunca lo era del todo.

—Y aun así lo has hecho —dijo.

—Sí.

Sin matices. Sin explicación.

Marco se recostó en el sofá, estirando los brazos como si el mundo le perteneciera lo suficiente como para no preocuparse por nada.

—Eres un genio… o un suicida.

Por fin dejé el móvil sobre la mesa. El ruido fue sutil. Pero en mi cabeza sonó más fuerte de lo normal.

Me pasé una mano por la cara. Cansancio. No físico, de otro tipo. El que no se quitaba durmiendo.

—Necesitaba salir de allí —dije.

Marco me miró de lado.

—¿De Córdoba… o de ti?

Silencio. Ese fue el problema. No había respuesta buena.

Me levanté. Di dos pasos sin rumbo. Luego otro. Como si el cuerpo necesitara moverse para no pensar.

—Es una oportunidad para ella —añadí.

Marco soltó una carcajada breve.

—Claro.

Me giré. Él arqueó una ceja.

—Y totalmente desinteresada.

—Cállate.

No fue fuerte. Pero sí inmediato.

Marco no se inmutó, al contrario. Se inclinó hacia delante, apoyando los codos en las rodillas.

—Llevas años mirándola como si fuera lo único que no puedes tener.

No respondí.

—Y ahora que la has tenido…

Se detuvo. Pero la frase ya estaba completa en el aire. No hacía falta terminarla.

Apreté la mandíbula. Ese gesto ya me era automático cuando el tema era ella.

—No va a pasar nada —dije.

Marco sonrió. Más lento esta vez. Más consciente.

—Claro que no.

Pausa. Breve y controlada.

—Por eso la traes a tu equipo.

Ahí sí me giré. Directo.

—No la estoy trayendo por eso.

Marco no apartó la mirada.

—No —asintió—. Claro que no.

Ese tono. Ese maldito tono suyo. El de cuando sabía algo que tú aún no querías admitir.

Me pasé una mano por la nuca intentando ordenar algo que no tenía forma.

—Es una oportunidad profesional —dije.

—Sí.

—Tiene talento.

—Sí.

—Encaja.

—Sí.

Cada “sí” suyo era más lento. Más pesado. Como si me estuviera dejando hablar solo.

Me detuve y lo miré.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

Marco sonrió otra vez. Pero esta vez no era bromista. Era otra cosa. Más incómoda. Más real.

—El problema eres tú.

Silencio. Y entonces lo vi. En mi cabeza. No aquí. No en este salón. Sino en el hospital. El pasillo. Ella saliendo. Mirándome.

Ese segundo exacto en el que el mundo no avanzaba. Solo respiraba.

Y después… la noche.

La noche que no debería existir. La que no tenía sitio en ninguna versión lógica de mi vida. La que no encajaba con nada. Ni con ella. Ni conmigo. Ni con lo que se suponía que éramos.

Pero existía.

La recordaba demasiado bien.

Su risa baja. El modo en que me miró antes de no apartarse. La forma en la que todo fue demasiado rápido y, al mismo tiempo, como si llevara años ocurriendo. Y después… el silencio.

El suyo. El mío. El de después.

“Fue un error.”

Su frase. Clara y definitiva. Sin espacio para negociación.

Pero mi cuerpo no lo había entendido igual. Y mi cabeza tampoco.

Marco chasqueó la lengua.

—Estás en ese bucle otra vez.

No respondí.

—Ese en el que te convences de que, si haces las cosas con suficiente lógica, no estás jodiendo nada.

Me giré.

—No estoy jodiendo nada.

Marco soltó una risa breve.

—No. Solo estás metiendo a Paula Salvatierra en el centro de tu vida como si no fuera a explotar nada.

Me quedé quieto. Porque ese… Ese era el problema.

No era que la quisiera cerca. No era siquiera lo que había pasado. Era lo que pasaba cuando ella estaba cerca.

Porque todo dejaba de ser controlable. Y yo necesitaba control. Siempre. O al menos eso había creído hasta ahora.

Me senté otra vez, despacio. Como si el cuerpo pesara más de lo normal.

Marco me observó en silencio unos segundos. Luego bajó la voz.

—¿Qué sientes por ella, Nico?

La pregunta cayó sin ruido, pero me atravesó igual. No contesté. Porque la respuesta no me gustaba. Ni siquiera la tenía ordenada.

Marco suspiró.

—No es una trampa —añadió—. Es una pregunta.

Lo miré.

—No lo sé.

Fue lo único honesto. Él asintió. Como si eso ya fuera suficiente. Pero no lo era. Y los dos lo sabíamos.

—No es verdad —dijo después.

Fruncí el ceño.

—¿Qué?

Marco se recostó.

—Sí lo sabes —respondió, y se quedó unos segundos en silencio antes de volver a hablar—. Solo que no quieres decirlo en voz alta.

El aire del salón se volvió más denso. Y entonces lo pensé. Sin filtro. Sin defensa.

Paula. No como la hija de nadie. Ni como la chica de siempre. Ni como la historia familiar que compartíamos desde niños. Sino como era ahora.

Con esa forma suya de existir sin pedir permiso. Con esa mirada que te desarmaba sin tocarte. Con esa distancia que te obligaba a acercarte, aunque no debieras.

Y lo peor… con la forma en la que me hacía sentir cuando estaba cerca.

Ni tranquilo. Ni seguro. Ni en control. Vivo. Demasiado vivo.

Marco se levantó y fue a la cocina sin prisa.

—Mira —dijo desde allí—. A mí me da igual lo que hagas.

Ruidos de nevera. Cristal. Otra cerveza.

—Pero no la uses como escape.

Me quedé quieto. Porque eso sí lo había pensado. Aunque no lo hubiera admitido.

La vi en el hospital. Agotada. Rota. Demasiado sola en medio de todo. Y una parte de mí… una parte peligrosa… había querido quedarse ahí.

No ayudar, ni proteger. Solo quedarse. Porque con ella cerca… el resto del mundo desaparecía.

Marco volvió con la cerveza. Se apoyó en la encimera.

—Y otra cosa.

Le miré.

—Si esto es lo que creo que es… —dijo más serio—. No vas a poder fingir que no te afecta.

Silencio. Y ahí estaba el problema real. No era ella. Era yo. Y lo que no sabía gestionar.

Porque podía controlar un partido. Un vestuario. A la prensa. Un club entero. Pero no esto. No lo que me pasaba cada vez que ella aparecía.

Marco dio un trago.

—Solo te digo una cosa, Roldán.

Le miré.

—Si vas a ir a por algo así… no lo hagas a medias.

Y esa frase… esa sí que se quedó. Porque no era una advertencia. Era una sentencia. Y lo peor de todo era que una parte de mí ya había empezado a ir.

Sin pedírselo a nadie. Ni siquiera a mí mismo.

No sabía en qué momento exacto empezó a doler más recordarlo. No fue la noche en sí. Fue después. Siempre era después.

Cuando el ruido desaparecía. Cuando el cuerpo se quedaba solo con lo que había pasado. Cuando ya no podías fingir que fue algo accidental.

La noche con Paula la recordaba en fragmentos. No como una escena continua. Sino como flashes que volvían sin permiso.

Su respiración cerca de la mía. El modo en que me miró antes de dejar de resistirse a salir corriendo. Esa mezcla imposible en su cara. Deseo. Miedo. Confusión.

Y yo. Yo intentando no romper nada. Como si pudiera. Como si eso hubiera sido una opción real.

La noche no fue lo que nadie contaría como algo sencillo. No lo era. Nunca lo fue con ella. Porque incluso en el momento en el que todo parecía dejar de pensar, yo seguía demasiado consciente de todo.

De ella. De mí. De lo que no debía estar pasando. Y aun así pasó. No como algo que se decidiera, sino como algo que ocurría.

Como una caída. Como un paso en falso que ya no podías corregir. Y después… el silencio.

Ese silencio suyo. El que vino cuando todo terminó de romperse. Cuando la realidad volvió a entrar por la ventana sin pedir permiso.

“Ha sido un error.”

No fue duda. No fue tristeza. Fue decisión. Y eso fue lo que más me jodió.

No la noche ni el momento. Sino la claridad con la que ella lo cerró. Como si pudiera archivarlo. Como si pudiera colocarlo en una parte de su vida donde no molestara.

Yo no funcionaba así. Yo no había conseguido guardarlo en ningún sitio.

Marco abrió otra cerveza. El sonido del tapón me sacó del recuerdo como un golpe seco. Estábamos en silencio desde hacía minutos. Demasiados.

—Estás perdido —dijo al fin.

No levanté la vista. No era una pregunta. Era una observación.

—No —respondí como en piloto automático.

Marco soltó una risa corta. Sin humor.

—Sí.

Por fin lo miré.

Él estaba apoyado en la encimera otra vez, girando la botella entre los dedos. Pero ya no tenía esa sonrisa fácil. Ya no jugaba.

—Te has ido —añadió—. Y ni siquiera te has dado cuenta del momento exacto.

Tragué saliva. Porque sí lo sabía. El momento exacto había sido ella mirándome antes de irse. Antes de cerrar la puerta. Antes de dejarme ahí con algo que no sabía cómo nombrar.

Marco dio un paso hacia mí.

—Nico… —dijo más bajo—. No es solo atracción.

No respondí. Porque no lo era. No era solo eso. Era peor.

Era la forma en la que mi cabeza se quedaba en blanco cuando ella estaba cerca. La forma en la que el resto del mundo perdía nitidez. Como si todo lo importante fuera ella y el resto solo decorado.

Marco negó con la cabeza.

—Mírate —dijo—. Fuiste a Londres por un jugador lesionado y acabaste en la órbita de su hermana como si no hubiera nada más.

Silencio.

—Y lo peor —añadió— es que no intentas salir.

Eso sí dolió. Porque era verdad. No estaba intentando salir. Ni siquiera estaba seguro de querer hacerlo.

Marco se pasó una mano por el pelo. Por primera vez lo vi serio del todo. Sin ironía. Sin máscara.

—He visto a tíos jodidos por amor —dijo—. He estado ahí.

Me tensé un poco.

—Pero esto no es solo eso.

Le miré.

—¿Entonces qué es?

Marco tardó un segundo en responder.

—Esto es de los que no te dejan igual cuando se acaban.

El aire cambió. No fue una frase dramática. No lo dijo como advertencia épica. Lo dijo como alguien que sabía de lo que hablaba. Y eso lo hacía peor. Porque Marco no hablaba así si no lo había vivido.

Se apoyó de nuevo en la encimera.

—Y tú eres el peor tipo de idiota para esto —añadió.

Fruncí el ceño.

—¿Cuál?

Marco me miró directamente.

—El que cree que puede controlarlo.

Silencio. Porque ese era yo. Siempre había sido yo.

Control. Distancia. Cálculo. En el campo. En la vida. En todo.

Pero con ella… no funcionaba.

Marco dio un trago.

—Te vas a quedar enganchado —dijo más bajo—. Y cuando ella se vaya otra vez… vas a seguir aquí.

No respondí. Porque ya me lo estaba imaginando. Su ausencia. El eco.
Y yo mirando algo que ya no estaría.

Marco suspiró.

—No es una advertencia, Nico —añadió—. Es un diagnóstico.

Lo miré. Y esta vez no había broma. Solo realidad.

—Estás jodido —repitió.

Y esta vez no sonó a exageración. Sonó a verdad.

Me levanté sin darme cuenta. Di un par de pasos y luego me detuve.

Porque en mi cabeza volvió ella. No la del hospital ni la que fingía control. Sino la de aquella noche.

La que no sabía si quedarse o huir. La que respiraba más rápido de lo que quería admitir. La que, por un segundo, dejó de pensar demasiado. Y yo también. Solo un segundo. Pero suficiente.

Marco me observaba en silencio. Y entonces lo entendió de verdad.

No había duda en su cara. No había análisis. Solo certeza.

—La estás viendo ahora mismo —dijo, y no respondí.

Porque era cierto. Aunque no estuviera allí.

—No te has quedado con la noche —añadió—. Te has quedado con ella.

Silencio. Y eso fue lo que lo cerró todo. Porque tenía razón. No era lo que pasó. Era ella. Siempre ella.

Marco dejó la botella sobre la mesa.

—Nico…

Le miré, y su expresión ya no era de amigo bromista. Era de alguien que sabía cuándo algo ya no tenía vuelta atrás.

—No vas a salir de esto fácil —dijo—. Y ella tampoco.

El aire se quedó quieto. Como si el mundo hubiera entendido antes que nosotros. Y entonces lo supe. De verdad. Esto no había empezado aquella noche. Ni siquiera en los años anteriores. Esto había empezado mucho antes.

En cada vez que la miré demasiado tiempo. En cada vez que no me fui cuando debía. En cada vez que decidí quedarme "un segundo más".

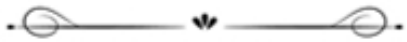
Marco se alejó hacia el salón, pero antes de desaparecer, dijo sin mirarme:

—Y lo peor es que todavía no has hecho nada.

Silencio. Y yo me quedé ahí. Sin moverme. Sabiendo que tenía razón. Porque lo único que no había cambiado aún era que ella seguía siendo capaz de desarmarme sin tocarme.

Y eso… eso ya no tenía arreglo fácil.

Capítulo 15



Paula

Italia olía distinto.

No supe explicarlo mejor cuando bajé del coche frente a las instalaciones del club. No era solo el aire, ni la humedad, ni el sol cayendo de una forma distinta sobre los edificios.

Era la sensación. Esa especie de vértigo suave que aparecía cuando sabías que estabas entrando en un sitio que no era solo un trabajo nuevo. Era otra cosa.

Aunque no quieras nombrarla.

Cerré la puerta del coche despacio. Demasiado despacio para lo nerviosa que estaba. Porque lo estaba. Y me odié un poco por ello.

Había tomado decisiones más difíciles en mi vida. Había dejado a Sergio, había dejado Córdoba, había dejado mi zona de control sin mirar atrás.

Pero esto… Esto no era lo mismo.

Entré en las instalaciones con paso firme. O eso intenté. Recepción. Sonrisas. Saludos en italiano que entendía a medias. Traducciones mentales rápidas. Profesionalidad.

Mi armadura habitual.

Todo iba bien. Demasiado bien. Hasta que dejó de ir.

Lo vi al fondo del pasillo, apoyado contra la pared con los brazos cruzados. Quieto. Como si no hubiera pasado el tiempo. O como si el tiempo no le afectara.

Y el cuerpo me traicionó antes que la cabeza.

Me detuve solo un segundo, lo suficiente. El tiempo justo que no podías justificar después.

Porque en ese segundo no pensé en el trabajo. Ni en Italia. Ni en el contrato. Ni en nada lógico.

Solo pensé en él. En nosotros. En lo que no era nada, pero tampoco había dejado de ser algo.

Y luego seguí caminando. Porque eso sí lo sabía hacer. Seguir, aunque por dentro no estuviera segura de hacia dónde.

Cada paso hacia él era demasiado consciente. Demasiado medido. Demasiado… irreversible.

—Así que… recomendación interna —dije al llegar hasta él, sin rodeos.

Mi voz sonó más estable de lo que me sentía. Eso siempre se me había dado bien. Fingir estabilidad.

Nico no sonrió. No como otras veces. No como en recuerdos antiguos donde todo era más fácil de clasificar.

—Encajas en el puesto —dijo, directo y sin adornos.

Fruncí ligeramente el ceño.

—No me refería a eso.

Y el silencio que nos envolvió se sintió como si el aire entre los dos ya supiera lo que nosotros aún no queríamos admitir.

—No tenías que hacerlo —dije. Porque necesitaba decir algo. Cualquier cosa.

—Sí, sí tenía.

Esa frase, simple y definitiva, me descolocó más de lo que debería.

—¿Por qué? —pregunté.

Nico me sostuvo la mirada. Sin pestañear. Sin dudas visibles.

—Porque lo necesitabas.

Y ahí… Ahí fue peor.

Porque no era una explicación técnica. No era profesional. No era lógica. Era personal. Demasiado personal.

Negué suavemente. Más por defensa que por convicción.

—No me debes nada.

—No lo hago por deber.

Esa respuesta cayó entre los dos como algo que no estaba permitido. Como si hubiera cruzado una línea sin pedir permiso.

Tragué saliva, y aquella noche volvió sin avisar.

Como siempre. No en imágenes completas, sino en fragmentos.

Su respiración cerca. La forma en que el mundo dejó de ser ruidoso por un instante. La manera en la que todo se volvió demasiado real. Demasiado… cercano.

Y después yo diciendo que había sido un error.

Como si eso pudiera ordenar algo que ya estaba desordenado desde antes.

Respiré hondo. Intentando volver al presente.

—Gracias —dije finalmente—. Pero no deberías haberlo hecho.

—Probablemente no.

Y esa honestidad me golpeó más de lo esperado.

Nos miramos durante demasiado tiempo. Demasiado quietos y demasiado conscientes de la presencia del otro.

Había algo distinto en él. No físico ni demasiado evidente. Pero estaba. Como si hubiera dejado de esconder una parte de sí mismo. O como si ya no le importara hacerlo.

—Somos profesionales —dije al fin, marcando distancia.

Necesitaba eso. Necesitaba volver a algo seguro. Algo reconocible.

Nico asintió, sin discutir y sin forzar.

Pero luego añadió:

—Inténtalo tú primero.

Y esa frase me dejó sin aire durante un segundo. Porque no era un reto. Era una advertencia disfrazada de calma. Y porque, en el fondo, los dos sabíamos que no iba a ser fácil.

Ni lo era ya.

El pasillo seguía igual. La gente seguía pasando. Voces en italiano, pasos, teléfonos. Vida normal.

Pero entre nosotros no había nada normal. Había algo suspendido. Algo que no avanzaba. Algo que se quedaba justo en el borde.

Me obligué a moverme. A romper ese momento.

—¿Dónde está el despacho? —pregunté.

Nico tardó un segundo en responder. Como si le costara volver al mundo funcional.

—Por aquí —dijo al fin. Y empezó a caminar.

Yo le seguí. Porque eso era lo lógico. Porque eso era lo profesional. Porque eso era lo que se suponía que debía hacer.

Pero mientras caminábamos me di cuenta de algo incómodo. No estaba mirando el edificio. No estaba pensando en el trabajo. No estaba organizando mentalmente nada. Solo estaba pendiente de su presencia.

De su forma de caminar. De su silencio. De esa tensión que parecía acompañarle siempre que estaba cerca de mí.

Y eso… eso no era profesional. Eso era otra cosa. Algo que no sabía cómo nombrar sin hacerlo más real.

Llegamos al despacho y encontré la puerta abierta. Todo dentro estaba en orden, perfecto y controlado, no como mi mente en ese momento.

Nico se apartó para dejarme pasar. Educado y distante, manteniendo el control. O eso parecía.

—El puesto es tuyo si lo aceptas —dijo.

Me giré hacia él.

—No es tan simple.

Lo miré. Porque no lo era. Porque no era el trabajo lo complicado. Era él. Y lo que hacía conmigo sin siquiera intentarlo.

—En realidad sí lo es —respondió.

Y en su voz había algo que no sabía si era seguridad o resignación. Respiré hondo. Y por primera vez desde que llegué a Italia sentí que el aire pesaba.

Como si todo lo que venía detrás de esa decisión ya estuviera esperándome. Y lo peor era que una parte de mí ya lo había decidido antes de

entrar por la puerta.

Sin admitirlo. Sin aceptarlo. Sin querer mirarlo de frente. Porque había cosas que no empezaban con decisiones. Empezaban con miradas. Con silencios. Con personas que no sabías dejar atrás, aunque cambiaras de país.

Y Nico… Nico era exactamente eso.

Esa noche me costó más de lo que debería dormir.

No por el *jet lag*. Ni por el cambio de país. Ni siquiera por el trabajo nuevo, que ya de por sí era suficiente para tener la cabeza en bucle.

Era por él. Y lo odié un poco por eso.

Porque Nico no hacía ruido. No invadía. No insistía. Pero estaba. Y eso era peor.

Me tumbé en la cama del hotel mirando el techo, con la sensación de que mi vida había cambiado de sitio sin pedirme permiso. Como si alguien hubiera movido los muebles mientras yo no miraba.

Pensé en el trabajo. En la oportunidad. En todo lo que había dejado atrás. Y, aun así, mi cabeza volvía siempre al mismo punto.

A su mirada. A esa forma de hablarme como si ya supiera demasiado de mí. Como si me hubiera estado observando antes de que yo supiera que estaba siendo observada.

Me giré sobre la cama, enfadada conmigo misma. No era buena idea. Me lo repetí como si eso alguna vez hubiera servido para apagar algo que ya estaba encendido.

Al día siguiente, el club era otra cosa.

Ruido constante. Gente con prisa. Idiomas mezclados. Vida funcionando a una velocidad que no te dejaba pensar demasiado. Perfecto. O eso intenté.

Me obligué a concentrarme en todo lo técnico. En los informes. En los nombres. En los protocolos. En cualquier cosa que no fuera una persona

concreta. Y funcionó. Más o menos. Hasta que lo vi. Siempre era así.

No necesitaba buscarlo. Era peor. Era automático. Un pasillo. Una cristalera. El borde del campo de entrenamiento.

Veía a Nico, y todo lo demás perdía peso. Era ridículo.

Me enfadé conmigo misma otra vez y me obligué a concentrarme.

Eso hice. O lo intenté.

En un descanso, Marco apareció en la sala donde estaba revisando unos documentos.

No lo conocía aún lo suficiente como para tenerle confianza, pero su forma de entrar en una habitación era imposible de ignorar.

—Así que tú eres la famosa incorporación —dijo con una sonrisa de las que no se borraban fácilmente.

Le miré, midiendo.

—Depende de quién lo diga.

Marco se rio, como si eso le gustara.

—Lo dice Nico.

Ahí sí levanté la vista del todo.

—Ah, ¿sí?

—Sí —asintió, apoyándose en la mesa como si no tuviera prisa en ningún sitio—. No habla mucho, pero cuando lo hace… es bastante selectivo.

Sentí algo extraño en el pecho. No supe si era molestia o algo peor.

—No sabía que hablaba de mí —dije, intentando que no sonara a lo que realmente era: sorpresa.

Marco me miró un segundo más de lo normal. Como si midiera algo.

—Habla más de lo que parece —añadió.

Y se fue. Sin más. Como si acabara de dejar una piedra en mitad de un camino que yo no había visto antes.

Me quedé sola con el silencio otra vez. Y con esa frase repitiéndose en mi cabeza, una y otra vez. “Habla más de lo que parece”.

Genial. Eso era exactamente lo que necesitaba: más cosas en las que pensar.

Volví a los documentos, intentando ignorarlo. Pero ya era tarde. Porque ahora sabía algo. O creía saberlo. Y eso era peor.

Al final del día, el edificio empezaba a vaciarse.

La gente se iba, los sonidos bajaban, el club dejaba de parecer un organismo vivo para convertirse en algo más frío, más estructurado.

Yo también debería haberme ido. Pero no lo hice.

Caminé sin rumbo durante unos minutos solo para despejar la cabeza. O eso me dije. Hasta que lo vi.

Nico estaba al final de uno de los pasillos, cerca de la salida hacia el campo. Solo. Quieto. Mirando el césped vacío como si estuviera pensando en algo que no estaba allí.

Y me detuve, no sabía por qué.

Podría haber seguido. Podría haber fingido que no lo había visto. Pero no lo hice. Y eso ya decía bastante de mí.

Me acerqué sin prisa y sin hacer ruido. Como si no quisiera romper algo. Aunque no sabía qué. Cuando estuve lo bastante cerca, él se giró. Siempre lo hacía. Siempre me notaba antes de que yo decidiera ser notada.

—Te estás acostumbrando —dijo.

Su voz era tranquila. Demasiado. Tragué saliva.

—¿A qué?

Él me miró. Y por un momento tuve la sensación de que la respuesta no era profesional. Ni laboral. Ni siquiera lógica. Era otra cosa. Pero no la dijo. Solo me sostuvo la mirada.

—A mí —respondió al final.

Y el mundo se quedó raro. No porque fuera una frase especialmente intensa, sino porque no parecía una frase pensada.

Parecía una verdad que se le había escapado. Y eso era lo peligroso. Porque lo espontáneo no se podía controlar. Ni discutir. Ni ignorar del todo.

—No digas eso —dije, aunque mi voz salió más baja de lo que quería.

Nico no apartó la mirada.

—Es lo que pasa.

—No debería pasar nada.

Eso sonó más a mí misma que a él. Y lo odié porque era un modo de defensa.

Él dio un paso mínimo hacia mí. No invasivo, pero suficiente.

—Paula…

Mi nombre, dicho así, m me dio rabia por lo mucho que eso me afectaba.

—No compliques esto —le corté.

Silencio. Y ahí estaba otra vez. Esa pausa suya. La que siempre parecía contener demasiado.

—No lo estoy complicando —dijo al final.

Me reí sin humor.

—Claro que sí.

Porque yo ya lo estaba. Aunque no quisiera admitirlo.

Me giré un poco, mirando hacia el campo vacío, intentando recuperar algo de control.

—Tengo trabajo —dije.

Era verdad, pero también era una huida. Nico lo entendió, lo noté, pero no me detuvo. Solo habló otra vez. Más bajo.

—No te estoy pidiendo nada.

Eso me hizo mirarlo otra vez.

—Eso es lo peor —respondí.

Porque era cierto. Porque si hubiera pedido algo, habría sido más fácil decir que no. Pero no lo hacía. Solo estaba. Y eso no tenía defensa clara.

Nos quedamos en silencio. El suficiente para que el aire entre los dos se volviera más denso. Y para que yo empezara a odiar lo consciente que era de su presencia.

—Tengo que irme —dije al final.

Él asintió.

—Lo sé.

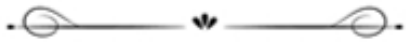
Pero no se movió. Yo tampoco. Y ese fue el problema. Porque ninguno de los dos parecía tener prisa por romper el momento.

Hasta que lo hice yo. Me di la vuelta y me obligué a caminar sin mirar atrás. Aunque sentía su mirada clavada en mí incluso cuando ya no podía verlo.

Cuando salí del edificio, el aire frío me golpeó la cara. Y por primera vez en todo el día, pensé algo muy claro. Esto no era una buena idea.

Pero incluso mientras lo pensaba, una parte de mí, muy pequeña y muy silenciosa, no estaba tan segura de querer evitarlo.

Capítulo 16



Nico

No había sido buena idea desde el principio. Y, aun así, ahí estaba. Como siempre.

El entrenamiento había terminado hacía apenas veinte minutos, pero yo seguía en los vestuarios, con la camiseta empapada de sudor pegada a la espalda y el ruido del campo aún latiéndome en la cabeza.

Debería haberme ido. Ducharme. Salir. Desaparecer. Pero no lo hice. Porque había algo peor que el cansancio físico. Y tenía nombre. Paula.

Lo pensé sin querer. Como siempre. Como si mi cabeza hubiera decidido dejar de preguntarme si era conveniente.

Abrí el taquillón con un golpe seco. Ropa. Toalla. Botella de agua. Rutina. Todo perfectamente ordenado. Todo menos yo.

Me pasé la mano por el pelo húmedo y solté una risa sin humor.

—*Eres un imbécil* —murmuré para mí mismo.

Porque lo era. Porque traerla aquí no había sido profesional. Porque verla cada día no estaba ayudando a nada. Y porque aun así… No había forma de arrepentirme del todo.

Escuché pasos fuera. Leves. No eran de jugador ni de gente del equipo habitual. Esa forma de caminar no era de alguien del vestuario masculino.

Fruncí el ceño. Y entonces la puerta se abrió.

Paula se quedó quieta en el umbral un segundo. Solo uno. Pero suficiente para que todo en mí cambiara de sitio otra vez.

Llevaba el pelo suelto, ligeramente desordenado, una carpeta en la mano y esa expresión suya que siempre parecía estar midiendo el mundo antes de decidir si confiar en él.

Pero esta vez… había algo distinto. No era solo profesional. Era cansancio. O tensión. O las dos cosas.

—Me has dicho que estabas aquí —dijo, y su voz no tembló.

Pero la conocía lo suficiente como para saber que estaba controlándose.

Cerré el taquillón despacio.

—Aquí estoy —respondí.

Y lo que siguió fue silencio. Ese tipo de silencio que no pertenecía a un vestuario.

Paula miró alrededor, como si acabara de darse cuenta de dónde estaba.

—No sabía que podía entrar aquí —añadió.

—No puedes —dije, y la comisura de su boca se tensó un poco.

—Entonces me iré.

Pero no se movió. Y yo tampoco.

Me apoyé en la pared, cruzándome de brazos. La camiseta pegada a mí todavía. El sudor enfriándose. Y ella delante. Demasiado cerca para alguien que supuestamente no debería estar aquí.

—¿Qué quieres? —pregunté.

No sonó brusco, solo directo. Paula levantó la carpeta.

—Informe de prensa. Mañana hay reunión con patrocinadores.

Asentí.

—Podrías haberlo dejado.

—Podría —repitió ella—. Pero no me gusta dejar cosas a medias.

Esa frase, no sabía por qué, pero me hizo sonreír un poco. Solo un poco.

—Eso es nuevo —dije.

—¿Qué?

—Que no dejes cosas a medias.

Paula me sostuvo la mirada y algo cambió. Sutil, invisible para cualquiera que no la conociera. Pero yo sí.

—Estoy aprendiendo —respondió.

Dio un paso dentro y el aire cambió. No de forma evidente, pero lo suficiente para que lo notara.

Paula cerró la puerta detrás de ella sin darse cuenta de lo que estaba haciendo. O quizá sí. Eso no lo tenía claro.

—No deberías estar aquí —dije otra vez.

—Ya lo has dicho.

—Y no te has ido.

Silencio. Un segundo más largo. Dos.

Paula dejó la carpeta sobre un banco, se giró hacia mí y esta vez no había distancia. Solo nosotros dos. Y el eco del vestuario alrededor.

—No me intimida un vestuario masculino —dijo, y solté una risa baja.

—No es el vestuario lo que debería preocuparte.

Eso la hizo arquear ligeramente una ceja.

—Ah, ¿no?

Me incorporé un poco, apartándome de la pared, despacio y sin prisa.

Me acerqué un paso. Solo uno. Suficiente para verla reaccionar. Porque lo hizo. Muy leve, pero lo hizo.

—¿Sabes qué es lo curioso? —dije.

—Ilumíname.

—Que siempre dices que no te afecta nada.

Paula no apartó la mirada.

—Y no me afecta.

Otro paso más cerca. Demasiado cerca para una conversación profesional.

—Mientes bien —dije.

—No miento.

—Sí lo haces.

Y en medio del silencio que siguió, noté su respiración un poco más marcada. No mucho, pero lo suficiente. Y me odié un poco por disfrutarlo.

Porque no debería. Pero lo hacía.

—Nico… —dijo ella.

Mi nombre en su boca siempre sonaba distinto. Siempre.

—Dime —respondí.

Se quedó callada y en ese silencio supe que estaba midiendo algo. Una línea. Un límite. Y probablemente decidiendo si cruzarlo o no.

—No puedes hablarme así —dijo al final.

—¿Así cómo?

—Como si supieras lo que pienso.

Sonreí. Esta vez un poco más.

—Porque lo sé.

Paula negó despacio.

—No tienes ni idea.

Me incliné ligeramente hacia ella, pero no la toqué. No hacía falta. La distancia ya era un juego peligroso suficiente.

—¿Seguro? —pregunté.

Su mirada bajó un segundo. Solo uno, y lo vi. El fallo. Sutil pero suficiente.

—Debería irme —dijo ella otra vez.

Pero no se movió. Y yo tampoco. Porque ninguno quería ser el primero en romper esto. No todavía, al menos.

—Podría seducirte aquí mismo —dije, en voz baja.

Lo dije sin pensar demasiado. Como una verdad demasiado honesta. Paula parpadeó y por primera vez desde que entró se sonrojó. Un gesto sutil, pero real.

—No —respondió rápido. Demasiado rápido—. No podrías.

Y yo sonreí. Esta vez sí.

—¿No?

—No.

Pero su voz no era firme. Y ambos lo sabíamos.

Dio un paso atrás. Pequeño, como si necesitara recuperar aire.

—Esto no es una buena idea —dijo.

—Nunca lo ha sido —respondí.

Eso la hizo mirarme otra vez. Más fijamente y más seria.

El silencio volvió a caer entre nosotros, pero ya no era neutro. Era cargado. Demasiado. Y yo lo sabía. Lo sentía en cada parte de mí. Porque aún podía recordar aquella noche.

No como una imagen que se repetía en mi cabeza, sino como una sensación.

Su risa. Su forma de mirarme cuando bajó la guardia. La forma en que dejó de fingir durante unas horas. Y ahora… Ahora estaba aquí otra vez.

—Nico… —repitió.

Pero esta vez sonó distinto. Más bajo. Más cuidadoso. Como si estuviera intentando no romper algo. O no romperse ella.

Me acerqué un poco más. No lo suficiente para tocarla, pero sí lo suficiente para que lo sintiera.

—No estás enfadada —dije.

Paula tragó saliva.

—Sí lo estoy.

—No.

Silencio. Y en ese momento lo supe. Ella no estaba huyendo de mí. Estaba huyendo de lo que yo le hacía sentir.

Y eso… Eso era peor. Mucho peor.

No hubo más palabras. O todas las palabras quizás ya se habían dicho.

No supe quién se movió primero. Si fui yo, que cerré la distancia que nos separaba, o si fue ella, que levantó la barbilla en un desafío silencioso. Lo único que supe fue que de repente mis labios chocaron contra los de ella.

No fue un beso tierno. Fue una colisión. Un acto de violencia y de necesidad. Un castigo por todas las mañanas, todas las tardes, todas las noches en las que nos habíamos negado esto. Sabía a sudor, a deseo ya la derrota más dulce de ambas.

Mi mano se enredó en el pelo de Paula, tirando con suavidad para inclinar su cabeza y profundizar el beso. Ella respondió con una urgencia que me recorrió como una descarga eléctrica, sus manos subiendo por mi pecho sudoroso hasta aferrarse a mis hombros, las uñas clavándose en la piel a través de la fina tela de mi camiseta.

La empujé. No con brusquedad, sino con una decisión irrevocable. Su espalda chocó contra la fila fría de los taquilleros metálicos, y un gemido escapó de su garganta, un sonido que se perdió en mi boca. El eco metálico resonó en el silencio del vestuario, un testigo sordo y metálico de nuestra rendición.

—Joder, Paula… —murmuré contra su cuello, mientras mi boca descendía por su piel, lamiendo, mordisqueando, marcando.

El control se rompió. No fue un desgarro, fue una implosión. El universo que había construido una base de distancias y miradas furtivas se derrumbó en un solo instante, y el vacío que dejó lo lleno una única necesidad: Paula.

Fui yo. Sé que fui yo. Crucé esos dos metros que nos separaban como si mi vida dependiera de ello. Mi mano fue a su cuello, no con suavidad, sino con posesión, y la aplasté contra los taquilleros metálicos. El golpe sordo resonó en el silencio, seguido por un gemido que no supe si era de dolor o de puro shock.

La miré. Un segundo. Dos. Vi el pánico, la ira, el deseo… y entonces la besé. O me besó ella. Da igual. Fue una guerra de bocas, de dientes, de lenguas luchando por dominar, por devorar. Sabía a sudor, a rabia y a la jodida rendición que llevábamos toda una vida posponiendo.

Mi otra mano fue brutal, desgarrando el cuello de su blusa. Los botones no saltaron, volaron. Escuché su tintineo lejano, perdido en el suelo de cemento. No me importó. Solo quería verla. Tocarla. Y allí estaba, el encaje negro de su piel pálida, el contraste más jodidamente erótico que había visto en mi vida sujetador.

—Nico, no… —logró susurrar, pero su cuerpo era un traidor. Sus caderas ya se movían contra las mías, buscando la fricción que necesitábamos como el aire.

—Calla —gruñí contra su boca—. Ya no te toca hablar. Te toca sentir.

Y entonces mi boca cayó por su cuello, no besando, devorando. Caliente, húmeda, exigente. Paula se estremeció violentamente, su cabeza golpeando suavemente el metal frío detrás de ella. Sus manos se agarraron a mi cabeza, los dedos enredándose en mi pelo, empujándome hacia ella, pidiendo más. La mordí en la clavícula, no bastante para hacerle daño, pero sí para dejar una marca. Un recordatorio. Un punto de partida. Su cuerpo arqueó, empujando sus pechos contra mi pecho, y sintió cómo sus piernas temblaban.

Me arrodillé. El olor a ella, mezclado con el perfume, me embriagó. Mis manos subieron por sus muslos, deslizándose bajo la falda, sintiendo la piel tersa y caliente. La ropa interior era una burla, una última barrera que aniquilé con un tirón seco, escuchando el desgarro de la tela.

—Joder… —murmuré, viéndola allí, expuesta, vulnerable ya la vez tan poderosa que me quitó el aliento.

Y entonces la probé.

Mi lengua trazó una línea lenta desde su entrada hasta su clítoris, y su cuerpo entero se convulsionó. Un grito agudo, casi desgarrador, se escapó de su garganta. Sus manos se aferraron a mi pelo, no con cariño, con desesperación, empujándome hacia ella, ahogándome contra su sexo.

—Córrete —murmuré contra su sexo—. Así, pequeña, córrete.

Y lo hizo. Con un grito ahogado que resonó en las paredes de azulejos, su cuerpo se convulsionó en un orgasmo tan intenso que sus piernas flaquearon. La sostuve, impidiendo que se cayera, mientras las olas del placer la sacudían.

—Así… así… joder, Nico, no pares…

No tenía ninguna intención de parar. La devoré como a la última comida de un condenado. Con una ferocidad que me asustó de lo dominante que me sentía. La penetré con dos dedos mientras mi lengua trabajaba su clítoris en círculos rápidos y precisos, encontrando ese punto dentro de ella que la hacía perder todo el control.

La sentí tensarse, los músculos de sus muslos apretándose alrededor de mi cabeza. Su respiración se convirtió en jadeos cortos, en sollozos de placer puro.

Antes de que pudiera recuperarse del todo, me levanté y la penetré de un solo golpe, profundo y seco. Un gemido ronco se escapó de ambos labios.

La cogí por las nalgas, levantándola del suelo. Ella se envolvió a mi cintura con las piernas, permitiéndome ir más hondo, más profundo. El ritmo que impuse fue brutal. Sin contemplaciones. Cada embestida era una afirmación, una pregunta que su cuerpo contestaba con un sí rotundo.

—Mírame —ordené, sin apartarme de ella.

Ella abrió los ojos, que brillaban de lágrimas y éxtasis, y me miró. Y en esa mirada, vi todo. El amor, el deseo, la locura, la rendición total. Vi cómo se rompía. Cómo la última resistencia se hacía añicos.

—Córrete para mí, Paula. Ahora.

Y explotó.

Su cuerpo se retorció en un espasmo tan violento que tuve que sujetarla por las caderas para que no se cayera. Un grito largo y liberador llenó el vestuario, y sentí cómo sus paredes se contraían alrededor de mi miembro.

Antes de que pudiera bajar de esa nube, la dejé en el suelo y la giré, obligándola a apoyar las manos en el banco frío. La vi desde atrás, la falda subiendo por su cintura, su sexo húmedo y abierto para mí.

Y la volví a penetrar con una fuerte embestida, hasta el fondo.

Un gemido bajo y gutural salió de mi garganta. Ella estaba estrecha, caliente, jodidamente perfecta. Me agarré a su cintura y empecé a moverme, sin un ritmo fijo, solo con la necesidad brutal de sentir, de marcar, de poseer.

Cada embestida era más profunda, más fuerte. El sonido de nuestros cuerpos chocando, el crujido del banco, sus gemidos incoherentes y mis gruñidos… era la sinfonía de nuestra perdición.

—Eres mía, Paula —dije, con la voz rota por el esfuerzo y el deseo—. Joder, siempre has sido mía.

—Soy tuya… —soltó ella, con la cara pegada al banco—. Solo tuya…

Esa frase fue mi sentencia. La agarré del pelo, tirando de ella para que se incorporara y quedara pegada a mi pecho. Mi otra mano bajó hasta su clítoris y empecé a frotarlo en círculos rápidos, al mismo tiempo que mis embestidas se volvían más cortas, más violentas.

—Otra vez —ordené—. Córrete otra vez. Córrete conmigo.

Y lo hizo. Su cuerpo se tensó de nuevo, y esta vez yo la seguí. Sentí cómo su orgasmo la sacudía, cómo sus paredes me apretaban, succionándome, y eso fue todo. Me vacié dentro de ella con un rugido que sentí hasta en los huesos, un torrente caliente que la llenó, que nos vendió.

Nos derrumbamos sobre el banco, los dos sudorosos, temblando, sin aliento. Permanecimos así un largo rato, el único sonido el de nuestros corazones desbocados. El olor a sexo llenaba el aire, un testimonio innegable de nuestra locura.

Finalmente, me aparté con una lentitud que me costó. Recompuse mi ropa y la observé.

Tenía la ropa hecha un desastre, el pelo revuelto, una marca roja en el cuello y otra en la cadera donde la había agarrado con fuerza. Era la imagen más hermosa y devastadora que había visto en mi vida.

Me acerqué a ella, le cogí la barbilla y la obligué a mirarme. Sus ojos estaban llenos de lágrimas silenciosas.

—Te he seducido —dije, con una voz baja y serena que sonó extraña en medio de tanto caos—. Igual que tú me sedujiste a mí aquella noche. Somos iguales en esto, pequeño.

Ella tragó saliva, asintiendo lentamente, incapaz de hablar.

—Y ahora —continué, acercando mi boca a su oreja, sintiendo cómo se estremecía—. Ahora me va a costar la vida no volver a acercarme. No volver a besarte. No poder tocarte.

Paula cerró los ojos un segundo, como si le doliera la verdad de mis palabras.

—Es lo que debemos hacer —susurró, y su voz sonó con un tono ligeramente roto.

Me aparté lo justo para mirarla a los ojos y la observé con una intensidad que la dejó sin aliento.

—Lo haremos —dije, con una certeza que nos aterró a los dos—. Lo haremos… hasta que alguno de los dos no pueda evitarlo y rompa la promesa de no ceder a lo que siente nunca más.

Paula tardó unos segundos en irse.

No porque dudara de lo que hacía, sino porque el aire dentro del vestuario parecía haberse vuelto más denso, como si cada respiración pesara el doble de lo normal. La vi recoger su ropa con movimientos rápidos, casi mecánicos, intentando recomponerse mientras todavía llevaba encima lo que acababa de pasar entre nosotros.

Yo no dije nada. Podría haberlo hecho. Podría haberla retenido con una palabra, con un gesto, con cualquier cosa que no fuera este silencio absurdo en el que me había quedado atrapado. Pero no lo hice.

Porque si la detenía, ya no habría vuelta atrás de verdad.

Paula se giró antes de salir. Solo un segundo, pero suficiente.

Nuestros ojos se cruzaron y ahí estaba todo lo que ninguno de los dos estaba diciendo en voz alta. Ni culpa. Ni orgullo. Solo esa tensión incómoda de dos personas que sabían que habían cruzado algo que no se puede desandar sin dejar heridas.

Después, abrió la puerta y se fue. El clic del cierre me sonó más fuerte de lo normal. Y entonces me quedé solo. El vestuario parecía más grande. O quizá era yo el que me había quedado más pequeño dentro de él.

Me apoyé en el banco con las manos y agaché la cabeza un segundo, intentando ordenar algo que no tenía orden posible. El olor a sudor, a metal, a todo lo que había pasado ahí dentro, seguía flotando en el aire como una prueba imposible de ignorar.

Solté una risa corta, sin humor.

—*Qué coño has hecho…* —murmuré para mí mismo.

No esperaba respuesta. Y no la hubo.

Me pasé la mano por la cara, respirando hondo, como si eso fuera a recolocarme por dentro. Pero no funcionaba así. No esta vez.

Porque lo que había pasado con Paula no era solo impulsivo. No era solo físico. No era solo un error de los que puedes archivar en una esquina de la cabeza y fingir que no existen. Era otra cosa. Y lo sabía.

Me quedé mirando el suelo unos segundos, como si ahí pudiera encontrar alguna explicación que no me gustara demasiado. Pero lo único que apareció fue ella. Paula. Siempre ella.

No como la periodista que ahora tenía en mi equipo. Ni como la profesional que había entrado en mi club como una decisión "estratégica". Sino como la otra Paula.

La que llevaba años apareciendo en los momentos más absurdos. En miradas demasiado largas. En silencios que no tocaban. En conversaciones que siempre se quedaban a medio camino de algo que ninguno se atrevía a nombrar.

Y ahí estaba el problema. No era nuevo. Solo había dejado de poder ignorarlo.

Me senté de nuevo en el banco, pasando las manos por los muslos, notando aún la tensión del entrenamiento, aunque ya no tuviera nada que ver con el fútbol.

Adrián, su padre. Mi cabeza fue directa a él sin pedirme permiso. Y el peso cambió.

Porque con él no era lo mismo. Nunca lo había sido.

Adrián Salvatierra no era solo un amigo de la familia, ni mi padrino. Era mucho más que eso. Era de esos hombres con los que crecías sin darte cuenta, con los que compartías años enteros sin necesidad de explicarlo.

Y Paula… Paula había crecido delante de mí. Literalmente.

La había visto correr por pasillos, reírse con cosas que no entendía, hacerse mayor sin que nadie le preguntara demasiado cómo. Y en todo ese tiempo, yo había asumido una cosa sin cuestionarla nunca: que era intocable.

No por falta de atractivo ni por falta de interés. Sino porque no se cruzaban ciertas líneas. Porque había promesas que no se rompían, aunque nadie las repitiera en voz alta cada día.

La promesa no era formal. Nunca lo fue. Pero existía.

"Cuídala." Eso era lo que había en el fondo de todo. Y yo había dicho que sí. Sin pensar demasiado. Sin imaginar que algún día ese "cuidarla" iba a volverse algo que no tenía nada que ver con lo que creía.

Me pasé una mano por el pelo, frustrado.

—*Joder…* —solté entre dientes.

Porque lo peor no era lo que había pasado. Lo peor era lo fácil que había sido. Lo natural. Como si todo lo demás hubiera sido solo una espera innecesaria.

Me levanté y empecé a caminar por el vestuario sin dirección. No tenía nada que hacer allí ya, pero tampoco quería salir todavía. Afuera todo iba a seguir igual. Entrenamiento, staff, rutina. Y dentro de mí había algo que no encajaba con nada de eso.

Paula en mi equipo. Paula en mi día a día. Paula después de lo de hoy. Cada vez que lo pensaba, la imagen volvía con más fuerza.

Sus ojos antes de irse. No había sido rechazo. Ni arrepentimiento. Había sido… reconocimiento. Como si ambos supiéramos que esto no se había acabado en ese vestuario. Y esa idea era la peor de todas.

Porque implicaba repetición. Implica tentación. Implica desastre.

Me apoyé contra una pared y cerré los ojos un instante. Intenté pensar con claridad. Intenté ser el Nico de siempre. El que controlaba. El que decidía. El que no se dejaba arrastrar.

Pero ese Nico estaba empezando a sonar demasiado lejos. Y eso me jodía más de lo que quería admitir. Porque una parte de mí, pequeña pero constante, no quería alejarse de ella. Ni siquiera después de lo que había pasado. Ni siquiera sabiendo lo que significaba. Ni siquiera sabiendo a quién pertenecía ese “no debería”.

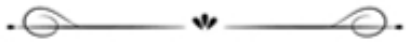
Abrí los ojos, respiré hondo y entendí algo que no me gustó nada aceptar. Paula ya no era una opción teórica en mi vida. Era una presencia. Y las presencias no se apagaban. Se gestionaban o te destruían.

Me quedé un segundo más en silencio, escuchando el ruido lejano del club volviendo a la normalidad, como si nada hubiera cambiado. Pero dentro de mí sí había cambiado. Todo.

Y lo peor era que, en el fondo, ya sabía cuál de las dos cosas iba a ganar.

La razón. O ella.

Capítulo 17



Paula

No había nada más peligroso que acostumbrarse a fingir que todo estaba bajo control. Y yo me estaba volviendo experta.

La primera semana en el club había sido exactamente lo que esperaba… y a la vez no tenía nada que ver con lo que había imaginado. Ritmo alto, miradas constantes, nombres importantes, presión desde el primer segundo. Italia no era España. Aquí la prensa no preguntaba: atacaba. Y yo tenía que anticiparme antes de que lo hicieran.

Eso se me daba bien. Lo que no se me daba bien… era ignorarlo. A Nico.

Había trazado un plan mental el primer día, casi como si fuese una cobertura más.

Evitar contacto innecesario. Respuestas profesionales. Nada de miradas largas. Nada de recuerdos. Nada de sentir. Y, contra todo pronóstico, me estaba funcionando. O eso me repetía cada noche antes de dormir.

Porque durante el día… era otra historia.

Sabía perfectamente a qué hora entrenaba. Sabía en qué parte del campo solía quedarse más tiempo. Sabía cuándo se quitaba la camiseta para secarse el sudor con ella —demasiado bien— y también sabía cuándo levantaba la cabeza… y miraba directamente hacia la zona donde yo estaba.

No siempre. Pero las suficientes veces como para que mi pulso se acelerase. Como para que tuviera que apartar la vista demasiado rápido. Como para que me odiara un poco por no ser capaz de sostenerla. Porque yo sentía esas miradas.

Aunque estuviera lejos. Aunque estuviera hablando con otro jugador. Aunque estuviera fingiendo que revisaba notas.

Las sentía. Y lo peor era que no estaba segura de si era real o si me lo estaba inventando.

—Tienes que controlar mejor a la prensa italiana —me dijo el director del club mientras caminábamos por el pasillo que daba acceso a la sala de prensa —. Son más agresivos.

—Lo sé —respondí, sin dejar de mirar el horario en mi Tablet—. Pero también más previsibles.

—Eso espero.

Claro que lo eran.

Sabía qué titulares buscaban. Sabía qué preguntas iban a hacer antes de que abrieran la boca. Sabía dónde estaba el morbo y cómo desviarlo. Era un juego. Y yo jugaba bien.

Cuando se marchó, me quedé sola en medio del pasillo, rodeada de ruido lejano, pasos, voces en italiano que ya empezaba a entender sin traducir mentalmente.

Solté el aire despacio. Primera semana, superada. O eso parecía.

Me apoyé en la mesa alta que había junto a la pared y empecé a revisar notas en la Tablet. Declaraciones, posibles filtraciones, nombres de periodistas conflictivos… Rutina y control absolutos. Hasta que lo sentí.

Esa sensación. Como si el aire cambiara ligeramente de peso. Como si alguien ocupara el espacio justo detrás de mí. No necesité girarme.

—¿Siempre apareces sin hacer ruido?

Su voz sonó grave y demasiado cerca.

—Solo cuando intento no molestarte.

Cerré los ojos un segundo antes de levantar la vista. Error. Porque al girarme, lo tuve demasiado cerca. Mucho más de lo que esperaba.

—Vas fatal entonces.

Nico esbozó una leve sonrisa. Y eso… fue peligroso.

Porque no era la sonrisa pública. No era la que salía en entrevistas. No era la que usaba con el equipo. Era esa otra. La que no enseñaba a casi nadie. La que hacía que algo dentro de mí se tensara… y se derritiera al mismo tiempo.

—¿Qué tal tu primera semana?

—Bien.

No dudé, ni parpadeé ni respiré de más.

—Mentira.

Claro.

Apoyé la Tablet sobre la mesa, despacio, marcando cada movimiento como si eso me diera control sobre la situación.

—Controlada.

Sus ojos recorrieron mi cara, como si estuviera leyendo entre líneas.

—Eso suena más a ti.

Silencio. Breve e incómodo. De los que pesaban. De los que decían demasiado sin que nadie hablara.

—Mira, Nico… —empecé, obligándome a mantener la voz firme— esto tiene que funcionar.

—Va a funcionar.

Negué suavemente.

—No, me refiero a nosotros.

Y ahí cambió todo. Lo noté en su postura. En su mirada. En cómo la distancia entre los dos dejó de ser solo física.

—No hay "nosotros". Lo dejaste claro.

Directo, frío y seguro. Como si lo hubiera ensayado. Como si se lo repitiera a sí mismo más de lo que quería admitir. Asentí lentamente.

—Bien.

Pero no sonó convincente. Ni siquiera para mí. Nico dio un paso más cerca. Un solo paso. Suficiente para que mi cuerpo reaccionara antes que mi cabeza.

—Paula…

—No —lo corté, más rápido de lo que esperaba—. Ya cruzamos esa línea una vez.

Ahí estaba. Dicho. Sin adornos. Sin escapatoria.

—Y no podemos permitirnos repetirlo.

Lo miré de frente. Sosteniendo esa intensidad que siempre había sido nuestro problema. Nico me observó durante unos segundos. Largos. Demasiado largos. Como si estuviera decidiendo algo. Como si estuviera conteniendo algo.

—¿No queremos… o no podemos?

La pregunta cayó entre nosotros como una trampa perfectamente colocada. Porque tenía respuesta. Y no me gustaba. Sostuve su mirada. Sin huir. Sin pestañear.

—Las dos cosas.

Mentira. Y él lo sabía.

Lo vi en cómo apretó ligeramente la mandíbula. En cómo sus ojos se oscurecieron apenas un segundo. En cómo no insistió.

Porque lo cierto era que él tampoco estaba seguro de poder parar. Y eso era lo que realmente daba miedo. No lo que había pasado, sino lo que podía volver a pasar.

Me aparté primero y cogí la Tablet, necesitaba hacer algo con las manos o iba a cometer una estupidez.

—Tengo trabajo.

Sí, era una excusa pobre, pero necesaria.

—Claro.

Su tono volvió a ser neutro, profesional. Como si nada hubiera pasado. Como si no acabáramos de pisar una línea invisible.

Me di la vuelta y empecé a caminar por el pasillo, notando su mirada en la espalda. Otra vez, como siempre. No miré atrás. No podía. Porque si lo hacía… Sabía exactamente lo que iba a encontrar.

Y no estaba preparada para eso. Aún no.

Pero mientras avanzaba, con el ruido del club volviendo a llenarlo todo, una idea se instaló en mi cabeza con una claridad incómoda. Evitarlo no iba a ser suficiente.

Porque el problema nunca había sido la distancia. El problema era que seguía queriéndolo demasiado cerca.

Conseguí mantener el ritmo el resto de la mañana.

Reuniones, correos, coordinación con prensa, un par de roces con periodistas italianos que intentaron ir más allá de lo que tocaba… y yo, firme. Profesional. Intocable. Exactamente como había decidido. Exactamente como necesitaba ser.

Y, aun así, cada vez que cruzaba una puerta de cristal o pasaba cerca del campo de entrenamiento, mi cuerpo reaccionaba antes que mi cabeza.

Buscándolo siempre. Idiota.

Me refugié en una de las salas pequeñas de trabajo cuando por fin tuve un momento de respiro. Cerré la puerta, dejé la Tablet sobre la mesa y me apoyé en la silla, echando la cabeza hacia atrás. Silencio. Por fin.

Duró exactamente tres segundos. El móvil vibró sobre la mesa. Sonreí antes incluso de mirar la pantalla. Y aún más al ver el nombre de Lucía.

—Dime que no estás liándola ya el primer día —respondí nada más descolgar.

—Perdona, ¿primer día? —su voz entró como un huracán, como siempre —. Llevo conteniendo las ganas de llamarte una semana. Una semana, Paula. Eso en mi mundo es madurez emocional.

Solté una risa.

—Milagro.

—No te rías y cuéntame. ¿Cómo va el trabajo? ¿Cuántos italianos has puesto en su sitio? ¿Cuántos te han intentado ligar? Y lo más importante…

Hizo una pausa dramática. La conocía demasiado bien.

—¿Cómo llevas tener al hombre de tus sueños más húmedos respirándote en la nuca?

Cerré los ojos.

—Lucía…

—No, no, no, no me cambies de tema. Necesito detalles. Científicos. Esto es por mi estabilidad emocional.

Me dejé caer en la silla.

—El trabajo bien. Controlado. Más intenso de lo que parece desde fuera, pero estoy bien.

—Ajá. Traducción: no duermo, vivo a base de café y tensión sexual no resuelta.

—Eres insoportable.

—Y siempre tengo razón.

No contesté. Porque la tenía.

—Paula… —su tono cambió ligeramente, menos broma, más ella—. ¿Cómo estás de verdad?

Miré al techo y pensé en Nico. En su voz. En su mirada. En esa maldita pregunta.

—Estoy… estable.

—Eso no es una emoción, es un informe.

—Es lo que hay.

Hubo un breve silencio.

—¿Lo estás evitando?

—Sí.

—¿Y funciona?

Tardé medio segundo de más en responder.

—Sí.

—Mentira.

Suspiré.

—Lo intento.

Lucía soltó una risa suave al otro lado.

—Es que eres imbécil.

—Gracias.

—No, escúchame. El Universo no te ha mandado a Italia porque sí.

—Sí, claro —respondí, volteando los ojos, aunque no pudiera verme—. Me ha mandado porque mi ex es un gilipollas que quería una modelo de revista y no una periodista que le hiciera sombra.

Silencio.

—Y porque a Nico le dio pena —añadí, más bajo— y me buscó este trabajo.

Lucía no contestó inmediatamente.

—¿Tú sabes eso?

—No.

—Entonces no digas tonterías.

Me encogí de hombros, aunque estaba sola.

—Es demasiada casualidad.

—O es el destino.

—O es una mala idea.

—O es la oportunidad de tu vida.

Silencio, otra vez.

—¿Todavía te gusta? —preguntó directamente.

Solté una breve risa sin humor.

—No creo que eso haya dejado de pasar nunca.

—Vale. Entonces siguiente pregunta importante: ¿te sigue mirando como si te fuera a comer?

Tragué saliva.

—A veces.

—Madre mía.

—Lucía…

—No, es que yo no estoy ahí y esto me parece una telenovela de las buenas.

Negué con la cabeza, aunque sonreía.

—No es una telenovela.

—No, claro. Es peor. Porque es real.

Y ahí sí. Ahí dolió un poco más.

—¡Tíaaaaa!

La voz pequeña irrumpió al otro lado del teléfono. Y algo dentro de mí se aflojó al instante.

—¿Alba?

—¡Tita Paula! —chilló con esa emoción que solo tenían los niños cuando querían de verdad—. Mamá dice que estás en Italia con futbolistas.

Sonreí.

—Tu madre exagera muchísimo.

—¿Has visto muchos?

—Alguno.

—¿Son guapos? —preguntó y solté una carcajada.

—Algunos sí.

—¿Más que los de la tele?

—Depende.

—Pues tráeme uno.

—¿Perdón?

—Uno pequeñito.

Me llevé la mano a la cara, riendo.

—No caben en la maleta, Alba.

—Pues uno de juguete.

—Eso sí puedo hacerlo.

—Vale. Pero ven pronto.

Ahí fue donde la voz se me suavizó sin poder evitarlo.

—Te echo de menos, enana.

—Yo también —respondió ella, más bajito—. Mamá dice que estás trabajando mucho.

—Sí, pero voy a ir a verte pronto, ¿vale?

—Vale. Te quiero.

—Y yo a ti.

Escuché el sonido del teléfono cambiando de manos.

—Se pone intensa cuando te escucha —dijo Lucía, divertida.

—No más que su madre.

—¡Oye!

—Es verdad.

Hubo un breve silencio cómodo. De los que no necesitaban llenarse.

—Cuídate —dijo finalmente Lucía—. Y no seas tan cobarde.

—No soy cobarde.

—Te estás escondiendo.

—Estoy siendo inteligente.

—Estás acojonada.

Sonreí, mirando al suelo.

—También.

—Pues eso.

—Te quiero.

—Yo más.

Colgué, y el silencio volvió. Pero esta vez no pesaba tanto.

Duró poco, porque el móvil volvió a vibrar y suspiré.

—Mamá.

Descolgué.

—¿Cómo está mi niña en Italia?

Sonreí automáticamente.

—Trabajando, como siempre.

—Claro, claro… —su tono tenía ese matiz que conocía perfectamente—. ¿Y qué tal el club?

—Bien. Muy profesional. Mucho ritmo.

—¿Te están tratando bien?

—Sí.

—¿Y Nico?

Ahí estaba. Cómo no. Apoyé la espalda en la silla.

—Bien también.

—¿Está pendiente de ti?

—Mamá…

—¿Qué? Es una pregunta normal.

Normal. Claro.

—Sí. Es… atento.

—Más le vale.

Sonreí ligeramente.

—Está siendo un hermano mayor envidiable.

La frase salió sola. Automática y perfecta. Pero era mentira.

Porque los hermanos mayores no te miraban así. No te hablaban así. No te tocaban así. Y desde luego… No se acostaban contigo.

Pero eso no se lo dije.

—Me quedo más tranquila —respondió ella—. Ya sabes cómo es ese chico.

Sí. Lo sabía. Demasiado bien.

—¿Tú estás bien?

—Sí, mamá.

—¿Segura?

—Sí.

Pausa.

—Vale. Confío en ti.

Y eso… siempre imponía más que cualquier interrogatorio.

—Te llamo luego, ¿vale?

—Vale, cariño.

Colgué, respiré hondo, y entonces el móvil volvió a sonar.

Me quedé mirándolo unos segundos.

—*No puede ser* —murmuré al ver que era mi hermano Samuel.

Descolgué directamente riéndome.

—¿Os habéis puesto todos de acuerdo hoy o qué? Solo falta que me llame papá.

—Pues dijo que te iba a llamar esta noche —respondió él, divertido—. Pero me he adelantado.

—Genial. Pues en cuanto llegue a casa apago el móvil.

Se rio. Esa risa suya que siempre me había hecho sentir en casa.

—¿Qué tal Italia, periodista estrella?

—Bien. Mucho trabajo.

—¿Y mucho italiano guapo?

—Pesado.

—No te hagas la interesante.

—No me hago nada.

—Ya, claro… —hizo una pausa—. ¿Y Nico?

Cerré los ojos.

—De verdad, ¿qué os pasa a todos con ese tema?

—Que no soy idiota, Paula.

Silencio.

—Está ahí contigo.

—Sí.

—Y tú llevas años…

—Samuel.

—Vale, vale —se rio—. No digo nada.

Apoyé la cabeza en la pared.

—Gracias.

—Pero escúchame una cosa.

Su tono cambió, sonando más serio. Más él.

—No vuelvas a hacer caso a ese imbécil.

Sabía perfectamente de quién hablaba.

—No lo hago.

—Más te vale. Porque tú vales más que mil titulares, ¿me oyes?

Tragué saliva.

—Más que mil fotos de postureo. Más que cualquier portada. Más que todo ese circo.

No dije nada.

—Y desde luego —añadió—, vales más que un Balón de Oro.

Sonreí con los ojos cerrados.

—Eso es mucho decir viniendo de ti.

—Es la verdad.

Silencio. Pero de los buenos. De los que abrazaban.

—Te quiero, peque —dijo finalmente.

—Y yo a ti.

Colgué, dejé el móvil sobre la mesa y me quedé ahí, quieta. Con todo lo que acababa de escuchar dando vueltas dentro de mí.

Lucía. Alba. Mi madre. Samuel. Todos, de una forma u otra apuntando al mismo sitio. Y yo… Esquivándolo.

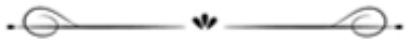
Miré la pantalla apagada del móvil. Mi reflejo. Mis ojos. Y, sin querer, pensé en él.

En su mirada. En esa pregunta que seguía resonando demasiado fuerte. "¿No queremos… o no podemos?"

Tragué saliva. Porque la respuesta real no era ninguna de las dos. La respuesta era mucho más peligrosa.

No sabía si quería dejar de querer. Y Nico… Nico era exactamente el tipo de error que una parte de mí llevaba toda la vida esperando cometer.

Capítulo 18



Nico

El problema no era verla. Era todo lo que venía con verla.

Antes… antes era fácil. O eso me había dicho durante años.

Era la hija de unos amigos. La niña que corría por casa de mis padres. La cría que me miraba con admiración cuando yo empezaba a despuntar. La que no debía tocar. La que no debía mirar así. La que no debía desear. Y ahora…

Ahora caminaba por mi club como si siempre hubiera pertenecido a ese lugar. Segura. Inteligente. Brillante. Demasiado cerca. Y yo…

Yo ya no podía esconderme detrás de ninguna excusa.

Estaba en la sala de prensa, apoyado contra la pared, con los brazos cruzados y la mandíbula tensa mientras los periodistas recogían sus cosas tras la rueda de prensa. Ni siquiera estaba escuchando. Porque ella estaba ahí. Al otro lado.

Hablando en italiano con una fluidez que no recordaba que tuviera o que simplemente nunca había prestado atención lo suficiente.

Sonreía, pero no era una sonrisa cualquiera. Era esa mezcla suya de profesionalidad y cercanía que hacía que la gente confiara en ella sin darse cuenta. La misma que siempre había tenido. La misma que yo conocía. La misma que ahora me estaba volviendo completamente irracional.

El periodista que tenía delante dijo algo en voz baja. No lo escuché, pero vi la reacción. Paula rio. Se inclinó ligeramente hacia él. Demasiado cerca. Demasiado cómoda. Y algo dentro de mí se tensó de una forma inmediata.

Instintiva y molesta.

—Te estás poniendo ridículo —murmuró Marco a mi lado.

—Cállate.

—No. —Sonrió, disfrutándolo demasiado—. Esto es demasiado bueno.

No aparté la mirada ni un segundo.

—Solo están hablando.

—Sí. Y tú estás a punto de romperle la cara con la mente.

Silencio. No porque no tuviera respuesta sino porque sabía que tenía razón.

—No es asunto mío.

Marco soltó una risa corta.

—Claro. Por eso llevas cinco minutos sin pestañear.

Apreté la mandíbula.

—Es parte del trabajo.

—El suyo. No el tuyo.

Eso me tocó, porque era verdad.

Y porque no tenía ninguna excusa real para estar ahí, observando cada gesto, cada sonrisa, cada inclinación de su cuerpo como si me fuera la vida en ello.

Antes de que pudiera responder, Paula se giró y nuestras miradas se cruzaron. Fijamente, directa, sin preparación ni máscara.

Sostuvo la sonrisa un segundo más y luego la dejó caer ligeramente. Apenas nada, un gesto sutil pero suficiente.

Para que todo el ruido de la sala desapareciera. Para que solo quedáramos ella y yo. Otra vez.

Me incorporé sin pensar, di un paso, luego otro. Y crucé la distancia que había decidido mantener durante días como si no significara nada.

Como si nunca hubiera existido.

—Necesito un momento contigo —dije al llegar.

El periodista levantó las manos con media sonrisa.

—Tranquilo, me voy.

Ni siquiera lo miré. Ella sí. Solo un segundo. Profesional. Controlada. Luego volvió a mí y se cruzó de brazos, un gesto de defensa automática.

—¿Qué pasa?

Se lo noté en el tono. No era suave ni cercano. Era… cauteloso. Y eso me irritó más de lo que debería.

—Ese tío.

Error. Lo supe en cuanto lo dije.

—¿Qué pasa con ese tío?

Silencio. Un segundo. Dos. Demasiado tiempo para alguien como yo.

—Nada.

Mentira. Ella me miró fijamente. Demasiado. Como si me estuviera desmontando pieza a pieza.

—No empieces.

—No empiezo nada.

—Entonces no me mires así.

—¿Así cómo?

Dio un paso más cerca. Demasiado cerca. Otra vez.

—Como si te molestara.

Silencio. Breve pero cargado. Porque sí, me molestaba. Más de lo que estaba dispuesto a admitir.

—No me molesta.

Mentira. Otra más. Paula ladeó ligeramente la cabeza. Ese gesto suyo. Ese que siempre significaba que no se estaba creyendo ni una palabra.

—Perfecto.

Se giró lista para irse, para terminar la conversación, para dejarme ahí. Y no. No estaba dispuesto.

—Porque a mí sí me molestaría que tú hicieras lo mismo.

Y ese golpe fue limpio. Directo y sin preparación. Me quedé quieto, sin respuesta por primera vez en mucho tiempo. Porque no tenía una que no la metiera aún más en el problema. Porque tenía razón. Porque la idea de verla con otro…

No era algo que pudiera encajar de forma racional. Ni profesional. Ni de ninguna manera.

Paula se detuvo apenas un segundo tras decirlo. Como si dudara. Como si esperara algo. Pero no dije nada y ese fue el error.

Se fue sin mirar atrás y yo me quedé ahí. Con Marco mirándome como si acabara de ver el mejor partido de su vida.

—Vaya.

—Cállate.

—No, en serio. —Se acercó un poco—. Esto ya no es tensión. Esto es directamente una guerra fría con armas nucleares.

Lo ignoré, o lo intenté. Pero su voz seguía.

—¿Sabes lo mejor?

Apreté los dientes.

—Que vas perdiendo.

Giré la cabeza despacio.

—¿Quieres morir hoy?

Marco sonrió.

—No. Quiero ver cómo te estrellas.

Silencio.

—Te está afectando más de lo que pensaba.

—No me está afectando.

—Claro.

Suspiré, pasándome una mano por la cara.

—No debería estar aquí.

—¿En la sala de prensa?

—No —hice una pausa—. En mi cabeza.

Marco no respondió inmediatamente. Y eso ya era raro.

—Demasiado tarde para eso —dijo finalmente.

Y lo peor… Lo peor era que tenía razón.

Porque ya no era solo verla. Era recordarla. Era pensar en cómo sonaba su risa cuando no se contenía. En cómo se enfadaba cuando algo le importaba de verdad. En cómo me miró aquella noche. En cómo se entregó en el vestuario. En cómo la toqué. En cómo no debería haber pasado. Y en cómo no había dejado de pensar en repetirlo desde entonces.

Joder.

Salí de la sala sin decir nada más, necesitaba aire, distancia, algo. Pero ni siquiera eso funcionaba ya. Porque la distancia física no cambiaba nada cuando la llevaba dentro.

El móvil vibró en el bolsillo y lo saqué sin mirar.

Suspiré antes de descolgar al ver que era mi hermano Izan.

—¿Qué quieres?

—Vaya recibimiento —respondió su voz al otro lado, divertida—. ¿Te he pillado en mal momento o en uno interesante?

—No empieces.

—Ni siquiera he empezado.

—Te conozco.

Se rio.

—Solo llamaba para saber cómo llevas que la mujer de la que estás enamorado esté ahora trabajando contigo.

Cerré los ojos.

—Izan…

—¿Qué? Es una duda legítima.

—No empieces.

—Vale, vale… —hizo una pausa demasiado dramática incluso para él—. Solo espero que vuestro primer hijo lleve mi nombre.

Abrí los ojos.

—Eres imbécil.

—Gracias.

—Paula está lejos de ser mi mujer.

Lo que siguió fue un silencio breve. Y entonces…

—Pues si no te casas con ella es que eres gilipollas —contestó, directo como siempre.

—Izan…

—No, escúchame tú. —Su tono cambió—. No vas a amar a otra mujer como la amas a ella. Ni de lejos.

Apreté la mandíbula.

—No sabes de lo que hablas.

—Lo sé perfectamente. Llevo viéndote años. Y lo único que espero… —añadió— es que algún día te decidas a ser sincero contigo mismo. Y con ella.

Miré al vacío. Al campo. A nada. Y a todo. Porque el problema no era que no lo supiera, era que lo sabía demasiado bien.

Y aun así… No tenía ni idea de qué hacer con eso.

Colgué con Izan y me quedé unos segundos mirando el móvil, como si fuera a decirme algo más.

No lo hizo, pero tampoco hacía falta. Porque lo que había dicho ya estaba dentro. Y no había manera de sacarlo.

Guardé el teléfono en el bolsillo y volví hacia el vestuario, intentando centrarme en algo que no fuera ella. Entrenamiento. Partido. Rutina. Cualquier cosa.

Pero en cuanto crucé la puerta, supe que no iba a ser tan fácil.

—¡Mira quién vuelve del drama! —soltó Matteo desde su sitio, tirando una venda al suelo.

—Cierra la boca.

—No, en serio —añadió Diego, levantando la vista—. ¿Todo bien?

Me encogí de hombros mientras cogía una toalla.

—Sí.

—Mentira —dijo Matteo sin dudar, y volteé los ojos.

—¿Os aburrís mucho o qué?

—Muchísimo —respondió Marco, entrando detrás de mí—. Y tú estás dando contenido.

—Qué suerte la mía.

Se hizo un pequeño silencio mientras me sentaba y empezaba a quitarme las botas. Podía sentir sus miradas. Evaluando y midiendo cada uno de mis movimientos.

—Estás raro —dijo Diego finalmente y levanté la vista.

—Gracias.

—No, en serio. —Se apoyó en la taquilla—. Distraído. Tenso.

Matteo sonrió.

—A mí me gusta más cuando está así. Es más humano.

—Te voy a matar.

—Eso confirma mi teoría.

Solté el aire con un suspiro largo.

—Estoy bien.

—Claro —dijo Marco—. Por eso llevas todo el entrenamiento fallando controles que no fallas desde los veinte años.

Eso me tocó porque era verdad. Y lo sabían.

—Tengo la cabeza en el partido.

—Y una mierda —respondió Matteo—. La tienes en otro sitio.

No contesté. Porque si abría la boca, la iba a cagar.

—Oye —dijo Marco, cambiando el tono—. Esta noche salimos.

Negué automáticamente.

—Paso.

—No pasas.

—Sí paso.

—No.

Lo miré.

—Marco…

—Te vendrá bien —intervino Diego—. Despejarte.

—No necesito despejarme.

—Necesitas dejar de poner esa cara de tío que está a punto de liarla —añadió Matteo.

—Siempre tengo esta cara.

—No. —Sonrió—. Esta es nueva.

Silencio. Sabía que no me iban a dejar en paz.

—Una copa —dijo Marco—. Solo una.

—Dos —añadió Matteo.

—Tres —remató Diego.

Negué con la cabeza.

—Sois imbéciles.

—Pero vamos a salir —sentenció Marco y suspiré.

—Ya veremos.

—Eso es un sí.

—Eso es un "dejadme en paz".

Pero ya estaban sonriendo demasiado, confiados en que acabaría saliendo con ellos.

Y entonces la vi pasando por el pasillo, al otro lado de la puerta abierta del vestuario.

Paula, con la Tablet en la mano, hablando con alguien del cuerpo técnico, completamente metida en su mundo.

Profesional e intocable. Y aun así… Todo en mí reaccionó. Otra vez.

—Hostia… —murmuró Matteo—. Esa es la nueva, ¿no?

Error.

—No.

—Sí, sí —insistió—. La de prensa.

—Déjala —dije demasiado rápido y demasiado seco.

Marco me dio un leve codazo.

—Relájate.

Pero Matteo ya se estaba levantando.

—Voy a invitarla.

Me incorporé automáticamente.

—Ni se te ocurra.

Se giró hacia mí, sonriendo.

—¿Por?

—Porque no.

—Buen argumento.

—Matteo…

Pero ya iba hacia la puerta, y no fui detrás, no. Me quedé ahí. Tenso, observando como un puto idiota.

Vi cómo salía al pasillo. Cómo la llamaba. Cómo ella se giraba y cómo sonreía. Esa sonrisa. Joder.

—Esto va a ser divertido —murmuró Marco a mi lado.

—Cállate.

—No te acerques —añadió, bajando la voz—. Ni se te ocurra.

No le respondí, porque no estaba seguro de poder cumplirlo.

Desde donde estaba, podía verlos hablar. Matteo gesticulando como siempre. Ella escuchando. Divertida. Cómoda. Y entonces… Él hizo lo que siempre hacía.

Acortó distancia, demasiado, y le pasó el brazo por los hombros. Ahí algo dentro de mí se tensó de verdad.

Fuerte. Instintivo. Peligroso.

Di medio paso hacia delante y Marco me agarró del brazo.

—Eh.

—Suéltame.

—Ni de coña.

—Marco…

—Contrólate —murmuró, serio por primera vez—. No le rompas las piernas al mejor centrocampista del equipo que el entrenador te mata.

Apreté la mandíbula.

—Que le quite la mano.

—No.

—Marco…

—Es una mano. No una propuesta de matrimonio.

Silencio, pero yo no dejaba de mirar. No podía. Porque ella no se apartaba. Porque parecía estar… cómoda. Hablando y riendo. Y eso… Eso me jodía más de lo que debería.

Mucho más.

—La ha invitado —dijo Diego desde atrás.

—¿A qué? —gruñí.

—A salir esta noche.

Genial. Perfecto. Justo lo que necesitaba.

Vi cómo Paula dudaba un segundo, solo uno. Y entonces… Miró directamente hacia mí. Otra vez.

Nuestros ojos se encontraron y en ese segundo no supe qué vio. No supe qué mostré. Pero sí supe que no me gustó lo que sentí.

Porque no era solo celos. Era algo peor. Más profundo. Más posesivo. Más jodido.

Se volvió hacia Matteo y asintió, aceptando.

—De puta madre —murmuró Marco.

No respondí. No podía. Solo seguía mirando. Cómo ella hablaba un poco más. Cómo Matteo sonreía, satisfecho. Cómo asentía otra vez. Cómo él hacía un gesto claro diciéndole “Iré a recogerte”.

Y ella… Sonrió. Joder.

Y luego se fue, alejándose por el pasillo sin mirar atrás. Esta vez de verdad.

El silencio en el vestuario fue breve, muy breve.

—Bueno —dijo Matteo al volver—. Se viene.

Nadie respondió, porque todos me estaban mirando a mí.

—¿Qué? —dije.

—Nada —sonrió él—. Solo que va a ser una noche interesante.

Me levanté sin decir nada más, salí del vestuario y lo esperé en el pasillo. No tardó en salir.

—Eh, Roldán —dijo, despreocupado—. Qué suerte la tuya, trabajas con ella todos los días.

Error. Uno grave, muy grave.

—Ni se te ocurra —dije, y se quedó quieto.

—¿Perdón?

Di un paso hacia él.

—Ni se te ocurra intentar acostarte con ella.

Silencio, y su sonrisa desapareció.

—¿Qué dices?

—Lo que has oído —respondí, y apreté la mandíbula—. Está prohibida.

—¿Para quién?

—Para todos los del equipo.

Ahora sí. Ahora se tensó.

—Oye, baja un poco…

—No.

Lo miré fijamente mostrando la mirada más fría que podía dejar ver en ese momento.

—Ni la tocas. Ni lo intentas. Ni juegas a tus juegos con ella.

Y siguió un silencio más cargado que de costumbre.

—No es asunto tuyo.

Ahí fue donde la cagué del todo. Porque tenía razón. Y aun así…

—Ahora sí lo es.

Nos quedamos mirándonos. Midiéndonos. Y supe que había cruzado una línea. Una que no tenía vuelta fácil.

Finalmente, él negó con la cabeza.

—Estás jodido, tío.

No respondí, porque no era ninguna novedad. Se fue y yo me quedé ahí. Solo. Con el eco de lo que acababa de hacer.

Y lo peor no era que hubiera sido impulsivo. Ni siquiera que hubiera sido injustificado. Lo peor era que no me arrepentía.

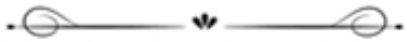
Apoyé la cabeza contra la pared, cerré los ojos un segundo y ahí estaba otra vez. Ella. Siempre ella.

Porque desde que Paula había entrado en ese club, yo había dejado de comportarme como alguien racional. Había dejado de medir. De pensar. De controlar. Y eso… Eso no era peligroso solo para mí. Era peligroso para todos.

Pero sobre todo para ella. Porque lo que sentía no era algo que pudiera mantener a medias. No era algo que pudiera esconder eternamente. Y si no hacía algo pronto iba a acabar rompiéndolo todo.

Incluida ella. Y aun así… Ni siquiera estaba seguro de querer parar.

Capítulo 19



Paula

Llegué en taxi con el pulso un poco más acelerado de lo que quería admitir.

El trayecto se me hizo corto, demasiado corto, como si el tiempo hubiera decidido no darme margen para cambiar de idea. Miraba por la ventanilla mientras las luces de la ciudad se desdibujaban en líneas doradas sobre el cristal, y me repetía que era solo una cena. Un grupo del club. Nada raro. Nada personal.

Mentira. Porque sabía perfectamente quién iba a estar allí. Y eso cambiaba todo.

Cuando el taxi se detuvo frente al restaurante, respiré hondo antes de bajar. El local era elegante sin ser pretencioso, con una iluminación cálida que hacía que todo pareciera más íntimo de lo que seguramente era. Había gente entrando, risas suaves, copas brillando en las manos.

Me ajusté el vestido negro una última vez antes de salir del coche.

Era ajustado, a la altura de las rodillas, sencillo, pero de esos que no necesitaban adornos para llamar la atención. Tacones finos, bolso de mano pequeño. Pelo suelto, ligeramente ondulado, cayendo sobre los hombros. Demasiado consciente de mí misma. Demasiado consciente de él.

En cuanto crucé la entrada, lo noté. Las miradas. No una ni dos, varias. Hombres, mujeres, camareros. No era algo nuevo para mí, pero esa noche… lo sentí distinto. Como si todo estuviera un poco más afilado. Más consciente. O quizá era yo.

Tragué saliva y avancé hacia el interior. Y entonces los vi.

Mesa larga, esquina del restaurante. Risas, copas ya servidas, el ambiente de un grupo que claramente llevaba ahí más de diez minutos disfrutando.

Y Nico, sentado, relajado hacia atrás en la silla, una pierna ligeramente adelantada, camisa oscura que le marcaba los hombros de una forma absolutamente injusta. Hablaba con Marco, pero su mirada… su mirada ya estaba levantada. Esperándome.

Como si supiera exactamente cuándo iba a entrar. Idiota. O yo. Porque el corazón me dio un pequeño salto sin permiso.

—¡Paula! —la voz de Matteo rompió el momento antes de que pudiera sostenerlo demasiado.

Fue el primero en levantarse. Siempre él. Demasiado rápido, demasiado sonriente.

—Estás espectacular —dijo sin filtro, acercándose.

Solté una risa breve y automática.

—Gracias, Matteo.

—No, en serio —insistió—. Esto es peligroso para la estabilidad del equipo.

—Exagerado —dije, pero sonreí.

Porque era fácil con él. Porque no había tensión.

Con los demás me fui relajando mientras avanzaba por la mesa, saludando con besos en la mejilla, uno a uno. Diego, educado como siempre. Marco, con

esa sonrisa que parecía saber demasiado de todo. Incluso el entrenador, que me saludó con un gesto serio pero amable.

Y entonces llegué a él.

Nico se había levantado un segundo antes de que llegara. No dijo nada, pero no hacía falta. Me acerqué y noté su mano en mi cintura. Directa, firme y natural.

Como si ese gesto fuera lo más normal del mundo. Pero no lo era. No para mí.

Un escalofrío me recorrió la espalda tan rápido que tuve que contener la reacción. Levanté la vista hacia él y nos quedamos demasiado cerca durante un segundo que se alargó más de lo debido.

Sus ojos azules. Demasiado intensos. Demasiado conscientes de mí. El mundo alrededor desapareció un instante. Hasta que él retiró la mano. Demasiado despacio. Y yo me di cuenta de que estaba conteniendo la respiración. Me mordí el labio sin pensar.

Error. Porque su mirada bajó ahí. Y volvió a subir. Más oscura. Más cerrada. Más peligrosa.

—Hola —dije finalmente, intentando que mi voz sonara normal.

—Hola —respondió él.

Un saludo simple y bajo, demasiado contenido.

Me senté antes de que aquello se alargara más. O de que yo hiciera algo estúpido.

La cena empezó con normalidad… al menos en apariencia.

Risas, platos compartidos, conversaciones cruzadas entre idiomas y bromas constantes que hacían que el ambiente fuera cada vez más ligero. Matteo era un desastre encantador, provocando al entrenador con historias absurdas del vestuario. Marco no paraba de meterme en conversaciones

imposibles con Diego, que intentaba mantener la compostura mientras claramente se estaba riendo más de lo que quería admitir.

Yo participaba. Reía. Contestaba. Encajaba. Pero no podía ignorar a Nico.

Sentado enfrente o ligeramente a mi lado dependiendo del movimiento de la mesa, hablaba poco, pero cuando lo hacía… todo el mundo le escuchaba.

Y yo también. Demasiado.

Notaba su mirada incluso cuando no lo miraba directamente. Como si estuviera ahí todo el rato, constante, silenciosa, pesada. Cada vez que levantaba la vista, me encontraba con él en algún momento.

No siempre mirando, pero siempre cerca.

Y eso era peor. Porque cuando me miraba de verdad… Era imposible sostenerlo demasiado tiempo.

—Vale, necesito saber —dijo Matteo en un momento dado, apoyándose en la mesa—. ¿En España también sois así de serios o es cosa de Italia?

—Depende de la situación —respondí, agradecida por la distracción.

—Eso no es una respuesta.

—Sí lo es.

Marco se rio.

—En realidad es la mejor respuesta posible.

Diego asintió.

—Confirmo.

Matteo levantó las manos.

—Sois aburridísimos.

—Tú compensas el promedio —le dije.

Todos reímos, y por un segundo, de verdad, me relajé. Hasta que noté la mirada de Nico otra vez.

Más fija. Más intensa. Más larga. Y esta vez no la aparté inmediatamente. Error número dos. Porque él tampoco lo hizo.

El aire entre nosotros cambió sin que nadie más pareciera notarlo. O quizá sí. Porque Marco me dio un leve codazo bajo la mesa sin mirar directamente.

—No me mires así —murmuré en voz baja, sin apartar los ojos de Nico.

—¿Cómo? —respondió él, igual de bajo.

—Como si…

No terminé la frase, porque no sabía cómo terminarla. Porque no quería terminarla.

Él ladeó ligeramente la cabeza y el mundo volvió a reducirse a eso, otra vez. A nosotros. Hasta que Matteo golpeó la mesa.

—Vale, cambio de planes.

Todos lo miramos.

—Después de esto nos vamos a tomar algo —anunció—. Un sitio de un amigo mío. Música, copas… lo típico.

—No es típico en absoluto —dijo el entrenador.

—Es Italia —respondió Matteo—. Todo es típico.

Las risas volvieron y yo miré alrededor.

—Suena bien —dije. Y entonces lo sentí.

La reacción. No la mía, sino la de Nico. No dijo nada, pero su mandíbula se tensó apenas un segundo. Y yo lo vi. Claro que lo vi.

La cena siguió entre más bromas, más copas, más historias absurdas que iban perdiendo coherencia con cada minuto. Me encontré riendo de verdad varias veces, incluso olvidando por momentos la tensión constante bajo la superficie.

Pero nunca desaparecía del todo. Nico seguía ahí. Presente. Callado. Mirando. Y yo cada vez más consciente de él. Demasiado.

Cuando acabamos, el ambiente ya era otro. Más relajado. Más ruidoso. Más ligero.

—Vamos —dijo Matteo levantándose—. Que la noche es joven.

Nos fuimos saliendo del restaurante entre risas y conversaciones dispersas. El aire exterior estaba más fresco, y la ciudad brillaba con ese ritmo nocturno que parecía prometer demasiado.

Caminamos juntos hacia el coche o directamente al local según los grupos, y yo me encontré entre Marco y Matteo, hablando de cualquier tontería para no pensar demasiado.

Pero lo sentía. A Nico detrás. Siempre. Y eso era lo único constante. El problema era que no sabía cuánto tiempo podría seguir ignorándolo. Porque cada vez era más difícil. Mucho más.

Y la noche… tan solo estaba empezando.

El local al que nos llevó Matteo era justo lo que prometía sin pudor: luces bajas, música alta, copas que llegaban demasiado rápido y un ambiente que borraba cualquier resto de formalidad que todavía pudiéramos arrastrar del club.

Yo entré detrás del grupo, ajustándome el bolso contra el cuerpo mientras mis ojos tardaban unos segundos en adaptarse a la penumbra.

Risas. Brazos levantando copas. Gente bailando incluso antes de haber terminado de pedir.

—Esto es una locura —murmuré al oído de Marco.

—Bienvenida a Italia de noche —respondió él con una sonrisa.

Matteo ya estaba saludando a medio mundo como si fuera el dueño del sitio. Nos colocaron en una mesa elevada cerca de la pista, con sofás amplios y una barra a pocos metros.

Me senté entre Marco y Diego sin pensar demasiado, dejando el bolso a un lado. Y entonces lo noté. Otra vez.

Nico estaba sentado frente a mí, ligeramente inclinado hacia atrás, con la camisa ahora con el primer botón abierto, más relajado… pero no del todo.

Sus ojos estaban en mí. No en la mesa ni en Matteo. En mí.

Me obligué a mirar hacia otro lado. Error. Porque cuanto más lo evitaba, más consciente era de él.

—Vale —gritó Matteo por encima de la música—. Primera ronda por cuenta del que menos ha hablado en la cena.

Todos miramos a Nico. Él arqueó una ceja.

—No pienso pagar por eso.

—Ya has perdido —dijo Marco.

Diego asintió.

—Regla clara.

Nico suspiró.

—Sois insoportables.

Pero se levantó igual. Y volvió con las copas. Cuando las dejó en la mesa, Matteo ya estaba de pie.

—Un brindis —anunció.

—¿Por qué? —pregunté.

—Por la nueva incorporación del club —dijo señalándome y volteé los ojos.

—Eso no es un brindis.

—Sí lo es —insistió él, y todos levantaron las copas. Incluso Nico.

Me reí, negando con la cabeza.

—Sois ridículos.

Pero levanté la mía.

—Por sobrevivir a vosotros.

Risas. Cristales chocando. Y el alcohol bajando demasiado fácil.

La música subió de intensidad poco después. Y con ella, el ambiente.

Matteo ya estaba bailando con alguien que había conocido hacía tres minutos. Marco discutía con alguien en la barra. Diego observaba todo con media sonrisa, como si disfrutara del caos sin participar demasiado.

Y Nico… Nico no se movía. Solo miraba. A mí. Otra vez.

Me giré ligeramente hacia Marco.

—Voy a por otra copa.

—Te acompaño.

—No hace falta.

Me levanté antes de que pudiera insistir.

Caminé hacia la barra intentando no pensar en nada más que en pedir algo sencillo. Pero incluso allí, con el ruido y la gente alrededor, lo sentía.

Su presencia. Detrás. Como una sombra constante. Cuando volví, la música había cambiado. Y entonces pasó.

“Robarte un beso”, de Carlos Vives y Sebastian Yatra empezó a sonar. Literalmente.

La melodía entró suave al principio, reconocible casi de inmediato. Y el ambiente cambió con ella.

Gente cantando. Otros riendo. Parejas empezando a acercarse sin pensarlo demasiado.

Yo me quedé quieta un segundo. Porque esa canción… No era cualquier canción. Y entonces lo noté detrás de mí. Demasiado cerca.

Nico.

No lo vi llegar, solo lo sentí. Su brazo rodeándome la cintura con una naturalidad que me dejó sin aire durante un segundo. Su mano posándose en mi vientre. Firme. Cálida. Demasiado real.

Mi espalda chocó ligeramente contra su pecho. Y el mundo se detuvo.

—Nico… —susurré, sin saber si estaba protestando o preguntando.

Su voz llegó a mi oído. Baja, en un susurro, casi como si fuera un secreto.

—Baila conmigo.

No era una pregunta, pero tampoco una orden. Era algo peor. Era él.

Intenté girarme un poco, pero su mano me mantuvo en su sitio con suavidad. Y no me soltó.

Empezamos a movernos al ritmo de la música sin que nadie lo decidiera realmente. La pista estaba cerca, la gente alrededor bailaba sin prestar atención a nadie más.

Pero yo solo era consciente de él. De su mano. De su cuerpo detrás del mío. De su respiración demasiado cerca.

—Estás muy callada —murmuró.

—Es la música —mentí.

Noté su risa leve contra mi oído.

—Mientes fatal —dijo, y tragué saliva al notar que se reía.

La música siguió y Nico no dejaba de balancearme de un lado a otro.

—Déjame robarte un beso… —me susurró al oído, y me quedé completamente quieta.

Giré la cabeza ligeramente por encima del hombro y nuestros ojos se encontraron. Estábamos demasiado cerca. Demasiado.

—Estás loco —susurré.

Su mirada bajó a mis labios un segundo, y después volvió a mis ojos.

—Tú me haces esta así.

El aire desapareció. No hubo aviso. No hubo duda. Solo pasó.

Su mano subió ligeramente a mi cintura. Me giró hacia él y me besó. Sin pedir permiso. Sin pensar. Sin freno.

Fue un beso lento al principio. Demasiado consciente. Demasiado contenido durante demasiado tiempo. Y luego dejó de serlo.

Porque yo respondí. Y eso lo cambió todo.

Sus dedos se tensaron en mi cintura. Los míos encontraron su camisa sin pensarlo. La música seguía. La gente alrededor seguía. Pero nada de eso existía.

Solo él. Solo yo. Solo ese instante que llevaba demasiado tiempo intentando evitar.

Nos separamos un segundo. Respirando. Mirándonos. Como si ninguno supiera exactamente qué acababa de pasar… aunque ambos lo sabíamos demasiado bien. Y entonces volvió a acercarse.

Pero esta vez no fue un beso corto. Fue más profundo. Más desesperado. Más peligroso. Hasta que fui yo la que me aparté primero.

Con el corazón golpeándome demasiado fuerte.

—Nico… —susurré otra vez, pero ahora era distinto.

Porque ya no era una advertencia. Era una consecuencia. Él no dijo nada. Solo me miró. Y en esa mirada había demasiadas cosas que no sabíamos cómo decir en voz alta.

Sin soltarme la mano, me llevó hacia un lateral del local. Un pequeño reservado apartado del ruido. Más oscuro. Más íntimo. Más imposible de ignorar.

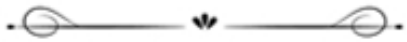
Me senté sin darme cuenta. Él se quedó de pie un segundo, mirándome como si intentara decidir si debía parar o seguir.

Y yo pensé algo muy claro, muy profundo, y muy peligroso.

Por mucho que intentara no cruzar la línea con él… Con Nico Roldán, esa línea nunca había existido de verdad.

Solo había sido cuestión de tiempo que dejara de fingir lo contrario.

Capítulo 20



Paula

El reservado era más oscuro de lo que esperaba. Una cortina pesada y aterciopelada nos separaba del bullicio del local, creando una burbuja de silencio roto solo por la música amortiguada que llegaba desde fuera y el sonido de nuestra propia respiración. Nico no había encendido la luz, dejando que solo la tenue iluminación de velas cercanas dibujara sombras en las paredes y en su rostro.

Me quedé de pie un segundo, sin saber qué hacer con mis manos. El beso todavía ardía en mis labios, un fuego que se extendía por todo mi cuerpo recordándome cada instante de contacto. Su sabor, su forma, la forma en que me había tomado sin pedir permiso, pero sin sentirme invadida.

—Paula —dijo él, y su voz en la penumbra sonaba diferente. Más grave. Más íntima.

No respondí. No pude. Solo lo miré, sentada en el borde del sofá de terciopelo rojo, sintiéndome como si estuviera al borde de un precipicio y él fuera la única persona que podía decidir si me empujaba o me salvaba.

Se acercó lentamente, como si diera tiempo a que huyera si así lo quería. Pero no quería. Cada célula de mi cuerpo gritaba por quedarse, por ver qué pasaría a continuación.

Se arrodilló frente a mí, a la misma altura, con sus manos apoyadas en mis rodillas. El contacto me hizo temblar.

—Dime que esto no es lo que quieres —susurró, sus ojos fijos en los míos —. Dime que quieres que me vaya y me iré. Sin preguntas.

Tragué saliva, sintiendo cómo mi garganta se había vuelto repentinamente seca. Podía decirlo. Podía poner fin a esto antes de que fuera demasiado tarde. Pero la verdad era que ya era demasiado tarde desde el momento en que me besó.

—No quiero que te vayas —confesé, mi voz apenas audible.

Sus labios se curvaron en una sonrisa que no llegó a sus ojos. Una sonrisa de victoria, de satisfacción.

—Lo sabía —dijo, y sus manos subieron lentamente por mis muslos.

La tela de mi vestido se deslizó bajo sus palmas, creando una fricción que me hizo contener la respiración. Sus dedos eran expertos, conociendo exactamente dónde presionar, dónde rozar, dónde detenerse para dejarme esperando más.

—¿Sabes cuánto tiempo he esperado esto? —preguntó, su aliento caliente contra mi piel.

No respondí. No podía. Su mano había llegado al borde de mi ropa, jugando con el dobladillo como si decidiera si cruzar esa línea final.

—Desde la primera vez que te vi —continuó él, como si leyera mis pensamientos—. En esa reunión aburrida del club. Con ese vestido azul que te hacía ver aún más imposible de lo que ya eras.

Me reí suavemente, nerviosa.

—No sabía que me habías visto.

—Te observo siempre, Paula —confesó, y su sinceridad me desarmó—. Sé cuándo entras a una habitación. Sé cuándo estás incómoda. Sé cuándo mientes. Y sé exactamente lo que piensas cuando me miras como ahora.

Su mano finalmente cruzó la barrera de mi vestido, encontrando la piel de mi muslo. Cerré los ojos, perdiéndome en la sensación.

—Nico…

—Sí —respondió, su otra mano subiendo para rodear mi cintura y acercarme hacia él—. Dime qué quieres.

Abrí los ojos, encontrando los suyos en la penumbra. No había juego en ellos ahora. Solo deseo. Puro y sin filtros.

—Quiero que olvides todo —susurré—. Quiero que esta noche solo seamos tú y yo. Sin reglas. Sin límites.

Su sonrisa esta vez fue diferente. Más salvaje. Más peligrosa.

—Eso fue lo que esperaba oír.

Y entonces me besó de nuevo. No como antes en medio de la pista de baile, sino diferente. Más profundo. Más posesivo. Como si quisiera devorarme, como si quisiera marcarme como suya para siempre.

Su lengua exploró mi boca con una precisión que me dejó sin aliento. No había timidez en su beso, solo una certeza absoluta de lo que quería. Y lo que quería era yo.

Mis manos encontraron su pelo, más suave de lo que imaginaba. Sus dedos se aferraron a mi cintura, levantándome ligeramente para sentarme mejor en el sofá. Se deslizó entre mis piernas, sin romper el beso, y la nueva posición nos puso aún más cerca.

Podía sentirlo contra mí. Duro. Listo. Y el conocimiento de ese poder me hizo temblar de nuevo.

—Nico —susurré contra sus labios—. Aquí no…

Él se apartó lo suficiente para mirarme, sus ojos brillando con una intensidad que casi me asustaba.

—Nadie nos molestará —dijo, y su confianza me tranquilizó y me excitó a la vez—. Matteo se encargará de eso.

Sus manos subieron por mi espalda, encontrando la cremallera de mi vestido. Se detuvo un segundo, esperando. Dándome una última oportunidad de detener esto. Pero no quería detenerlo.

—Sigue —susurré.

Y lo hizo.

La cremallera bajó lentamente, el sonido apenas audible sobre la música amortiguada. Nico me miró mientras lo hacía, sus ojos oscuros fijos en los míos como si quisiera memorizar cada reacción, cada estremecimiento.

Cuando el vestido quedó abierto hasta la mitad de mi espalda, sus dedos siguieron el camino que había abierto la cremallera, trazando líneas invisibles en mi piel. El contacto me hizo arquear contra él, buscando más.

—Ya ves —murmuró contra mi cuello, donde comenzó a depositar besos suaves que se volvían más húmedos y abiertos con cada segundo—. Tu cuerpo sabe lo que quiere incluso si tu mente intenta resistirse.

No resistía. No podía. Cada célula de mi cuerpo gritaba por más, por él, por este momento que había estado evitando desde que nos conocimos.

Su mano encontró el cierre de mi sujetador, abriéndolo con una facilidad que me hizo sonreír contra su cabello. Experto. Por supuesto que era experto.

El tejido se aflojó y sus manos se deslizaron hacia adelante, cubriendo mis pechos. El pulgar y el índice encontraron mis pezones, ya duros y sensibles, y comenzaron a jugar con ellos. Pinzándolos suavemente. Rodeándolos. Haciéndome desear más.

—Nico… —gimoteé, mi cabeza cayendo hacia atrás para darle más acceso a mi cuello.

—Así es, cariño —susurró, su voz baja y rasposa—. Dime cómo te gusta.

—Más fuerte —pedí, sorprendida de mi propia audacia—. Aprieta más.

Él obedeció, y el dolor mezclado con placer me hizo gritar suavemente. Sus dedos apretaron mis pezones con más fuerza, enviando ondas de deseo

directamente a entre mis piernas, donde ya podía sentir mi propia excitación.

—Te gusta un poco de dolor, ¿verdad? —dedujo él, y su sonrisa se sentía contra mi piel.

Asentí, incapaz de formar palabras coherentemente.

—Qué interesante —dijo, y entonces una de sus manos comenzó a bajar lentamente, abandonando mi pecho para trazar un camino por mi estómago hasta el borde de mi ropa.

Sus dedos jugaron con el elástico de mi tanga, sin entrar todavía. La anticipación era casi insoportable. Quería que me tocara, que me explorara, que me poseyera por completo.

—Por favor —susurré, avergonzada de mi necesidad, pero demasiado excitada para importarme.

—¿Por favor qué, Paula? —preguntó, con voz burlona pero llena de deseo —. Tienes que pedírmelo bien.

Me miró directamente a los ojos, desafiándome. Sabía exactamente lo que estaba haciendo. Sabía que me tenía exactamente donde quería: necesitándolo, deseándolo, dispuesta a suplicar.

—Tócame —pedí, mi voz temblorosa—. Por favor, tócame.

Su sonrisa se ensanchó.

—Con mucho gusto.

Y entonces su mano se deslizó bajo mi ropa, encontrándome húmeda y lista para él. Sus dedos se movieron con una precisión que me dejó sin aliento. No hubo exploración tímida, solo un conocimiento absoluto de mi anatomía, un mapa que parecía haber memorizado en sueños. Su pulgar encontró mi clítoris, ya hinchado y sensible, y comenzó a dibujar círculos lentos, deliberados, que me hicieron morderme el labio para no gritar.

—No te calles —ordenó, su voz un gruñido bajo junto a mi oído—. Quiero oírte. Quiero oír todo lo que te hago sentir.

Y yo no pude contenerme. Un gemido escapó de mi garganta cuando su ritmo aumentó, cuando la presión se hizo más insistente. Sus otros dedos se deslizaron por mi humedad, encontrando mi entrada y posándose en el umbral sin penetrar, una promesa tortuosa que me tenía al borde de la locura.

—Nico, por favor… —supliqué de nuevo, mis caderas moviéndose instintivamente, buscando más fricción, más profundidad.

—¿Por favor qué, Paula? —repitió, disfrutando mi sumisión, mi necesidad desesperada de él—. Dime qué quieres. Dímelo con estas palabras.

Me miró con una intensidad que me despojó de toda vergüenza. En sus ojos no había burla, solo un deseo tan profundo y salvaje como el mío. Quería oírlo, necesitaba que lo dijera para sellar este pacto silencioso que nos unía.

—Quiero que me penetres con los dedos —confesé, mi voz rota y áspera —. Quiero que me folles con los dedos. Ahora.

La sonrisa que dibujó en sus labios fue de pura victoria. Y entonces obedeció. Dos dedos se deslizaron dentro de mí en un solo movimiento fluido, profundo, que me hizo arquear y clavar mis uñas en sus hombros. El llenado, la sensación de ser poseída por él, fue abrumadora. Se quedó quieto un momento, permitiéndome adaptarme, sintiéndolo palpitarme por dentro.

—Aprieta —murmuró, y yo obedecí, contrayendo mis músculos alrededor de sus dedos—. Así. Siento cómo me quieres, Paula. Siento todo.

Y entonces comenzó a moverse. Lento al principio, una salida y una entrada largas y deliberadas que me robaban el aliento. Cada vez que entraba, su pulgar presionaba mi clítoris, una doble estimulación que me tenía temblando, un nudo de calor creciendo en la base de mi estómago.

—Más rápido —pedí, mi voz un suspiro incoherente—. Nico, más rápido, por favor.

Aumentó el ritmo, sus dedos moviéndose ahora con una urgencia feroz, golpeando ese punto dentro de mí que hacía que explotaran colores detrás de mis párpados cerrados. El mundo exterior desapareció. No existía el club, no existía la música, no existía nada más allá de su mano en mi sexo, su aliento en mi cuello, su nombre en mis labios como un mantra.

—Así es, cariño. Córrete para mí —suplicó él, y el sonido de su propia voz rota por el deseo fue lo que me empujó al borde.

El orgasmo me golpeó como una ola, violento e inesperado. Mi cuerpo se tensó, un grito ahogado se escapó de mi garganta mientras las contracciones me sacudían desde adentro. Fue largo, intenso, un tsunami de placer que me dejó sin fuerzas, temblando y jadeando en sus brazos.

No me dio tiempo a recuperarme. Me levantó como si no pesara nada, mis piernas envolviéndose instintivamente alrededor de su cintura. Me apoyó contra la pared, el frío del papel pintado un shock delicioso contra mi espalda desnuda. Se apartó lo suficiente para desabotonar su camisa, revelando un torso marcado, una piel que ardía bajo mis dedos cuando la toqué.

—Mi turno —dijo, y su voz era animal.

Bajó la cabeza y tomó uno de mis pezones en su boca. La succión fue dura, casi dolorosa, sus dientes rozando el pellejo sensible y enviando descargas eléctricas directamente a mi centro, que ya latía de nuevo, ávido de más. Me frotó contra él, contra la erección dura y contenida en sus pantalones, una fricción brutal que me hizo desear sentirlo dentro de mí, sin barreras.

—Nico, necesito sentirte —gimoteé, tirando de su pelo para que me mirara —. Necesito que te follen. Ahora.

Se rio, un sonido bajo y sexy que vibró contra mi pecho.

—Tengo tanta espera, Paula. Tanta espera para oírte decir eso.

Con una mano, se desabrochó el cinturón y el pantalón. No los quitó, solo los bajó lo suficiente para liberar su erección. La vi en la penumbra, grande, gruesa, con la punta brillando de anticipación. Se la frotó un par de veces, mirándome a los ojos, y el acto fue tan íntimo, tan pornográfico, que me humedecí de nuevo.

Me tomó por las nalgas, levantándome un poco más.

—Envuélveme bien —ordenó.

Obedecí, apretándolo con mis piernas mientras él se posicionaba en mi entrada. No hubo más preámbulos. Con un movimiento de caderas potente, se hundió dentro de mí hasta el fondo.

Grité. No de dolor, sino de pura plenitud. Se sentía increíble, tan profundo, tan perfecto que era casi doloroso. Se quedó quieto de nuevo, su frente pegada a la mía, ambos jadeando.

—¿Estás bien? —preguntó, su voz temblorosa.

Asentí, incapaz de hablar.

—Mírame —ordenó suavemente.

Abrí los ojos y me perdí en la oscuridad de los suyos.

—Mía —dijo, y no fue una pregunta, fue una afirmación.

Y entonces comenzó a moverse. Cada embestida era profunda, controlada, diseñada para llegar lo más lejos posible. El ritmo se hizo más rápido, más salvaje, el sonido de nuestros cuerpos chocando, de nuestros jadeos, de sus susurros obscenos en mi oído, llenaba la habitación.

—Te sientes tan bien, tan apretada… —murmuraba—. Tan caliente, tan mojada para mí… ¿Siempre has estado así por mí?

Solo podía gemir, asentir, perderme en la vorágine de placer que él me estaba dando. Una de sus manos bajó hasta donde nos uníamos, su pulgar encontró mi clítoris de nuevo y comenzó a frotarlo en círculos frenéticos, sincronizados con sus embestidas.

Eso fue todo. El segundo orgasmo me arrancó un grito, una convulsión total que lo llevó también al límite. Sentí cómo se endurecía dentro de mí, cómo su ritmo se volvía errático hasta que, con un rugido ahogado contra mi cuello, eyaculó, liberando un calor intenso que me hizo temblar de nuevo.

Nos quedamos así, pegados, sudorosos, jadeando, hasta que nuestros latidos se calmaron. Nico me besó entonces, un beso lento, profundo, ya no de pasión desatada sino de posesión tranquila. Nos separamos lentamente, y él me

ayudó a bajar al suelo, donde mis piernas temblaban tanto que casi no me sostenían.

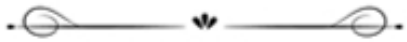
Ajustó su ropa y luego, con una ternura que me contrastó con su ferocidad anterior, me arregló el vestido, cubriéndome como si yo fuera un tesoro.

—No te vayas —dije, mi voz apenas un susurro, el miedo volviendo a mí ahora que la pasión se había apagado.

Él me tomó de la cara, sus pulgares acariciando mis mejillas.

—No voy a ninguna parte, Paula —prometió, y en sus ojos vi algo que me asustó más que el deseo: algo que parecía peligrosamente cercano al amor.

Capítulo 21



Nico

Habían pasado tres días. Solo tres. Pero parecían más. Demasiados más.

Tres días desde la noche en el local. Desde su boca. Desde su piel. Desde ese momento en el que dejé de fingir que todavía podía mantener distancia.

Y desde entonces… Nada. O casi nada.

Mensajes cortos. Miradas que se esquivaban. Conversaciones estrictamente profesionales.

Paula volvió a hacer lo que mejor sabía hacer cuando quería protegerse: desaparecer sin irse del todo. Y eso es peor. Mucho peor.

Porque la tenía delante todos los días. En el club. En los pasillos. En el campo. Y aun así… No la tenía.

El entrenamiento estaba siendo intenso, como siempre. Pero yo no estaba ahí del todo. Corría, pasaba, disparaba, gritaba órdenes.

Automático. Perfecto. Pero mi cabeza no estaba en el balón. Estaba buscándola siempre. Mirando hacia la zona de prensa, aunque no tuviera motivos. Esperando verla cruzar una puerta. O escuchar su voz. O cualquier cosa. Nada.

—¡Roldán! —gritó el entrenador—. ¡Concéntrate!

Asentí.

—Estoy.

Mentira. Matteo me miró mientras recuperábamos posición.

—Estás en otro planeta.

—Estoy en el entrenamiento.

—No, estás en Paulalandia.

Le lancé una mirada.

—Cállate.

Se rio.

—No falla. Desde la cena estás peor.

No respondí, porque tenía razón. Y eso era lo jodido.

El pitido final llegó como un alivio y una condena al mismo tiempo. Me quité los guantes, la camiseta empapada, y me quedé unos segundos de pie mirando el césped. Buscándola otra vez.

Nada. Ni rastro. Había estado aquí, lo sabía, pero no había venido a verme. No desde aquella noche.

Y eso me estaba volviendo insoportable.

—Próximo partido —dijo el entrenador en el centro del campo mientras nos reuníamos—. Equipo duro. Físico. No van a regalar nada.

Se hizo un murmullo general.

—Nos van a presionar arriba —añadió Diego.

—Y tienen buen centro del campo —dijo otro.

Matteo silbó.

—Qué miedo.

—Siempre decís lo mismo —intervine.

Todos me miraron, y me encogí de hombros.

—Y siempre ganamos.

Silencio breve. Luego alguna risa. El entrenador asintió.

—Eso quiero oír.

Marco me dio un codazo cuando empezamos a dispersarnos.

—Estás insoportable.

—Estoy normal.

—No. Estás raro.

—Estoy concentrado.

—Estás enamorado, tío.

Le miré.

—No empieces.

—Demasiado tarde.

No respondí. Porque no había nada que responder.

Cuando salimos del campo, el vestuario volvió al caos habitual: duchas, bromas, discusiones absurdas sobre el partido.

Pero yo seguía en lo mío. Ella. Siempre ella.

Marco se acercó mientras me ponía la camiseta.

—¿Sabes algo de Samuel?

Parpadeé.

—Iba a llamarle después.

—Bien. —asintió—. Dile que se recupere rápido. Sin él, el fútbol es aburrido.

—Se lo diré.

—Y dile que deje de intentar jugar de pie si no puede.

—Se lo diré también.

Sonrió.

—Perfecto.

Salimos del vestuario juntos. El ruido del estadio ya estaba bajando. La tarde caía y con ella, esa sensación constante de vacío que no sabía cómo apagar.

Me despedí del equipo en el parking.

—¿Vienes a tomar algo? —preguntó Matteo.

—No.

—Sorpresa.

—Tengo cosas.

Marco me miró.

—Llamada importante.

No respondí, pero él ya lo sabía.

Subí al coche y conduje. Sin música, sin distracciones. Solo carretera y pensamientos que no se callaban.

Llegué a casa cuando ya era de noche y me recibió el silencio. Demasiado silencio.

Dejé las llaves sobre la mesa y me quité la chaqueta sin pensar demasiado. La casa siempre me parecía más grande cuando estaba así, solo, sin ruido de vestuario, sin voces, sin fútbol.

Solo yo. Y lo peor… Mis pensamientos.

No encendí la televisión. No encendí nada. Saqué el móvil. Revisé los contactos. Vi el nombre de Samuel y pulsé en llamar.

Tardó poco en contestar.

—¡Hombre! —su voz sonó animada—. El futbolista ocupado.

—El lesionado aburrido.

—Oye, un respeto.

Me senté en el sofá.

—¿Cómo vas?

—Mejor. Ya casi apoyo bien. Dentro de nada estoy dando guerra otra vez.

—Eso espero.

—¿Y tú? ¿Sobreviviendo sin mí?

—De milagro.

Se rio.

—Eso es amor fraternal.

—Eso es realidad.

Se quedó en silencio unos segundos, y entonces lo dijo.

—Paula está en tu cabeza, ¿no?

No respondí. Y esa fue en realidad la respuesta.

—Lo sabía —añadió.

—No empieces.

—No estoy empezando. Estoy confirmando.

Suspiré.

—Han sido días complicados.

—¿Complicados o imbéciles?

—Samuel.

—Vale, vale —hizo una pausa—. Sergio la dejó tocada.

Me quedé quieto.

—Lo sé.

—La hizo sentir… pequeña. Como si no valiera lo que vale.

Apreté la mandíbula.

—Eso es una mierda.

—Lo es.

—Y no es verdad.

—Ya lo sé —dijo él—. Tú lo sabes. Yo lo sé. Ella no siempre.

Silencio.

—¿Piensas hacer algo con lo que sientes o vas a seguir fingiendo que no te gusta mi hermana desde hace años? —soltó de golpe—. Porque no la miras como un hermano, te lo aseguro.

Me quedé callado demasiado tiempo.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque no soy ciego.

Se rio.

—Y porque siempre que estáis en la misma habitación no tienes ojos para nadie más desde que cumplió los veinte.

Solté el aire con un suspiro largo y pesado.

—No debería sentir lo que siento.

—Pero lo sientes.

—Y me está jodiendo.

—Ya.

Silencio.

—Ninguna relación me ha funcionado por eso —admití.

—Ya lo sé.

—Paula está igual.

—Sí. Y también sé que te has acostado con ella.

Me atraganté.

—¿Cómo…?

—No te lo voy a decir, que no me apetece que me rompas la otra pierna —interrumpió rápido.

Nos reímos los dos.

—Es evidente, Nico.

Suspiré otra vez.

—No debería haber pasado.

—Pero pasó.

—Sí.

—Ella sospecha que tú estás detrás de su trabajo allí, en Italia —dijo, y me quedé quieto.

—Lo hice.

—Ya lo sé.

—Pensé que salir de Córdoba le vendría bien. Y aquí… podía trabajar.

—Ajá.

Pausa. Y entonces añadió, más bajo:

—Y porque después de aquella noche con ella no querías que hubiera otro en su cama. Admítelo.

No contesté, pero no hacía falta.

—Sí —dije finalmente.

—Bien —respondió él.

—No está “bien”.

—Sí lo está.

—No debería.

—Pero es así —suspiró y yo cerré los ojos—. No podría haber mejor hombre para ella que tú —dijo entonces, y me tensé.

—Samuel…

—Lo digo en serio. Y mi padre estaría de acuerdo
.
—No debería saber nada de esto nadie.

—Nadie lo sabe. Pero no somos tontos, Nico.

—Ya.

—Ni nuestros padres.

Tragué saliva.

—Esto no puede salir.

—No saldrá de mí.

Y de nuevo, silencio. Más largo y más serio esta vez.

—Tú decide qué haces —dijo al final—. Pero deja de sufrir como un idiota.

Me reí sin humor.

—Eso es lo único que sé hacer últimamente.

—Pues cambia.

—Es fácil decirlo.

—Sí —respondió—. Pero ya sabes lo que pienso.

Asentí, aunque no pudiera verme.

—Cuídate la pierna.

—Cuida a mi hermana.

—Siempre —respondí, y colgamos.

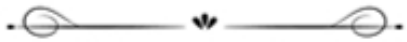
Y me quedé con el móvil en la mano. Quieto. Mirando la pantalla apagada. Pensando en todo lo que acababa de decirse. Y en todo lo que no.

Paula. Siempre Paula. Mi familia. Su familia. Lo que habíamos hecho. Lo que no deberíamos haber hecho. Y lo peor…

Lo que todavía no sabía si iba a ser capaz de evitar.

Porque una parte de mí ya había dejado de intentarlo.

Capítulo 22



Paula

Era sábado, y por una vez, no lo había empezado pensando en el trabajo. O al menos… no del todo.

Me desperté temprano, como siempre desde que estaba en Italia, con esa sensación de lista de tareas invisible en la cabeza que nunca terminaba de apagarse. Pero hoy era distinto.

Hoy venían ellas. Lucía y Alba. Y eso cambiaba cualquier ecuación posible.

Cuando llamaron al timbre, casi bajé las escaleras corriendo.

Lucía entró primero, con una maleta en una mano y una bolsa colgando del hombro, como si no fuera capaz de viajar ligera ni aunque se lo pidieras por escrito.

—¡He sobrevivido al aeropuerto! —anunció.

—Milagro —respondí, ya sonriendo.

Y entonces apareció Alba detrás de ella. Pequeña, rápida, con esa energía que parecía no tener interruptor.

—¡Tita Paula! —chilló.

No me dio tiempo a agacharme porque ya me estaba abrazando las piernas. La levanté sin pensarlo, riéndome.

—Pero qué terremoto eres.

—Soy una niña normal —dijo muy seria.

Lucía soltó una carcajada.

—Normal dice.

La casa, que normalmente era demasiado silenciosa, de repente se llenó de vida.

Risas, pasos pequeños corriendo por el pasillo, preguntas constantes de Alba sobre absolutamente todo lo que veía.

—¿Esto es tu trabajo?

—Sí.

—¿Y aquí viven los futbolistas?

—No, aquí vivo yo.

—¿Y Nico?

Me atraganté un poco con el aire. Lucía me miró al instante.

—No empieces.

Alba me miró también, esperando respuesta como si fuera lo más normal del mundo.

—Nico trabaja conmigo —dije finalmente.

—¿Es guapo?

Lucía se llevó la mano a la cara.

—Alba.

—¿Qué? Es importante.

Solté una risa.

—Sí… es guapo.

—¡Lo sabía!

Lucía suspiró.

—Esta niña es peligrosa.

Nos sentamos a desayunar tarde, con café para mí, chocolate para Alba y risas constantes de fondo. Lucía hablaba sin parar de su último trabajo como fotógrafa, de un encargo caótico en Roma, de clientes imposibles.

Yo la escuchaba como siempre: como si el mundo fuera más fácil cuando ella lo contaba.

—Esta noche tenemos partido —dije en un momento dado, apoyando la taza.

Lucía levantó la vista.

—¿Importante?

Asentí.

—Bastante.

Alba abrió los ojos.

—¿Partido de fútbol de verdad?

—De verdad.

—¿Podemos ir?

Miré a Lucía, ella ya estaba sonriendo.

—Claro que podemos —respondió sin dudar.

—No hace falta que…

—Paula —me cortó—. Vamos a acompañarte.

La miré y sonreí.

—Eres la mejor amiga del mundo.

—Lo sé.

Alba dio un salto en la silla.

—¡Vamos a ver fútbol!

Y así, sin más, el sábado dejó de ser normal.

Comimos juntas en casa entre risas, historias y Alba intentando imitar acentos sin ningún tipo de control. Lucía le hacía fotos a todo, incluso a mí sirviendo la comida.

—Esto es material artístico —dijo.

—Esto es pasta —respondí.

—Es lo mismo.

Cuando terminamos, ya estaba empezando a anochecer. Y el partido se acercaba demasiado rápido.

El estadio del club imponía incluso de día. De noche era otra cosa. Otra escala. Otra presión.

Alba caminaba entre Lucía y yo mirando todo con la boca ligeramente abierta.

—Es enorme —dijo.

—Lo es —respondí.

—¿Aquí juegan los de verdad?

—Aquí.

Lucía me miró de reojo.

—Le está encantando.

—Me alegro.

Entramos por una de las zonas de acceso del club y bajamos hacia el interior. Le enseñé el pasillo de vestuarios, las zonas de prensa, el acceso al campo.

Alba iba como si estuviera en un parque de atracciones.

—¡Esto es increíble!

—No toques eso —le dijo Lucía cuando intentó pulsar un botón.

—Solo miraba.

Yo me reí. Y por un segundo, todo fue ligero. Hasta que llegamos al vestuario.

El ambiente dentro era completamente distinto. Más serio. Más concentrado.

Jugadores ya cambiados, tensos, algunos estirando, otros escuchando música con los cascos. El ruido bajó un poco cuando entramos. Y entonces me miraron. Todos.

—Vale —dije en voz alta—. Tenéis dos invitadas muy especiales hoy.

Alba levantó la mano como si estuviera en clase.

—Hola —dijo, y se escucharon varias risas.

—Espero que no las defraudéis —añadí—. Y que marquéis muchos goles.

Matteo fue el primero en acercarse.

—¿Esta dama es nueva aficionada del club?

Alba lo miró muy seria.

—Sí.

—Me gusta.

Diego se agachó un poco.

—¿Cómo te llamas?

—Alba.

—Perfecto. Ya eres la favorita.

Lucía sonrió a un lado. Y entonces los demás empezaron a acercarse.

Marco fue directo a Alba como si la conociera de toda la vida.

—Si marco un gol hoy, te lo dedico.

Alba abrió los ojos como platos.

—¡Como hace el tío Samuel!

Se hizo un pequeño silencio. Y luego ella añadió, bajito:

—Pero ahora está malito con la pierna escayolada y ya no me los dedica.

Lucía me miró al instante. Yo tragué saliva. La inocencia de los niños tenía ese efecto: decir verdades sin filtro.

—Venga —dije cogiéndola en brazos—, nos vamos a dejar trabajar a estos.

—¡Nooo!

—Sí.

Y de nuevo se escucharon las risas. Pero entonces… Lo vi.

Nico estaba al fondo del vestuario. Ya vestido. Ya preparado. Pero mirándonos. A Alba. A mí. A Lucía. Y su expresión… cambió un poco al ver a la niña en mis brazos.

Se acercó despacio, sin prisa, y cuando se detuvo delante de nosotras Alba lo miró directamente.

—Hola —dijo él.

—Hola —respondió ella sin miedo.

Pequeña valiente.

—¿Me das un beso de buena suerte?

Alba sonrió al instante.

—Sí.

Y se lo dio sin dudar. Nico cerró los ojos un segundo cuando lo recibió. Como si fuera algo más de lo que parecía.

—Así seguro que marco más goles —dijo él.

Alba asintió muy seria.

—Tía Paula, dale uno tú también, que cuando se los mandas al tío Samuel mete muchos goles.

Lucía soltó una risa inmediata.

—Mi hija ve cosas, Paula, te lo tengo dicho.

Yo puse los ojos en blanco.

—Demasiadas.

Me puse de puntillas y le di un beso a Nico en la mejilla.

—Ya está. Nos vamos, que estos tienen que concentrarse.

Pero antes de salir Matteo apareció con su sonrisa fácil.

—¿Y para mí no hay beso?

Lucía soltó una carcajada. Alba lo miró. Y yo… Yo miré a Nico.

Lo vi tenso, observando. Demasiado quieto.

Me acerqué a Matteo y le di un beso en la mejilla.

—Más te vale marcar un gol —le dije— porque yo no voy dando besos a cualquiera.

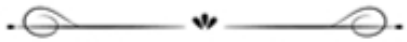
Sonrió. Demasiado satisfecho.

—Trato hecho.

Me giré y salí del vestuario con Lucía y Alba. Pero mientras lo hacía… Sentí la mirada de Nico clavada en la espalda.

Y no se fue. Ni un segundo.

Capítulo 23



Nico

El partido empezó como empezaban los partidos importantes: sin concesiones.

El rival salió fuerte, presionando arriba, mordiendo cada balón como si fuera el último. Los primeros minutos fueron un choque constante, de esos que no te dejaban respirar y te obligaban a estar mentalmente dentro antes de que el cuerpo pudiera reaccionar.

Pero nosotros no éramos nuevos en eso. Y yo tampoco.

A los quince minutos ya habíamos ajustado el ritmo. Diego ordenando desde atrás, Marco filtrando pases con esa inteligencia suya que siempre aparecía cuando el caos era mayor, Matteo abriendo espacios como si el campo fuera suyo.

Y yo… yo estaba donde tenía que estar. Esperando. Siempre esperando.

El primer gol llegó en el minuto veintiocho.

Una jugada rápida por banda, centro tenso al área, un pase de cabeza de Matteo que me llegó para el remate, y marqué.

El estadio explotó. Y yo, en lugar de celebrarlo como siempre, miré hacia arriba. Hacia la zona de prensa. Hacia donde sabía que estaba ella. Paula.

No la veía con claridad desde ahí, pero sabía que estaba. Siempre lo sabía.

No sé cómo explicarlo. Era como un punto fijo dentro del ruido. Como si todo el estadio girara un poco alrededor de su presencia.

No la señalé. No hice nada obvio. Solo me toqué el pecho con dos dedos, brevemente, y luego los llevé hacia el cielo.

Un gesto mínimo, invisible para cualquiera, excepto para ella. Porque ella sí sabía lo que eso significaba.

Lo hacía desde que era pequeña y venía a verme jugar con los ojos demasiado abiertos y las manos apoyadas en la valla. Cuando me pedía que le dedicara goles como si fuera algo natural, como si el mundo entero se redujera a ese instante.

Y yo, sin entenderlo del todo entonces, siempre acababa haciéndolo.

El segundo gol llegó antes del descanso.

El tercero, ya en la segunda parte, también fue mío.

Un balón suelto en la frontal, control, disparo seco y de lleno en la red.

El estadio se vino arriba otra vez. Y otra vez la miré.

Esta vez sí, directamente. Y ella estaba ahí. Pequeña desde mi perspectiva, entre la gente, pero perfectamente visible para mí.

Y sonreí. Solo un segundo. Solo para ella. Luego hice el gesto, el mismo de siempre. Dos dedos al pecho y luego hacia el cielo. Como si el gol fuera suyo.

Porque en el fondo siempre lo había sido un poco.

El partido terminó con mi equipo ganando cuatro a uno. Una victoria clara y controlada. De esas que parecían fáciles solo si no habías estado dentro.

Cuando el árbitro pitó el final, el equipo explotó en el campo. Abrazos, gritos, cansancio feliz. El entrenador nos reunió en el centro.

—Buen trabajo —dijo, serio pero satisfecho—. Os habéis ganado unos días de descanso. Esta noche podéis salir a celebrarlo, pero con cabeza.

Y tras esas palabras hubo risas generales.

Matteo ya estaba celebrando antes de tiempo. Marco me dio un golpe en el hombro.

—Hoy no te escapas.

—Ya veremos.

Pero yo no estaba escuchando del todo, porque la vi. Paula entró al campo con Lucía y Alba. Y el mundo, otra vez, se recolocó.

Alba fue la primera en romper la distancia. Se lanzó directa hacia Marco como si fuera lo más normal del mundo.

—¡Me has dedicado el gol!

Marco la cogió en brazos sin dudar.

—Claro que sí.

—¡Me ha gustado mucho!

Se rio.

—Pues te voy a tener que dedicar todos los que meta entonces.

—¡Sí!

Lucía nos miraba con una sonrisa tranquila, apoyada en la valla del campo. Y yo… Yo miraba a Paula.

Ella estaba un poco más atrás, observando. Con esa expresión suya de mezcla entre orgullo, diversión y algo más que no quería nombrar.

Se cruzaron nuestras miradas y no la apartó. Ni yo tampoco.

—Si quieres —le dijo Marco a la niña— te regalo la camiseta.

—¡Sí!

—Pero está mojada de sudor.

—Entonces la lavas antes.

Todo el mundo se rio, incluso yo.

Matteo pasó por mi lado.

—Esa niña es más sensata que nosotros.

—Sin duda.

—Oye —añadió en voz baja—. Estáis muy raros tú y la periodista.

Le miré.

—No empieces.

—Solo digo lo que veo.

Pero no insistió. Porque Paula ya se estaba acercando a nosotros.

El equipo empezaba a dispersarse hacia el vestuario. Y yo… Yo seguía quieto. Esperándola. Cuando llegó, nos miramos. De cerca. Otra vez. Siempre así.

—Buen partido —dijo ella.

—Podrías haber dicho que te han gustado los goles.

—He dicho buen partido.

Sonreí ligeramente.

—Muy profesional.

—Siempre.

—Vamos a salir a celebrarlo —dije al final—. ¿Vienes?

Ella negó.

—No. Me quedo con ellas este fin de semana —dijo, mirando a Alba y luego a Lucía—. Ya os veré el lunes.

Asentí.

—Vale.

Pero no quería que se fuera. Y estaba seguro de que ella lo sabía.

Se despidió primero de todos. Lucía me dio una sonrisa breve, cómplice. Alba me saludó con la mano. Y Paula… Paula me miró un segundo más. Solo uno, pero suficiente.

—Suerte —dijo.

—Ya la he tenido hoy.

Sonrió, y se fue.

Marco apareció a mi lado cuando las vi alejarse.

—Colega, creo que me he enamorado de la mejor amiga de tu chica.

Le miré.

—Paula no es mi chica.

Se rio.

—Claro.

—No lo es.

—Ya. Porque no se lo has pedido.

Marco me miró como si fuera idiota.

—No es por eso. Es porque tienes miedo de lo que digan vuestros padres.

Le miré más serio.

—No digas tonterías.

—No son tonterías. Estás enamorado de esa mujer hasta las trancas, Nico.

No respondí. Porque esa frase… Se quedó demasiado dentro.

La noche acabó en un bar, como siempre.

Demasiado ruido. Demasiado alcohol. Demasiada gente celebrando algo que el día siguiente convertiría en rutina otra vez.

El equipo estaba suelto, demasiado suelto.

Matteo ya bailaba con dos chicas que no había visto en su vida. Marco reía en la barra, completamente en su elemento. Diego hablaba con un grupo con calma, como siempre. Y yo… Yo bebía y observaba sin estar del todo allí.

Una chica se acercó a mí. Sonrisa fácil y mirada directa.

—Eres Nico Roldán, ¿no?

Asentí.

—Sí.

—Sabía que eras tú.

Bebió un sorbo de su copa.

—Me encantas desde hace tiempo.

Silencio. Demasiado cercano. Demasiado rápido.

Empezó a bailar conmigo sin esperar respuesta. Su cuerpo demasiado cerca. Sus manos buscando espacio en el mío. Yo me mantuve educado. Correcto y distante.

—No —dije finalmente cuando vi que sus intenciones para esa noche eran otras.

Ella se rio.

—¿No?

—No —respondí, y se acercó más.

—Vamos, solo una copa y, después…

—No.

Su voz bajó.

—Sé quién eres. Sé lo que eres.

Intentó acercarse aún más.

—Me encantaría pasar una noche contigo.

Respiré hondo y la aparté suavemente. Sin brusquedad. Sin faltas de respeto.

—No va a pasar. Hay alguien en mi vida —añadí.

Y eso fue todo. Se alejó sin decir nada más y no volvió.

Regresé a la barra desde donde Marco me había estado mirando. Ya sabía lo que había pasado. No hizo falta decir nada.

Horas después, me levanté.

—Me voy.

Marco arqueó la ceja.

—Ya lo sabía.

—¿El qué?

—Que sin Paula no ibas a estar a gusto.

No respondí, solo sonreí levemente.

—Nos vemos el lunes.

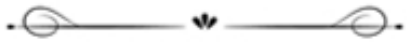
Salí del bar solo. La noche estaba fría y silenciosa.

Conduje sin música y durante el camino pensé en ir a su casa. En verla. En subir esas escaleras. Pero era tarde. Demasiado tarde. Y Alba estaría dormida. Y yo…

Yo no sabía aún si tenía derecho a entrar en ese mundo. Así que seguí conduciendo sin parar. Con ella en la cabeza. Como siempre. Como desde el principio.

Como si no hubiera otra forma de vivirlo.

Capítulo 24



Paula

El lunes tenía ese tipo de calma engañosa que siempre me ponía en alerta. Como si el mundo fingiera estar en orden solo para que tú bajaras la guardia.

Me preparé un café en casa sin prisa, apoyada en la encimera, con el móvil en la otra mano y la cabeza todavía un poco dispersa tras el fin de semana con Lucía y Alba.

Había sido… demasiado perfecto. Demasiado fácil. Y eso, en mi vida, nunca duraba.

Encendí la televisión casi por inercia mientras bebía el primer sorbo. Noticias deportivas. Normal. Lo que no era normal era la imagen que apareció en pantalla.

Nico celebrando. Riendo. El equipo alrededor. Copas levantadas. Flashes. Y él en el centro de todo como siempre.

El presentador hablaba rápido, en tono entusiasta.

—Victoria contundente del equipo italiano tras un partido impecable de su estrella, Nico Roldán…

Tragué saliva sin darme cuenta cuando la imagen cambió. Otra foto. Y otra. Y entonces… Ahí estaba.

Una de las imágenes se quedó fija. Nico en un rincón del bar. Cerca de él, una mujer. Alta. Guapa. Demasiado perfecta para ser casualidad. Demasiado segura para ser cualquier cosa pasajera.

El titular apareció debajo como un golpe seco.

"Tras la victoria, el futbolista estrella terminó la noche en buena compañía con la modelo italiana más famosa del momento."

Me quedé inmóvil con el café en la mano, sin beber. Sin respirar bien.

La cámara volvió a mostrar otra foto. Risas. Cercanía. Su mano en su espalda. Y algo dentro de mí se tensó de una forma que no supe controlar.

No debería importarme. Eso fue lo primero que pensé. Pero no funcionó. Porque lo siguiente fue peor. Porque lo vi claro. Demasiado claro.

Así era él. Siempre lo había sido. Y yo… Yo había sido una más de su lista sin querer admitirlo. Una más de esas cosas que pasaban y luego simplemente se olvidaban.

Como si lo de la primera noche y las veces que habían seguido a esa no hubieran significado nada más que eso.

Sexo. Impulso. Y nada más.

El café me supo amargo de repente. Apagué la televisión sin pensar demasiado. Demasiado ruido. Demasiada imagen en mi cabeza. Me senté en el sofá con el móvil en la mano. Y lo miré. Un segundo. Dos.

No debería escribirle. No debería pensar en él. No debería absolutamente nada. Pero hice otra cosa. Busqué un contacto. Andrea, un chico del cuerpo técnico del club.

Educado. Correcto. Insistente de una forma que siempre había ignorado con facilidad. Hasta ahora.

Llamé y tardó poco en contestar.

—Paula.

—Hola —dije, intentando sonar normal.

—Pensé que no ibas a llamarme nunca.

Solté una breve risa sin ganas.

—He estado ocupada.

—Ya.

Silencio breve.

—¿Sigues en pie lo de cenar conmigo?

Pausa. Y, contra todo pronóstico…

—Sí —dije.

Me sorprendió incluso a mí.

—Perfecto —respondió él, sonriendo en la voz—. Hoy a las nueve. Te recojo o…

—Voy yo.

—Como prefieras.

Colgué poco después tras saber dónde me esperaría, y me quedé mirando el móvil. Como si acabara de tomar una decisión más grande de lo que realmente era. Que no lo era. O sí. No lo sabía.

El teléfono vibró y vi su nombre en pantalla. Nico.

Me quedé quieta. Sin moverme. Segundo timbre. No contesté. Tercero. Silencio. Dejé el móvil sobre la mesa como si quemara. Y respiré hondo. Demasiado hondo.

Otro nombre entró en la pantalla. Izan. Fruncí el ceño y descolgué.

—Dime.

—No hagas caso de lo que ves en las noticias —dijo sin saludo.

Directo, claro y molesto. Me quedé callada.

—Es mentira —añadió.

—No me importa —respondí al instante.

Demasiado rápido. Demasiado defensivo.

—Paula…

—Es su vida. Y la mía es otra —continué—. Esta noche salgo a cenar con Andrea.

No sé por qué lo dije así, tan firme, pero lo hice. Y en cuanto lo dije… Sentí un pequeño vacío en el pecho.

Izan tardó en responder.

—Vale —dijo al final.

No sonó convencido, pero tampoco insistió.

—Cuídate —añadió.

—Siempre.

Colgué y me quedé mirando el techo. Demasiado silencio otra vez.

Aceptar salir con alguien fue, en teoría, una buena idea. En la práctica… no tanto.

Andrea era exactamente lo que había imaginado. Simpático, educado e interesante.

Un periodista deportivo que sabía hablar de fútbol sin necesidad de presumir de ello. Tenía ese tipo de presencia tranquila que normalmente me habría resultado cómoda. Normal, correcta y segura. Pero yo no estaba cómoda. Estaba en otra parte.

Sentada en una terraza del centro de la ciudad, con luces cálidas alrededor y gente pasando sin parar, frente a él, intentando mantener una conversación que en teoría debería ser fácil.

—Así que dejaste todo en España y viniste aquí —dijo—. Tiene que haber sido difícil.

—Un poco —respondí, sonriendo de forma automática.

—Valiente.

O desesperada, pensé mientras bajaba la mirada al vaso.

Andrea siguió hablando, pero su voz empezó a desdibujarse en mi cabeza. Porque, sin querer… Pensé en Nico.

En su mirada. En la forma en la que me había tocado aquella noche. En cómo todo con él era demasiado. Demasiado intenso. Demasiado confuso. Demasiado real.

—¿Paula?

Parpadeé.

—Perdona, ¿qué decías?

Andrea sonrió.

—Que no estás aquí del todo.

Touché. Me removí en la silla.

—Lo siento —admití—. Ha sido una semana complicada.

—¿Por él?

Me tensé.

—¿Por quién?

Andrea se encogió de hombros.

—Por el tipo que te hace mirar el móvil cada dos minutos, aunque no haya sonado.

Forcé una sonrisa.

—No hay ningún tipo.

Mentira. Andrea me observó unos segundos. Sin juicio y sin prisa.

—Entonces es una pena.

—¿Por qué?

—Porque parece importante.

Y eso… Eso me dejó sin palabras. Porque lo era. Y porque no quería que lo fuera. Pero lo era. Y yo lo sabía. Incluso cuando intentaba negarlo.

El móvil vibró en la mesa. Lo miré sin querer. Nombre. Nico. Otra vez.

No lo cogí. Andrea siguió hablando. Pero yo ya no estaba del todo ahí.

La cena continuó entre platos que apenas recordaba, y conversaciones que entraban y salían sin quedarse.

Andrea intentaba mantener el ritmo. Yo lo intentaba también. Pero había una parte de mí que seguía atrapada en otro sitio.

En otro nombre. En otra mirada.

—Estás muy callada —dijo él finalmente.

—Estoy cansada.

—O estás pensando demasiado.

No respondí, porque tenía razón.

El teléfono volvió a vibrar, pero no miré, esta vez no.

—¿Quieres que te acompañe a casa? —preguntó Andrea al final.

Dudé. Un segundo. Dos. Y sonreí.

—No hace falta.

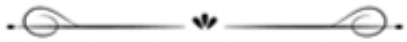
—Como quieras.

Sonrió. Educado y correcto. Demasiado correcto. Y yo me odié un poco por no sentir nada. Ni siquiera culpa. Solo… vacío.

Porque, aunque no quisiera admitirlo, aunque intentara negarlo, aunque me repitiera mil veces que no importaba. Nico sí me importaba.

Y ese era exactamente el problema.

Capítulo 25



Nico

No debería haber ido. Pero fui. Porque cuando Marco me dijo dónde estaba Paula… simplemente no pude evitarlo.

No fue una decisión racional, fue algo más rápido. Más instintivo. Más jodido.

La vi desde lejos. Terraza en el centro. Luces cálidas. Ciudad viva. Y ella ahí. Sentada frente a otro hombre. Sonriendo. Escuchando. Demasiado tranquila. Demasiado cómoda.

Algo dentro de mí se tensó de forma inmediata.

—Respira —murmuró Marco a mi lado—. O vas a liarla.

—No voy a hacer nada.

Mentira. Ya lo estaba haciendo.

Me acerqué con paso firme, sin apartar la mirada de ella ni un segundo.

Paula me vio antes de que llegara, y en cuanto nuestros ojos se encontraron todo cambió.

Su sonrisa desapareció. No del todo, pero sí lo suficiente. Lo suficiente como para que yo lo notara. Como siempre.

—Vaya —dijo el tipo con el que estaba—. Parece que sí había alguien.

Llegué a la mesa.

—Paula.

—Nico.

Frío. Controlado. En apariencia. Porque por dentro… No había nada de control.

—No sabía que estabas ocupada.

—No lo estoy —respondió ella rápido.

Demasiado rápido. Andrea arqueó una ceja.

—Creo que sí lo estás.

Ella se quedó callada, y ese silencio resultó incómodo y pesado.

—Tengo que hablar contigo —dije.

Paula apretó la mandíbula.

—Estoy en medio de algo.

—Ya lo veo.

Eso fue demasiado. Lo vi en su cara.

—No empieces.

—No empiezo nada.

—Pues lo parece.

Andrea se levantó con una calma que casi me molestó.

—Creo que os dejo.

Paula lo miró.

—No hace falta.

—Sí hace falta —dijo él, y le dedicó una sonrisa tranquila. Demasiado tranquila—. Llámame cuando no tengas… esto.

Y se fue.

Silencio. Ahora sí. Total, y explosivo.

Paula se levantó de golpe.

—¿Qué te pasa?

—¿A mí?

—Sí, a ti.

—Nada.

—Mentira.

Di un paso más cerca.

—No me gusta.

—No tiene que gustarte.

—No.

Pausa. La miré. Y lo dije.

—Pero tampoco tiene que gustarte a ti.

Eso la descolocó. Lo vi.

—¿Perdona?

—No estabas ahí.

—¿Y tú qué sabes?

—Lo suficiente.

Soltó una risa incrédula.

—Eres increíble.

—Y tú te estás engañando.

Silencio.

—No tienes ningún derecho —susurró.

—Lo sé.

—Entonces compórtate como si lo supieras.

Eso dolió más de lo que debería, pero no me moví.

—Inténtalo tú también.

—Tú estuviste con esa modelo la noche del partido.

—Paula…

—No, Nico. No quiero escuchar nada. Y ahora, si no te importa, me voy a casa, que me has jodido la cena, el polvo y el desayuno de mañana.

Se levantó mientras la observaba y sentí rabia al escucharla. ¿De verdad pensaba acostarse con Andrea y pasar la noche con él? Eso solo pasaría por encima de mi cadáver.

Se levantó y comenzó a caminar, así que la seguí.

Caminamos sin rumbo. Sin dirección. Solo alejándonos del restaurante, del resto, del mundo. Uno al lado del otro.

Demasiado cerca para ser desconocidos. Demasiado lejos para ser algo claro.

—No puedes aparecer así y arruinarlo todo —dijo Paula.

—No había nada que arruinar.

—Claro que lo había.

—No.

Se detuvo de golpe. Yo también.

—¿Sabes qué? Me da igual lo que tú pienses.

—No, no te da igual.

—Sí.

—No.

Silencio. Nos miramos y en nuestros ojos se veía lo de siempre. El deseo contenido, el silencio de no poder decir según qué palabras.

—¿Por qué haces esto? —preguntó.

—¿El qué?

—Complicarlo todo.

No respondí. Porque la respuesta era demasiado simple. Y demasiado peligrosa.

—Porque no puedo verte con otro.

Ahí estaba. Por fin. Sin filtros. Sin defensa.

Paula se quedó sin aire un segundo. Lo vi.

—No puedes decir eso.

—Ya lo he dicho.

—No tienes derecho.

—Ya lo sé.

—Entonces deja de actuar como si lo tuvieras.

Me acerqué un poco más.

—No puedo.

Eso la rompió un poco por dentro. Lo vi también.

—Pues aprende. Porque yo no voy a seguir así.

Me tensé.

—¿Así cómo?

—Así… —se llevó una mano al pecho— sintiendo que estoy haciendo algo mal todo el tiempo.

Hizo una pausa, y entonces lo dijo.

—Contigo.

Y el mundo cambió. Porque eso… Eso no era rabia. No era orgullo. Era miedo. Y dolor.

Y algo que llevaba demasiado tiempo aguantando.

No hubo transición. No hubo aviso. Solo un instante de silencio. Y después… Todo explotó.

La cogí del brazo, suave al principio, luego más firme. La acerqué a mí y esta vez no dudé. No pensé. No frené nada.

El beso fue inmediato. Más intenso. Más cargado. Más roto. Paula respondió igual. Como si lleváramos días conteniéndolo.

Como si esto fuera inevitable.

—Esto es una mala idea… —murmuró contra mi boca.

—Sí.

Pero no nos separamos. Ni un milímetro. Cada intento de parar se convertía en más contacto. Más necesidad. Más verdad.

—No podemos seguir así… —susurró ella.

—Entonces para.

Pero mi voz no sonaba a orden. Sonaba a desafío. Y ella no se detuvo. Y yo tampoco.

La intensidad subió. El control desapareció. Y lo que empezó como una discusión se convirtió en algo mucho más grande.

Rabia. Deseo. Miedo. Todo mezclado.

Nos besamos como si fuera la única forma de no explotar. Como si el mundo alrededor no existiera. Como si no hubiera consecuencias. Pero las había. Y las dos lo sabíamos. Aunque ninguno quería decirlo en voz alta.

Porque ahora… Ahora ya no era solo físico. Ahora dolía.

El silencio después fue peor. Siempre lo era.

Paula se apartó primero esta vez, respirando con dificultad, como si todavía le faltara aire de lo que acababa de pasar. Yo me quedé quieto. Mirándola.

Intentando entender en qué momento todo se había torcido otra vez… aunque la respuesta era bastante obvia.

—No —dijo ella.

Su voz salió más firme de lo que esperaba.

—No, ¿qué?

—No podemos seguir haciendo esto.

—Ya.

—No es sano.

—Probablemente no.

Eso la frustró. Lo vi en la forma en la que apretó los dedos, en cómo evitó mirarme durante un segundo demasiado largo.

—¿Te lo tomas en serio o no?

Silencio, y la observé de verdad. Sin escaparme. Sin ironías.

—Más de lo que debería.

Eso la desarmó. Un segundo. Solo uno. Pero suficiente para cambiarle la respiración. Suficiente para que bajara un poco la guardia. Y aun así… No se rindió.

—Entonces entiéndelo.

—Lo intento.

—No lo suficiente.

La ciudad seguía alrededor, pero a mí me daba igual. Solo estaba ella. Solo eso.

—No quiero ser un secreto —dijo.

Y ahí se acabó cualquier espacio de evasión. La verdad, sin filtros. Nítida y dolorosa.

Tragué saliva y tensé la mandíbula.

—No lo eres.

—Claro que lo soy.

—No.

—Entonces díselo a todos.

Silencio. Pesado. De esos que no se llenaban con nada. Ni con orgullo. Ni con razones. Ni con fútbol.

Porque no había respuesta fácil. Porque no era solo cuestión de querer. Era todo lo demás. Lo que venía detrás. Lo que pesaba. Lo que te aplastaba si lo decías en voz alta.

Y yo no dije nada. No porque no quisiera. Sino porque sabía que, si abría la boca, iba a hacerlo peor.

Paula lo entendió. Asintió lentamente.

—Eso pensaba.

Y en su voz había algo peor que enfado. Había decepción. Se separó del todo. Un paso atrás. Como si ahora sí pusiera distancia real.

—Esto tiene que parar.

Esta vez no la toqué. No la detuve. No hice nada. Y eso, quizá, fue lo que más me costó.

—Paula…

Ella negó.

—No.

Respiró hondo y vi cómo se obligaba a mantenerse firme.

—No puedo seguir sintiéndome así.

Se giró y esta vez no fue un gesto. No fue un movimiento impulsivo. Fue una decisión.

Y se fue de verdad. Sin mirar atrás. Desapareciendo entre la gente de la calle como si el mundo la absorbiera sin esfuerzo.

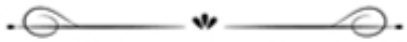
Yo me quedé ahí. Quieto. Sin saber exactamente cuánto tiempo. El ruido volvió alrededor. Coches. Voces. La vida normal de una ciudad que no tenía ni idea de lo que acababa de pasar. Pero dentro de mí… Nada era normal.

Porque por primera vez en mucho tiempo no era rabia lo que sentía. No era deseo. No era frustración. Era algo más simple. Y mucho peor.

Miedo. Miedo a perderla. Miedo a que esto, lo que fuera que era esto, se rompiera del todo sin posibilidad de arreglo.

Y lo peor era que no sabía cómo evitarlo.

Capítulo 26



Nico

Intentar mantenerme alejado de Paula fue… inútil. Y lo supe desde el primer día.

No porque no lo intentara. Sino porque era imposible.

Lo intenté de la única forma que sabía: entrenando más, saliendo menos, reduciendo cualquier situación que pudiera llevarme a cruzarme con ella. Pero no funcionó.

Porque el problema nunca fue la distancia física. Era otra cosa. Más jodida. Más silenciosa.

Ella estaba en todo. En cada pase mal dado. En cada error mínimo que antes habría ignorado. En cada silencio del vestuario que ahora se me hacía insoportable. En cada segundo en el que mi cabeza se iba a ella sin pedir permiso.

Y eso no se entrenaba. No se apagaba. No se controlaba.

—Te estás volviendo insoportable —comentó Diego mientras se sentaba a mi lado en el vestuario.

No respondí. Estaba sentado frente a la taquilla, todavía con la ropa de entrenamiento pegada al cuerpo, el sudor secándose lento, la cabeza más pesada de lo habitual.

—No es por el fútbol —añadió.

Silencio.

—Es por ella.

Apreté la mandíbula y me pasé la mano por la cara.

—No quiero hablar de eso.

—Pues vas a tener que hacerlo contigo mismo.

Solté una risa breve. Sin humor. Vacía.

—Ya lo hago.

Diego me miró de lado.

—¿Y?

—Que no puedo dejarlo.

Lo dije en voz baja, como si admitirlo lo hiciera más real. Diego no cambió la expresión.

—Entonces deja de fingir que sí.

Me apoyé contra la taquilla y cerré los ojos un segundo. Solo uno. Porque cuando los cerraba… era peor.

Porque entonces la veía. Siempre.

—No es tan simple —murmuré.

—Nunca lo es.

Silencio.

—Pero tampoco es tan complicado como lo estás haciendo.

Abrí los ojos y lo miré.

—Si me acerco más… la arrastro conmigo.

Diego frunció ligeramente el ceño.

—¿A qué?

No respondí. Porque esa era la pregunta. Y no tenía una respuesta clara. Solo sensaciones. Solo intuiciones. Solo miedo.

Miedo a que todo se saliera de control. Miedo a que Paula acabara pagando algo que no había pedido. Miedo a que lo que sentíamos, porque ya no podía negarlo, fuera demasiado grande para el sitio en el que estábamos.

Y aun así… No podía soltarlo. No podía dejarla. No podía hacer como si no existiera.

Diego suspiró.

—Estás intentando protegerla… pero la estás perdiendo igual.

Eso me golpeó más de lo que debería. Me quedé en silencio. Porque quizá tenía razón.

Los días siguientes fueron una repetición enferma de lo mismo. Entrenar. Volver a casa. Pensar en ella. Intentar no hacerlo. Fallar. Y volver a empezar.

Paula no estaba. O al menos no donde yo pudiera verla.

El club seguía funcionando como si nada. Los periodistas seguían preguntando lo de siempre. El fútbol seguía siendo fútbol. Pero dentro de mí… Todo estaba desplazado. Marco lo notó primero.

—Estás peor que cuando te lesionaste la rodilla —me dijo un día, mientras estirábamos.

—Gracias.

—No es un cumplido.

—Ya.

Se sentó a mi lado.

—¿Qué ha pasado exactamente?

Miré al césped.

—Nada.

—Eso es mentira.

—No es asunto tuyo.

Marco suspiró.

—Es asunto de todo el equipo cuando te afecta así.

No respondí. Porque eso también era cierto.

—Te estás alejando de ella —dijo, y me tensé.

—Ya lo sé.

—¿Y?

—Y no está funcionando.

Eso lo dije yo. Y me odió un poco oírlo en voz alta.

Marco me miró.

—Entonces deja de huir.

—No es tan fácil.

—Nunca lo es contigo.

Me levanté demasiado rápido.

—No entiendes la situación.

—La entiendo mejor de lo que crees.

Me giré hacia él.

—No.

—Sí. Porque te estás comportando como si protegerla significara desaparecer —añadió—. Y eso no es protegerla. Es perderla.

No contesté porque no tenía respuesta. Porque cada palabra que decía parecía empujarme en una dirección distinta. Y ninguna me dejaba tranquilo.

Esa noche no fui a casa directamente. Di vueltas con el coche. Sin destino. Sin música. Solo pensando. Y acabé donde no quería acabar. Cerca de su barrio.

No bajé. No aparqué. Solo estuve ahí. Mirando calles que no necesitaban explicaciones. Pensando en subir. En verla. En hablar. En arreglar algo que ni siquiera sabía si tenía arreglo.

Pero no lo hice. Porque una parte de mí seguía convencida de que acercarme era peligroso. No para mí. Para ella. Y eso era lo que me frenaba. O lo que me destruía.

Mi móvil vibró. No miré, pero sabía quién era. Y eso era suficiente.

Arranqué el coche y me fui. Como un idiota. Como alguien que intenta salvar algo rompiéndolo en el proceso.

Al día siguiente, Diego volvió a sentarse a mi lado. Como si no hubiera pasado nada. Como si no hubiera dicho todo lo que había dicho.

—No has cambiado de opinión —afirmó.

—No.

—Lo suponía.

—¿Y?

Me miró.

—Y estás jodido.

Suspiré.

—Ya lo sé.

—Pero ella también —añadió.

Eso me hizo levantar la mirada. Diego no apartó la suya.

—No estás siendo el único que sufre esto, Nico.

Me quedé quieto. Porque esa parte la evitaba. La ignoraba. La negaba.

—Ella está igual de atrapada que tú —continuó—. Solo que no tiene tu forma de esconderlo.

Tragué saliva.

—No quiero hacerle daño.

—Entonces deja de actuar como si ya lo hubieras decidido por ella.

Silencio. Y por primera vez en días no tuve defensa. Porque quizá… Solo quizá… El problema no era lo que sentíamos. Era lo que estábamos evitando.

Todo pasó demasiado rápido.

Estaba saliendo del club cuando vi a los primeros periodistas. Cámaras. Micrófonos. Gente que no debería estar ahí a esa hora.

Fruncí el ceño. Marco iba a mi lado.

—Esto no me gusta —murmuró.

No llegué a responder, porque en cuanto crucé la puerta… Me rodearon.

—¡Nico! ¿Es cierto lo de la modelo italiana?

—¿Qué pasó exactamente aquella noche tras la victoria?

—¿Fue una fiesta privada organizada por el club?

Una larga sucesión de flashes que me deslumbraban siguió a esas preguntas.

—¿De qué estáis hablando? —dije, tenso.

Un periodista levantó el móvil con la pantalla encendida donde pude leer el titular.

"Escándalo en el club: posible comportamiento inapropiado de la estrella tras la victoria."

Sentí un golpe seco en el estómago.

—Micaella Russo te acusa de haberla forzado a tener sexo contigo aquella noche.

—Eso es mentira —solté al instante.

Más flashes.

—¿Niega entonces su implicación en la fiesta privada con la modelo?

—No hubo ninguna fiesta privada —dije, más firme—. Estuvimos todo el equipo juntos celebrando la victoria. Eso es todo.

Las preguntas se volvieron más caóticas. Más rápidas. Más distorsionadas.

Y entonces la vi.

Paula estaba al final del pasillo del club. Parada. Quietísima. Mirando. Y en cuanto me vio rodeado… Su expresión cambió.

No entendía todo aún. Pero lo suficiente.

—¡Paula! —la llamé sin pensar.

Ella dio un paso adelante. Solo uno. Como si no pudiera procesarlo.

—Nico… —su voz salió baja, tensa.

—No es verdad —dije rápido—. No es lo que están diciendo.

Los periodistas seguían hablando, pero yo solo la miraba a ella.

—¿Qué está pasando? —preguntó.

Negué con la cabeza.

—Es una manipulación. No sé de dónde ha salido esto, pero es mentira.

Un agente del club se acercó. Serio. Demasiado serio.

—Tenemos que salir de aquí —dijo.

—Espera —dije, sin apartar la mirada de Paula.

Pero ya no había margen. Me rodearon, firmes. Control de daños lo llamaban. Protocolo. Todo demasiado frío para algo que me estaba explotando por dentro.

—Nico… —Paula dio otro paso.

Su voz se quebró un poco y eso fue lo peor.

—No les creas —dije más bajo, solo para ella—. No es verdad.

Ella negó lentamente.

—No entiendo nada…

Intenté acercarme, pero me lo impidieron. Y entonces vi su cara. Sus ojos brillando. No era rabia. Era miedo. Por mí. Por lo que estaba viendo.

Y eso me destrozó más que todo lo demás.

—¡Esto es una mierda! —estallé de golpe—. ¡Es mentira! ¡Yo no he hecho nada!

Las cámaras seguían. Los flashes seguían. Todo seguía. Pero yo solo la veía a ella.

Paula tenía la respiración rota.

—Nico…

—Te lo juro —dije más fuerte—. Te lo juro, Paula. No es verdad.

Un agente me sujetó el brazo.

—Tenemos que irnos.

—¡Espera! —intenté soltarme—. ¡Paula!

Esto no era una confusión, era una campaña. Alguien estaba construyendo algo. Y yo estaba dentro.

Si aquella mujer, la de la noche de la victoria, que resultó ser una modelo a la que no reconocí porque mi mente estaba en Paula, había lanzado una falsa acusación sobre mí, la cosa estaba muy pero que muy jodida.

—No —murmuré—. No…

Miré a Marco.

—Llama al abogado —dije rápido—. Ahora.

Marco ya estaba con el móvil en la mano.

—Ya está —respondió serio—. No te preocupes.

Volví a mirar a Paula. Ella estaba llorando. Y eso me rompió. Literalmente.

—Paula, mírame —dije, intentando acercarme otra vez—. Por favor.

Pero me separaron. Y mientras me llevaban hacia el coche ella se quedó atrás. Pequeña t quietísima, mirándome como si el mundo se hubiera descolocado en segundos.

—¡No he hecho nada! —grité otra vez, perdiendo el control—. ¡No he hecho nada de lo que están diciendo!

Pero las puertas del coche se cerraron. Y el ruido del exterior se apagó. De golpe.

Oscuridad. Silencio. Y su cara… Su cara aún delante de mí.

Dentro del coche, el aire era pesado. Marco iba delante. Yo atrás. Respirando fuerte. Intentando entender.

—Esto es una trampa —murmuré.

Marco asintió sin girarse.

—Lo es.

—Alguien lo ha montado.

—Lo vamos a demostrar.

Pero yo no escuchaba del todo. Porque solo podía pensar en ella. En cómo me había mirado. En cómo había llorado. En cómo no había sabido qué creer.

—No puedo perderla —dije en voz baja.

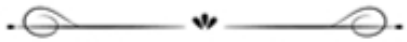
Marco me miró por el retrovisor.

—No la has perdido.

Pero yo no estaba seguro de eso. Porque lo que había visto en su cara… No era solo duda. Era miedo. Y el miedo… Cambia las cosas.

Siempre.

Capítulo 27



Nico

Dos días. Solo dos. Y, aun así, parecían una vida entera.

El despacho del abogado era frío, demasiado ordenado para el caos en el que yo estaba metido por dentro. Papeles sobre la mesa, portátil abierto, gráficos, declaraciones, informes.

Todo muy limpio. Todo muy racional. Nada de lo que estaba sintiendo.

—La situación está avanzando —dijo el abogado mientras revisaba unos documentos—. La versión de la modelo no se sostiene con las pruebas disponibles. Hay contradicciones claras.

Apreté la mandíbula.

—Porque es mentira —dije.

Él asintió sin levantar la vista.

—Eso parece cada vez más evidente. No hay testigos de lo que ella afirma. No hay registros, ni mensajes previos, ni coherencia en su relato. Y el club está colaborando al cien por cien.

Me pasé la mano por la cara. El cuerpo me pesaba. No era cansancio físico. Era otra cosa. Más sucia. Más mental.

—¿Cuánto tiempo? —pregunté.

El abogado me miró por fin.

—No debería alargarse mucho más. Pero en estos casos… el ruido mediático no depende de la justicia.

Eso fue lo peor. El ruido. Porque el ruido ya estaba hecho. Y no se podía deshacer. Tragué saliva.

—Paula —dije de repente.

El abogado arqueó una ceja.

—¿La periodista?

Asentí.

—¿Cómo está?

—Está intentando contener la situación desde el entorno del club. Está hablando con prensa, aclarando versiones, defendiendo tu imagen dentro de lo que puede.

Eso me tensó el pecho.

—¿Está bien?

Dudó un segundo.

—Está afectada. Pero está siendo muy profesional. Está… defendiendo tu versión públicamente como alguien que te conoce bien.

“Alguien que te conoce bien”. Esa frase se me clavó. Porque no sabía exactamente qué significaba ahora.

No después de lo que había pasado. No después de verla llorar. No después de su mirada. Me apoyé hacia atrás en la silla. Cerré los ojos un instante.

—No quiero que se queme por esto —murmuré.

El abogado me observó.

—Ella ha decidido implicarse.

—Ya.

Silencio.

—Es una situación delicada —añadió—. Pero si esto se resuelve como parece que se va a resolver, su apoyo público habrá sido importante.

Asentí, pero no estaba escuchando del todo. Porque mi cabeza estaba en otro sitio. En ella. Siempre ella.

Marco llegó al día siguiente sin avisar. Como siempre. Entró en casa como si fuera suya y dejó las llaves sobre la mesa.

—Estás peor de lo que esperaba —dijo sin rodeos.

—Gracias.

—No es un cumplido.

Me miró. Yo estaba sentado en el sofá, sin televisión, sin música, sin nada. Solo yo. Y mis pensamientos.

—El abogado dice que va bien —le dije.

Marco asintió.

—Va a ir bien.

—No lo sé.

—Sí lo sabes.

Se sentó frente a mí.

—La prensa está empezando a girar —dijo—. Hay filtraciones que desmontan la versión de ella.

—Bien.

—El club está limpiando todo.

Asentí. Pero no me calmaba.

—¿Y Paula? —pregunté.

Marco me miró de forma distinta. Más seria.

—Está aguantando demasiado bien para lo que está pasando.

—Eso no es una respuesta.

—Es la única que tengo.

Me pasé la mano por la cara.

—La vi llorar —dije en voz baja.

Marco no respondió.

—No debería haberla visto así —añadí.

—Pero la viste.

Asentí. Porque era verdad.

—Está metida en esto por mí —dije.

—No. Está porque ha querido.

—No debería.

Marco suspiró.

—Nico…

Pero no terminé de escucharlo. Porque lo que más me dolía no era el escándalo. Era lo que había pasado entre nosotros justo antes. Antes de todo

esto. Antes de la explosión. Porque ahora…

No tenía margen. No tenía espacio. Y aun así… Ella seguía ahí. En todo.

Mi padre vino por la tarde. No avisó tampoco. Solo apareció. Como si supiera que ese era el momento. Entró en casa, me miró durante dos segundos y soltó aire.

—Tienes cara de haber perdido un Mundial —dijo.

No respondí. Se sentó frente a mí sin pedir permiso. Mi padre siempre había sido así. Directo. Sin rodeos.

—He leído lo que está pasando —dijo.

Asentí.

—Es mentira.

—Lo sé.

Eso me hizo levantar la mirada.

—¿Cómo?

—Porque te conozco —respondió sin dudar, y se inclinó hacia adelante—. Y porque esto huele a montaje desde el principio.

Respiré hondo.

—Está casi resuelto —dije.

—Bien.

Pero él no estaba aquí por eso. Lo sabía.

—¿Qué pasa con Paula? —preguntó.

Me tensé. Silencio. Demasiado largo. Mi padre no apartó la mirada.

—Habla —dijo.

Y lo hice.

—No es solo… el escándalo —empecé.

Tragué saliva.

—Hay algo con ella.

Silencio. Más pesado.

—Algo que no he sabido manejar.

Mi padre no me interrumpió. Por primera vez.

—Empezó antes de todo esto —continué—. Y ahora… todo ha explotado al mismo tiempo.

Me pasé la mano por la cara.

—No puedo pensar con claridad cuando ella está cerca. Y cuando no está… es peor.

Silencio.

—La he arrastrado a esto sin querer —dije—. Y no sé cómo arreglarlo.

Mi padre me observó unos segundos. Luego soltó una pequeña risa incrédula.

—Ya era hora —dijo.

Le miré sin entender.

—¿Perdón?

—De que lo digas en voz alta.

Se inclinó más.

—Escúchame bien —añadió—. Si pierdes a esa mujer por miedo, te vas a arrepentir toda tu vida.

Tragué saliva.

—No quiero hacerle daño.

—Entonces no lo hagas huyendo.

Eso se me clavó. Mi padre suspiró.

—¿Ella sabe lo que sientes?

No respondí de inmediato.

—Creo que sí.

—¿Y tú?

—Yo… —me quedé callado un segundo— yo ya no sé qué es lo que no siento.

Mi padre asintió lentamente.

—Entonces deja de complicarlo.

—No es tan fácil.

—Nunca lo es.

Me miró fijamente y vi algo que no había visto antes.

—Pero si sales de esta —dijo—, no la dejes escapar.

Asentí.

—No lo haré.

Mi padre se levantó.

—Bien.

Se dirigió a la puerta. Pero antes de salir, se giró.

—Y vas a salir de esta.

Lo dijo como si fuera un hecho, no una duda ni una esperanza. Una certeza. Y luego se fue. Y me quedé solo. Otra vez. Pero esta vez… Con algo distinto dentro del pecho. Ni alivio. Ni calma. Algo más peligroso. Decisión.

La casa seguía demasiado silenciosa cuando escuché la llave en la puerta. No era Marco. Y no era mi padre. Lo supe antes de verlo.

—No me digas que te has encerrado aquí como un monje en crisis existencial —dijo Izan entrando con una bolsa de comida en la mano.

Le miré desde el sofá.

—Hola a ti también.

—Te he traído comida, así que soy básicamente tu salvación.

—Qué generoso.

Se dejó caer a mi lado sin ceremonia, como siempre había hecho desde que éramos críos.

Izan era así. Caos controlado. Energía constante. Y ahora, periodista deportivo también, lo cual hacía que todo fuera todavía más absurdo.

—Estás fatal —me soltó sin miramientos.

—Gracias otra vez.

—No es un cumplido, Nico.

Le miré de reojo.

—Me suena.

Abrió la bolsa y empezó a sacar cosas.

—Te estás perdiendo lo mejor del drama —añadió.

Fruncí el ceño.

—No quiero saber nada del drama.

—Mentira.

Suspiré.

—Vale, dilo.

Izan sonrió como si hubiera esperado eso.

—Paula está siendo una leona.

Me incorporé un poco.

—¿Qué?

—Tu periodista está en modo "no toques a mi problema porque te arruino la vida".

Le miré fijamente.

—Explícate.

—Está defendiendo tu nombre en medios italianos y españoles como si fuera una cruzada personal. Ha dejado claro en varias entrevistas indirectas que la versión de la modelo es incoherente, que no hay pruebas, y que si alguien está intentando mancharte la imagen… lo va a pagar.

Me quedé quieto. No dije nada al principio. Porque me lo imaginé. Y verla así…

—No tiene por qué hacer eso —murmuré.

Izan se encogió de hombros.

—Pues lo está haciendo.

Silencio.

—Y te diré otra cosa —añadió—. Esa modelo está empezando a sudar.

Lo miré.

—¿Por qué?

Izan sonrió.

—Porque Paula no le está dejando abrir la boca sin desmontarle medio argumento en directo.

Me salió una risa corta. Increíble.

—Esa mujer no sabe con quién se ha topado —dije.

—No —respondió Izan—. Y está a punto de descubrirlo.

Silencio. Y por primera vez en días… Sentí algo parecido a orgullo. Pero mezclado con otra cosa. Más profunda. Más incómoda. Porque Paula no tenía por qué estar haciendo eso. No por mí. No por nada. Y aun así… Lo estaba haciendo.

Izan me miró de reojo.

—Por cierto…

—No empieces.

—Voy a empezar.

Suspiré.

—Claro.

Se apoyó hacia atrás.

—Cuando esto acabe —dijo—, más te vale dejar de hacer el idiota.

Le miré.

—¿Qué?

—Sí.

Señaló con el tenedor.

—Te estás comportando como alguien que se está enamorando y no quiere admitirlo.

Me reí.

—Qué sorpresa.

—No te rías.

—No lo estoy negando.

—Pues dilo.

Le miré.

—Ya lo he dicho.

Izan asintió satisfecho.

—Bien. Porque si no le pides a Paula que se case contigo después de todo esto…

Le miré alarmado.

—¿Qué?

—Te quito del testamento.

Me reí de verdad. Por primera vez en días.

—Eres imbécil.

—Y tú estás enamorado.

Silencio. Y esta vez no lo negué. Porque no tenía sentido.

Izan me miró más serio un segundo.

—Escúchame —dijo bajando un poco el tono—. Esa mujer ha estado ahí cuando todo se ha ido a la mierda. Eso no lo hace cualquiera.

Asentí. Lo sabía.

—No la pierdas por ser gilipollas —añadió.

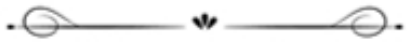
Le miré.

—No voy a perderla.

—Más te vale.

Silencio. Y por primera vez desde que empezó todo esto… Sentí algo parecido a dirección. Y con eso bastaba por ahora.

Capítulo 28



Paula

Había pasado una semana.

Siete días exactos desde que todo se desmoronó delante de mí… y luego empezó a recomponerse de la forma más extraña posible.

Ahora, visto con perspectiva, casi parecía irreal. Como si hubiera sido una pesadilla larga. Pero no lo fue. Porque todavía recordaba la cara de Nico cuando se lo llevaron. Y todavía recordaba cómo me temblaban las manos cuando supe que era mentira.

La verdad había terminado saliendo a la luz como siempre pasa con las mentiras grandes: a golpes.

La modelo había acabado confesando. No por arrepentimiento. No por conciencia. Sino porque se le cayó el castillo encima. Primero fueron las inconsistencias. Luego las pruebas. Luego las otras personas que empezaron a hablar. Y después… su historial.

Un historial bastante más largo de lo que nadie imaginaba.

Descubrimos que no era la primera vez que hacía algo así. Ni la segunda. Ni la tercera.

Había intentado destruir la reputación de otros deportistas antes: dos jugadores de la Serie A y un presentador deportivo italiano al que había acusado

falsamente de acoso cuando él había rechazado invertir en uno de sus "proyectos de imagen".

También salieron contratos dudosos con marcas pequeñas a las que chantajeaba indirectamente: si no la hacían embajadora, amenazaba con "filtraciones privadas" que nunca existieron.

Incluso había manipulado pruebas en otra relación mediática anterior, donde había fingido conversaciones y encuentros para ganar relevancia en prensa.

Un patrón. Siempre el mismo. Construir, acercarse, fallar en conseguir lo que quería… y destruir. Esta vez, había intentado usar a Nico como trampolín. Y no solo eso.

Había descubierto que yo era responsable de prensa del club. Y que había algo entre nosotros. No sé exactamente qué palabra usaría ella para eso. Pero la suya fue "oportunidad". Una oportunidad para atacar donde más dolía.

Pero no contaba con que yo no me iba a quedar quieta. Encontré todo lo que pude. Todo. Y cuando digo todo, es todo. No porque quisiera venganza. Sino porque necesitaba que la verdad quedara clara. Porque Nico no merecía ni una sombra de aquello. El club movió todo rápido. Demasiado rápido.

La historia se desmontó públicamente. Y esta vez… no había dudas. Esta vez, la gente vio lo que era. Un intento de manipulación mediática. Una estrategia fallida de destrucción de reputación. Y Nico quedó limpio. Pero el daño… ese ya estaba hecho.

Porque, aunque la verdad saliera, el ruido siempre deja eco. Y yo seguía sintiéndolo. En el pecho. En la cabeza. En el estómago. Estaba en casa cuando sonó el timbre. Y supe quién era antes de abrir.

Mis padres estaban en el salón. Habían venido a verme esa tarde. Como si lo supieran. Como si todos supiéramos que algo importante estaba a punto de pasar.

—Estás más callada de lo normal —dijo mi madre mientras servía café.

—Estoy cansada —mentí.

Mi padre me miró por encima de la taza.

—Eso no es todo.

No respondí. Porque no sabía cómo empezar. Porque lo que sentía por Nico no era una cosa fácil de explicar. Nunca lo había sido. Siempre había sido un nudo. Desde hacía años. Muchos más de los que quería admitir en voz alta.

—Sé lo de Nico —dijo mi madre de repente.

La miré.

—¿Qué sabes?

—Todo lo que ha pasado esta semana.

Mi padre asintió.

—Y lo que has hecho tú.

Silencio.

Tragué saliva.

—No era mi obligación…

—Pero lo hiciste igual —me interrumpió él.

No había reproche. Solo observación.

Me apoyé en el sofá. Y por primera vez… lo dije.

—Lo conozco desde hace años —empecé—. Y siempre ha sido… complicado.

Mi madre me miraba sin apartar la vista.

—No es solo trabajo —añadí.

Me costaba respirar un poco más de lo normal.

—No lo ha sido nunca.

Mi padre suspiró.

—Ya lo sabíamos.

Le miré.

—¿Cómo?

—Paula… —mi madre sonrió un poco— llevas años mirándole como si el mundo desapareciera cuando él entra en una habitación.

Me tensé.

—Eso no es cierto.

—Sí lo es —dijo mi padre con calma.

—Pero como no pasaba nada entre vosotros —continuó él— pensamos que era algo… unilateral. O que nunca iba a ir a más.

Tragué saliva. Porque ahí estaba el problema. No había ido a más. No… hasta ahora.

—Ahora es distinto —dije en voz baja.

Mi madre asintió.

—Se nota.

Silencio.

—¿Y tú qué sientes exactamente? —preguntó ella.

Me quedé callada unos segundos.

Demasiados.

Porque la respuesta era demasiado grande para una frase corta.

—Que cuando está bien… todo encaja —dije finalmente—. Y cuando no… no sé cómo estar bien yo.

Mi padre asintió despacio.

—Eso no suena a algo pequeño.

Negué con la cabeza.

—No lo es.

Silencio. Y entonces el timbre volvió a sonar.

Me levanté sin pensar. Fui a abrir. Y cuando vi a Nico… se me olvidó todo lo demás.

Tenía la cara cansada. Pero limpia. Como si por fin pudiera respirar sin peso encima. Y en cuanto me vio no dijo nada.

Solo dio un paso y me abrazó. Fuerte. De esos abrazos que no pedían permiso al cuerpo. Que simplemente ocurrían.

—Gracias —murmuró contra mi pelo.

—Nico…

Se separó solo un poco. Lo suficiente para mirarme.

—Gracias por no dudar de mí —dijo—. Por hablar. Por defenderme. Por no dejar que esa historia me definiera.

Tragué saliva.

—Era lo justo.

Negó.

—No. No lo era. Pero lo hiciste igual.

Y entonces me besó. Delante de mis padres. Sin pensar demasiado. Sin medir. Solo él. Solo nosotros.

Cuando se separó, mi madre estaba sonriendo como si hubiera visto algo inevitable. Mi padre tenía una ceja levantada, pero no parecía sorprendido.

—Vaya entrada —murmuré.

Nico sonrió un poco.

—Tenía ganas de verte.

Nos miramos. Y el mundo volvió a colocarse un poco.

—Te quiero —dijo él de repente.

Así. Sin aviso. Sin preparación. Sentí que algo se me desordenaba por dentro.

—Yo también —respondí, más bajo.

Nico miró alrededor un segundo. Y luego soltó una risa leve.

—Estaría encantado de que fueras mi esposa.

Mi madre soltó una risa. Mi padre también. Yo lo miré con incredulidad.

—¿Esa es tu petición?

—Sí —dijo él sin vergüenza.

—Es la cosa menos romántica que he escuchado en mi vida.

—Puedo mejorarla.

—Por favor.

Nico me miró fijamente, y entonces, sin decir nada más… se arrodilló.

Mi corazón se detuvo un segundo. Sacó una pequeña caja del bolsillo, la abrió y el mundo entero desapareció.

—Paula —dijo—. No sé hacerlo perfecto. Pero sé que eres tú. Siempre has sido tú, incluso cuando no sabía lo que eso significaba. Y no quiero seguir imaginando una vida donde no estés.

Respiró hondo.

—¿Te quieres casar conmigo?

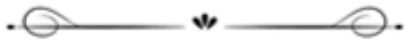
Silencio. Mi madre tenía la mano en la boca. Mi padre miraba en silencio, pero con una expresión distinta, más suave.

Yo… yo solo lo miraba a él. Y lo supe. Sin dudas. Sin miedo. Sin ruido.

—Sí —dije.

Nico sonrió como si acabara de ganar algo imposible. Se levantó rápido y me besó otra vez. Esta vez… sin el mundo alrededor. Solo nosotros. Y esta vez… sin miedo.

Capítulo 29



Nico

Nunca pensé que el día de mi boda me temblarían las manos.

Había jugado finales con ochenta mil personas gritando mi nombre, había soportado la presión de todo un país esperando un gol… pero aquello era distinto. Mucho peor. Mucho más importante.

Porque esta vez no había segunda oportunidad. Esta vez no se trataba de un partido. Se trataba de ella. De Paula.

Apoyé las manos sobre el lavabo del baño de la casa de mis padres en Córdoba y me miré en el espejo. Traje impecable. Camisa blanca. Corbata perfectamente ajustada. Todo en su sitio. Menos yo.

Solté una risa baja, incrédula.

—*Mírate…* —murmuré—. *Treinta y siete años y estás acojonado*.

La puerta se abrió sin llamar.

—Izan, si no es importante, sal —dije sin girarme.

—Es importante —respondió, entrando con esa sonrisa suya que siempre parecía esconder algo—. Estás a punto de casarte. Es oficialmente el mejor día para meterte presión.

Giré la cabeza hacia él.

—Fuera.

—Ni de coña —se apoyó en la pared, cruzándose de brazos—. Tengo órdenes de mamá de vigilar que no te escapes por la ventana.

—¿Tú me ves cara de huir?

—Ahora mismo… sí.

Bufé, pero no pude evitar sonreír.

Izan se acercó un poco más, observándome con una mezcla de diversión y algo más… algo serio.

—Oye —dijo al final—. Estás bien, ¿no?

No respondí inmediatamente. Porque la verdad era que sí… y no.

—Estoy… —pasé una mano por la barba—. Estoy donde siempre quise estar.

Izan arqueó una ceja.

—Eso no suena mal.

Negué despacio.

—No lo es. Es solo que… —solté aire—. Es demasiado importante para no tener miedo.

Él asintió, sorprendentemente serio.

—Eso significa que no la vas a cagar.

Lo miré.

—Gracias por tu motivación.

—De nada. Para eso soy periodista deportivo, análisis de alto nivel.

Le di un empujón leve.

—Idiota.

Sonrió más amplio.

—Oye… —añadió—. Paula está espectacular.

Eso hizo que algo en mi pecho se tensara de golpe.

—¿La has visto?

—Un segundo. Tu futura suegra casi me arranca los ojos.

Resoplé.

—Normal.

—Pero te lo digo en serio —continuó—. No estás preparado.

Tragué saliva.

Genial.

Justo lo que necesitaba oír.

Izan me dio una palmada en el hombro.

—Va a ser perfecto.

No respondí.

Porque sabía que no sería perfecto.

Sería mejor.

Cuatro meses. Cuatro meses desde que le pedí matrimonio. Cuatro meses desde que me miró con esos ojos verde oliva llenos de miedo… y de amor… y

dijo que sí.

Habían sido los mejores meses de mi vida. Y también los más intensos.

Italia, Córdoba, viajes constantes, discusiones por tonterías, reconciliaciones que acababan enredados entre sábanas… risas, miradas cómplices, silencios que ya no eran incómodos sino hogar.

Habíamos aprendido a estar juntos de verdad. A no escondernos. A no huir. Paula había dejado de contenerse. Y yo… yo había dejado de callar.

Seis años. Seis malditos años tragándome lo que sentía. Seis años fingiendo que solo era la hija de unos amigos. Que solo era esa niña que había visto crecer.

Mentira. Siempre había sido mentira. Porque el día que dejó de ser una niña… yo ya estaba perdido. Y lo sabía. Pero no podía permitírmelo. No debía.

Hasta que dejó de importar lo que debía y empezó a importar lo que sentía. Y entonces ya fue imposible parar.

Apreté los ojos un segundo. Recordando.

Recordándola mirándome aquella noche, confesándome algo que todavía me removía por dentro.

"Tenía dieciséis años cuando me di cuenta… de que eras el hombre al que iba a amar en secreto toda mi vida."

Dieciséis. Y yo veintisiete. Había sentido culpa. Rabia. Miedo. Pero también algo más fuerte que todo eso. Algo que llevaba años creciendo sin que ninguno de los dos supiera cómo enfrentarlo.

Y ahora… Ahora estaba a punto de casarme con ella.

Solté el aire lentamente.

—Nico.

La voz de mi madre desde la puerta me hizo girarme. Siempre elegante. Siempre observando más de lo que decía.

—¿Puedo pasar?

—Claro.

Izan levantó las manos.

—Yo me voy. No quiero lloros prematuros.

—Lárgate —le dije.

—Os quiero —añadió con una sonrisa antes de salir.

La puerta se cerró. El silencio que quedó fue distinto. Más profundo. Mi madre se acercó despacio. Me miró durante unos segundos sin decir nada. Y luego sonrió.

—Nunca te había visto así.

—¿Así cómo?

—Nervioso.

Solté una risa leve.

—No me acostumbro.

—Ni falta que hace.

Se colocó frente a mí y me arregló ligeramente la corbata, aunque estaba perfecta. Excusa. Siempre lo había hecho.

—Estás guapísimo —murmuró.

—Mamá…

—Déjame —me cortó suavemente—. Hoy me toca a mí.

Tragué saliva.

—Vas a casarte con la mujer que amas —continuó—. Con la mujer que llevas años mirando como si fuera lo único importante en el mundo.

La miré, sorprendido.

—¿Se notaba tanto?

Sonrió de lado.

—Solo para quien sabía mirar.

Silencio.

—¿Te da miedo? —preguntó.

La respuesta salió sola.

—Sí.

Asintió.

—Bien.

Fruncí el ceño.

—¿Bien?

—El amor sin miedo no es amor de verdad, Nico.

Bajé la mirada un instante.

—No quiero fallarle.

Mi madre me levantó la barbilla con suavidad.

—No lo harás.

—¿Y si sí?

Negó despacio.

—Entonces lucharás. Como siempre haces.

Se quedó en silencio un segundo.

—Pero no estás solo.

Eso me golpeó más de lo que esperaba.

—Nunca lo has estado —añadió—. Solo que ahora… has decidido dejar que alguien más entre de verdad.

Paula. Siempre Paula. Sentí algo apretarse en el pecho.

—Es ella —dije en voz baja.

Mi madre sonrió.

—Lo sé.

Encontré a mi padre en la terraza. De espaldas, mirando el jardín. El mismo jardín donde dentro de un rato… Negué con la cabeza.

—¿Estás ensayando discurso? —dije al acercarme.

Mi padre soltó una risa baja sin girarse.

—Ni de coña.

Me apoyé a su lado.

—Vas tarde —comentó.

—Aún hay tiempo.

—Siempre dices lo mismo antes de los partidos.

Sonreí de lado.

—Y casi siempre marco.

—Más te vale hoy.

Solté una risa breve. Luego el silencio volvió. Pero esta vez diferente. Más cargado.

—Papá…

Él giró la cabeza lentamente hacia mí.

—¿Sí?

Dudé. No era fácil decir ciertas cosas con él. Nunca lo había sido.

—Gracias.

Frunció el ceño ligeramente.

—¿Por?

—Por… todo.

Me sostuvo la mirada. Durante varios segundos. Y luego asintió.

—No la cagues.

Solté aire, medio riendo.

—Mensaje recibido.

Pero entonces su expresión cambió. Más seria. Más profunda.

—Es lo mejor que te ha pasado en la vida —dijo.

No era una pregunta.

—Lo sé.

—Cuídala.

—Lo haré.

—No —negó—. No como respuesta automática. Dímelo de verdad.

Lo miré fijamente.

—Voy a cuidarla siempre.

Algo en su mirada se suavizó. Apenas perceptible. Pero suficiente.

—Entonces todo irá bien.

Nos quedamos en silencio. Mirando el jardín. El lugar donde dentro de poco vería a Paula caminar hacia mí.

Vestida de blanco. Con esa forma suya de mirarme que me desarmaba por completo. Tragué saliva.

El corazón empezó a latirme más rápido.

—Nico.

—¿Sí?

—Estás jodido.

Solté una carcajada.

—Mucho.

—Bienvenido al club.

Sonreí, y por primera vez en toda la mañana dejé de sentir miedo. Porque era verdad.

Estaba jodido. Perdidamente. Irremediablemente. Y completamente enamorado de ella.

Y en unas horas iba a ser mi mujer. Y no había nada en el mundo que quisiera más que eso.

El jardín de casa de mis padres no se parecía en nada a lo que había sido toda la vida. O quizá sí. Solo que nunca lo había mirado así.

Las sillas blancas perfectamente alineadas, el pasillo central cubierto de pétalos, las flores trepando por las estructuras de madera, la luz de Córdoba cayendo suave… todo tenía algo casi irreal.

Demasiado bonito. Demasiado perfecto. Y, aun así, yo solo podía pensar en una cosa. En cuándo aparecería ella.

Me ajusté el traje por enésima vez. Inútil. Seguía sintiéndome fuera de sitio dentro de mi propio cuerpo.

—Como sigas así, vas a romper la chaqueta antes de que empiece —murmuró Marco a mi lado.

Le lancé una mirada.

—Cállate.

Él sonrió, encantado.

—Mírate. El gran Nico Roldán… nervioso.

—Te juro que como sigas hablando—

—¿Qué? ¿Me vas a pegar en tu boda?

—No me tientes.

Matteo, al otro lado, soltó una risa.

—Esto es mejor que cualquier partido.

—Deberíamos haber vendido entradas —añadió.

Diego negó con la cabeza, pero tenía media sonrisa.

—Dejadle en paz.

Le miré.

—Gracias.

—Se va a casar —continuó—. Tiene derecho a estar hecho polvo.

—Gracias por mejorar la situación —gruñí.

Marco se inclinó ligeramente hacia mí.

—Oye —dijo en voz más baja—. En serio… respira.

No respondí. Porque no podía. Porque justo en ese momento la música cambió. Y todo el mundo se puso en pie. El mundo se detuvo. Literalmente. Mi corazón dejó de latir durante un segundo. Y entonces la vi.

Paula estaba al otro lado del pasillo. Del brazo de su padre. Vestida de blanco. Perfecta.

No. Eso se quedaba corto. No había palabra suficiente.

El vestido se ajustaba a su cuerpo como si hubiera sido creado solo para ella. La tela caía suave, elegante, marcando cada curva con una delicadeza que me dejó sin aire. El cabello suelto, ligeramente ondulado, brillando bajo la luz. Y esos ojos…

Esos malditos ojos verde oliva clavados en mí. Todo desapareció. La gente. El ruido. El tiempo. Solo quedaba ella caminando hacia mí. Y yo intentando recordar cómo se respiraba.

—Te dije que no estabas preparado —susurró Izan desde algún punto detrás.

No contesté. No podía. Porque cada paso que daba hacia mí… me rompía un poco más por dentro. De emoción. De amor. De todo. Hasta que estuvo frente a mí. Y entonces Adrián la sostuvo un segundo más.

Después, me miró.

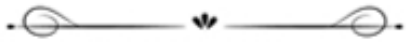
—Espero que la cuides… como siempre has hecho.

No dudé. No había duda posible.

—La voy a cuidar toda la vida.

Nos sostuvimos la mirada. Y entonces asintió. Y me la entregó.

Capítulo 30



Nico

Paula soltó el brazo de su padre y su mano encontró la mía. Caliente. Temblando. Igual que yo.

—Hola —susurró.

Tragué saliva.

—Estás… —negué, incapaz de terminar la frase—. Joder, Paula…

Ella sonrió, con los ojos ya brillantes.

—No llores tú primero.

Solté una pequeña risa rota.

—No prometo nada.

Nos colocamos frente a frente. Y entonces su voz resonó. La del único hombre capaz de casarnos así.

—Bueno… —dijo el padre Pablo, primo de la madre de Paula, con esa calma suya—. Esto tenía que pasar tarde o temprano.

Escuché algunas risas suaves. Pero yo no aparté la mirada de ella. Ni un segundo.

—He visto muchas historias… —continuó—. Algunas nacen rápido. Otras… se construyen en silencio durante años.

Tragué saliva.

—Esta —añadió— es de las que se han negado a desaparecer, incluso cuando debía.

Paula apretó ligeramente mi mano.

—Y eso… —sonrió levemente— suele ser lo importante.

El viento movió suavemente los pétalos. El mundo volvió a existir… pero no importaba. Porque ella seguía ahí.

—Hoy no solo celebramos un amor —continuó—. Celebramos el valor de sentirlo cuando daba miedo hacerlo.

Me tensé levemente. Seis años. Seis años de silencio. De miradas que decían demasiado. De palabras que nunca salían.

—Así que —concluyó—. Vamos a lo importante.

Respiré hondo.

—¿Queréis deciros algo?

Miré a Paula. Ella asintió apenas. Y entonces… Hablé.

—No sé por dónde empezar —dije, con la voz más grave de lo normal—. Porque contigo… nada ha sido fácil.

Una pequeña sonrisa apareció en sus labios.

—Pero tampoco ha habido nada más real.

Tragué saliva.

—He pasado años intentando convencerme de que no debía mirarte así… de que no podía sentir esto.

Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Y aun así… —continué—. Siempre volvía a ti.

Mi mano subió hasta su rostro. Le aparté una lágrima con el pulgar.

—Eres lo mejor que me ha pasado en la vida.

Su respiración tembló.

—Y te prometo… —mi voz bajó— que a partir de hoy… solo quiero ver lágrimas de felicidad en tus ojos.

Ella soltó una risa entrecortada.

—Te quiero —susurré.

Silencio. Luego ella respiró hondo. Y habló.

—Eres un desastre —empezó, haciendo que algunos rieran suavemente.

Yo sonreí.

—Y el peor secreto que he guardado en mi vida.

Tragué saliva.

—Tenía dieciséis años… —su voz tembló— cuando supe que eras el hombre al que iba a amar en silencio.

El pecho se me apretó.

—Y lo intenté ignorar. De verdad.

Negó con una pequeña risa.

—Pero nunca pude.

Sus dedos apretaron los míos.

—Porque siempre fuiste tú. Y ahora… —añadió, con los ojos brillando— puedo decirlo sin miedo.

Se inclinó apenas hacia mí.

—De todos… este es el error más perfecto que he cometido.

Sonreí. No pude evitarlo.

—Y volvería a cometerlo mil veces.

El padre Pablo asintió, satisfecho.

—Entonces…

Hizo una pausa, y contuve el aliento.

—Os declaro marido y mujer.

No esperé. No quise. La besé. Y en ese beso se rompió todo lo que quedaba por romper.

El miedo. La duda. El pasado. Todo. Porque por primera vez podía besar a la mujer que amaba, sin esconderme. Sin miedo. Sin importar nada más.

Y joder… Nunca había sentido algo así.

No recordaba haber sonreído tanto en toda mi vida.

Ni en un gol en el último minuto. Ni levantando un título. Ni siquiera el día que firmé mi primer contrato profesional. Nada se acercaba a aquello.

A estar de pie en medio del jardín, con la mano de Paula entrelazada con la mía, mientras todo el mundo aplaudía, gritaba, reía… y yo solo podía mirarla a ella como si el resto del mundo fuera ruido de fondo.

Mi mujer. La palabra me golpeó por dentro. Fuerte. Real. Definitiva. Mi mujer.

—No me mires así —susurró Paula, aunque sonreía.

—No puedo evitarlo.

—La gente está mirando.

—Me da igual.

Arqueó una ceja.

—Ah, ¿sí?

—Sí.

Me acerqué un poco más.

—Ahora ya puedo hacerlo sin esconderme.

Sus ojos brillaron de una forma que me desarmó.

—Idiota —murmuró, emocionada.

La besé otra vez. Porque podía. Porque quería. Porque era ella.

La celebración empezó como empiezan todas las cosas importantes: con ruido, risas y alguien sirviendo copas antes de tiempo.

—¡A ver si el novio se suelta! —gritó Matteo desde alguna mesa.

—¡Que alguien le quite la corbata! —añadió Marco.

—Ni de coña —respondí—. Hoy mando yo.

—Eso dices ahora —murmuró Diego, levantando su copa.

Le señalé.

—Tú me traicionas menos.

—Yo solo observo.

Paula rio a mi lado, apoyándose ligeramente en mí.

Y ese gesto… Ese gesto pequeño y natural, me jodió más que todo lo anterior. Porque significaba hogar.

—¿Estás bien? —me preguntó.

La miré.

—Estoy mejor que bien.

—Estás raro.

—Estoy casado contigo.

—Eso explica muchas cosas.

Solté una risa.

—Ven aquí.

La atraje por la cintura y la besé de nuevo, más lento esta vez.

Más consciente.

—Te quiero —murmuró contra mis labios.

—Más te vale.

—Idiota.

—Nico.

Me giré.

Lucía con Alba subida a la cadera, moviéndose como si el mundo fuera suyo.

—Enhorabuena —dijo, sonriendo con esa mezcla suya de descaro y emoción real.

—Gracias.

Alba me miró con curiosidad.

—¿Ya eres su marido?

Sonreí.

—Sí.

—Vale —asintió—. Entonces te puedes quedar.

Solté una carcajada.

—Menos mal.

—Pero tienes que compartirla.

—Eso ya lo tenía asumido.

Lucía volteó los ojos.

—No le hagas mucho caso.

—Oye —intervino Alba—. Marco me ha dicho que me va a enseñar Italia.

Miré a mi mejor amigo, que estaba a unos metros, claramente escuchando. Sonriendo en un gesto demasiado peligroso.

—Marco dice muchas cosas —respondí despacio.

Lucía suspiró.

—Demasiadas.

Paula apareció a mi lado, mirando la escena con una sonrisa ladeada.

—Te lo dije —murmuró—. Hay algo ahí.

—¿Entre ellos? —pregunté.

—Entre Lucía y Marco.

Miré otra vez. Lucía estaba discutiendo con él. Alba riendo entre los dos. Demasiada cercanía. Demasiada confianza. Sonreí de lado.

—Dales tiempo.

—¿Cuánto?

—Antes de que te des cuenta… estamos otra vez de boda.

Paula soltó una risa.

—No digas eso muy alto.

—Voy a ir encargando traje.

—Idiota.

El momento de la liga fue… un caos.

Como todo lo que implicaba a las mujeres de ambas familias.

—¡Quieta! —dijo Claudia mientras intentaba organizar algo que claramente no tenía solución.

—Esto es ridículo —murmuró Elena, aunque estaba sonriendo.

—¡Yo quiero verla! —gritó Alba desde algún punto.

Lucía, por supuesto, estaba en el centro del desastre.

—A ver, a ver… que esto se hace bien —dijo, levantando la liga como si fuera un trofeo.

—No confío en ti —respondió Paula, riéndose.

—Normal —añadí yo desde lejos.

—¡Tú cállate! —me señalaron varias a la vez.

Levanté las manos.

—Yo no he dicho nada.

Izan apareció a mi lado.

—Esto es mejor que cualquier despedida de soltero.

—Cien por cien.

—¿Apuestas a quién se la lleva?

—Marco.

—Obvio.

Y, efectivamente… La liga voló.

Y terminó… En las manos de Marco.

Que sonrió como si el universo acabara de confirmarle algo.

Lucía lo miró. Él la miró. Y yo… Yo solo pude negar con la cabeza.

—Ya está —murmuré—. Están perdidos.

—Confirmado —dijo Izan.

—Hermano.

Samuel se apoyó a mi lado, con una copa en la mano.

—No te reconocía antes.

—¿Por?

—Estabas nervioso.

—Cállate.

Sonrió.

—Está feliz.

Asentí.

—Mucho.

Izan se unió a nosotros.

—Brindemos por eso.

Levantamos las copas.

—Por Paula —dijo Samuel.

—Por Nico —añadió Izan.

Negué.

—Por nosotros.

Chocamos, bebimos, y por un segundo todo estuvo en calma. Perfecto.

—Es vuestra canción.

Miré a Paula.

—¿Lista?

—Contigo… siempre.

La llevé al centro, y entonces empezó a sonar *"Por fin"*.

La voz de Pablo Alborán llenó el jardín y el mundo volvió a desaparecer.

La atraje suavemente hacia mí. Nuestras manos encajaron. Nuestros cuerpos también.

—Mírame —susurré.

Lo hizo. Y joder… No había nada más bonito.

Empezamos a movernos despacio. Sin prisas. Sin pensar. Solo sintiendo.

—*Porque en tus ojos me perdí…* —canté en voz baja, rozando su mejilla con los dedos.

Sus labios temblaron.

—Nico…

—*Porque en tu boca aprendí…* —seguí, sin apartar la mirada— *que se puede besar sin miedo…*

Una lágrima resbaló por su mejilla. La limpié con cuidado.

—Eh… —murmuré—. Te dije que solo quería lágrimas de felicidad.

Asintió, sonriendo.

—Lo son.

La acerqué más.

—*Por fin siento que soy alguien…* —susurré contra su frente.

Ella cerró los ojos. Y se dejó llevar.

Giramos lentamente. Rodeados de gente. De luces. De vida. Pero en nuestra burbuja. En nuestro mundo.

—Te quiero —dijo.

—Lo sé.

—No, no lo sabes.

La miré.

—Entonces dímelo otra vez.

—Te quiero.

Sonreí.

—Ahora sí.

La besé.

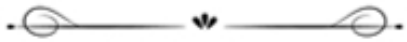
Justo cuando la canción llegaba al final. Justo cuando todo encajaba. Y en ese instante, mientras sus labios estaban sobre los míos, mientras su mano se aferraba a mi traje, mientras su respiración se mezclaba con la mía, pensé algo que llevaba demasiado tiempo esperando poder sentir sin miedo.

Sin culpa. Sin dudas. Que por fin… Por fin… Era inmensamente feliz.

Porque estaba con ella. Con la mujer de la que me enamoré cuando no debía, pero sin poder evitarlo.

Y a la que ahora, por fin, podía llamar esposa.

Capítulo 31



Paula

El jardín de los padres de Nico era un sueño de luz y sonido. Un torbellino de risas, copas que chocaban, música que se escapaba de los altavoces y gente que bailaba sin cuidarse de pisar los pétalos blancos que cubrían el césped. Yo estaba en el centro de todo, con un anillo nuevo en mi dedo, un vestido de seda que me pesaba menos que una pluma y la mano de mi marido entrelazada con la mía.

Mi marido. La palabra seguía resonando en mi cabeza como una melodía nueva y perfecta. Cada vez que alguien me la decía, «enhorabuena, señora Roldán», una descarga eléctrica recorría mi espina dorsal. Era real. No era un sueño del que despertaría sola en mi cama. Era nuestro.

Nico no me quitaba los ojos de encima. No importaba si su hermano Izan le contaba un chiste, si su padre le pedía que saludara a un tío lejano o si Matteo, su mejor amigo, le hacía un gesto obsceno desde la barra. Su mirada siempre volvía a mí. Y yo sentía lo mismo. Era como si nos hubiéramos conectado con un cable invisible, una fuerza que nos atraía y que no nos permitía estar más de un metro separados, como si el aire entre nosotros fuera veneno y solo el contacto con nuestra piel pudiera darnos oxígeno.

—¿Te apetece un poco de aire? —me susurró al oído, su voz grave y caliente haciéndome estremecer a pesar del calor de la noche de Córdoba.

Asentí, incapaz de formar palabras. El simple roce de su aliento en mi cuello era suficiente para que mi cuerpo reaccionara con una familiaridad que

avergonzaba y excitaba a partes iguales. Seis años deseando a este hombre, y ahora era mi esposo. El universo tenía un sentido del humor retorcido y maravilloso.

Me guio por el brazo, esquivando a tíos con corbatas flojas y a tías que me abrazaban llorando. Nos alejamos del bullicio, hacia la casa silenciosa. La puerta de cristal se cerró tras nosotros, amortiguando el ruido y devolviéndonos un poco de cordura.

—Me estaba ahogando ahí fuera —dijo él, aflojándose un poco el nudo de la corbata—. Necesitaba un segundo a solas con mi mujer.

Mi mujer. Volvió a golpearme. Sonreí, sintiendo el rubor subir por mis mejillas.

—¿Sola? —pregunté, sabiendo a dónde se dirigía la conversación.

Me miró con una sonrisa pícara, esa que siempre me desarmaba.

—Bueno… casi sola.

Me tomó de la mano y me llevó escaleras arriba. Los pasillos de la casa estaban en penumbra, solo la luz de la luna se filtraba por las ventanas, dibujando rectángulos pálidos en el suelo de madera. Me sentía como en una película, como si estuviera viviendo la vida de otra persona, una persona afortunada, una persona que lo tenía todo.

Se detuvo frente a una puerta al final del pasillo.

—¿Sabes dónde estamos? —preguntó.

Negué con la cabeza.

—Mi habitación —dijo, y su voz se volvió más baja, más íntima—. Donde pasé los veranos siendo un adolescente idiota soñando con ser futbolista. Donde me tiraba en la cama mirando el techo, pensando en que la hija de nuestros amigos se estaba haciendo mayor y era una idea peligrosísima.

Mi corazón latió con tanta fuerza que estaba segura de que él podía oírlo.

—¿De verdad?

—De verdad —confirmó, abriendo la puerta y empujándome suavemente hacia dentro—. He pasado años queriendo traerte aquí. Y no exactamente para enseñarte mis pósters de jugadores de fútbol.

La habitación era exactamente como me la había imaginado. Grande, con una cama de dos plazas con una cabecera de madera oscura, un armario empotrado y un escritorio desordenado con viejos trofeos. Olía a él. A su colonia, a su esencia, a hogar. Cerré los ojos un segundo, inhalando ese aroma como si fuera oxígeno puro.

Oí cómo cerraba la puerta con un chasquido suave. El cerrojo. Un sonido definitivo. Un sonido que lo cambió todo.

Me giré para mirarlo. La luz de la luna bañaba su figura, delineando sus hombros anchos bajo la chaqueta del traje. No sonreía. Me miraba con una intensidad que me robaba el aliento, una mezcla de deseo, amor y algo más, algo feroz y posesivo que me erizó la piel.

—Paula —dijo, y mi nombre en sus labios sonó como una oración, como una condena y como una promesa, todo a la vez.

No respondí. No pude. Él avanzó hacia mí, y con cada paso que daba, mi respiración se volvía más difícil. Se detuvo justo delante, tan cerca que podía sentir el calor de su cuerpo, tan cerca que sus piernas rozaban el vuelo de mi vestido.

—¿Sabes lo que he estado pensando toda la noche? —preguntó, su voz un murmullo bajo que vibraba en el aire denso de la habitación—. Desde que te vi caminar hacia mí por ese pasillo.

Tragué saliva, mi garganta seca como el papel.

—¿En qué?

—En esto —dijo, y su mano subió lentamente, con una lentitud tortuosa, hasta mi cuello. Sus dedos se deslizaron por la piel sensible, trazando la línea de mi clavícula, y me temblaron las rodillas—. En quitarte este vestido. En

tenerte aquí, en mi cama, en mi cuarto de siempre. En que por fin seas mía de verdad. Legalmente. Eternamente.

Su pulgar presionó suavemente mi pulso, sintiendo cómo mi sangre corría frenética bajo su piel.

—Nico… —susurré, y mi propia voz sonaba extraña, rota, llena de una necesidad que ya no podía ocultar.

—Sí —respondió, y su otra mano encontró la cintura de mi vestido, buscando el cierre—. Dime que lo quieres, Paula. Dime que has estado esperando esto tanto como yo.

No tuve que decirlo. Mi cuerpo lo hizo por mí. Me incliné hacia él, buscando sus labios, y él me encontró a mitad de camino. El beso no fue tierno. No fue el beso de una novia emocionada. Fue un beso hambriento, salvaje, un beso de seis años de deseo reprimido explotando de golpe. Sus labios se apoderaron de los míos con una urgencia que me dejó sin aliento, su lengua entró en mi boca, no para explorar, sino para conquistar, para marcar cada rincón como suyo.

Mis manos subieron por su pecho, desabrochando los botones de su camisa con una torpeza desesperada. Necesitaba sentir su piel, necesito tocarlo, saber que era real. Él me ayudó, arrancándose la chaqueta y la camisa de un tirón, dejando al descubierto su torso marcado, la piel bronceada por el sol, los músculos que se tensaban bajo mis dedos.

—Joder, Paula —gruñó contra mi boca, mientras sus manos encontraban el cierre de mi vestido y lo bajaban de un solo tirón—. Llevo toda la noche durísimo. Desde que te vi con ese vestido blanco, joder, sabía que no podría esperar.

La tela de mi vestido se deslizó por mi cuerpo y cayó a mis pies, formando un charco de seda en el suelo. Me quedé en mi encaje blanco, sintiéndome desnuda y expuesta bajo su mirada devoradora.

—Te he soñado así —dijo, su voz ronca—. Incontables veces. Pero la realidad… la realidad se me va de las manos.

Se arrodilló frente a mí. No fue un gesto de sumisión, sino de adoración. Me tomó por las caderas y me acercó a él, su boca encontrando el vientre plano, depositando besos húmedos y abiertos que me hicieron gemir. Su lengua trazó un camino descendente, hacia el borde de mis bragas de encaje.

—Nico, no… —empecé a decir, pero la palabra se convirtió en un gemido cuando sus dedos engancharon el delicado tejido y lo bajó lentamente, con una deliberación que me volvía loca. El aire de la habitación me golpeó la piel húmeda y sensible, y me temblaron las piernas. Me apoyé en sus hombros para no caerme, mis dedos clavándose en su piel firme.

—No digas que no —murmuró contra mi piel, sus labios a centímetros de donde más lo necesitaba—. No hay un "no" en esta habitación. No esta noche. No nunca más.

Y entonces su lengua me lamió. Una pasada larga, lenta, experta, que me hizo arquear con un grito ahogado. No hubo timidez, no hubo exploración. Fue un acto de posesión. Sabía exactamente dónde encontrar mi clítoris, cómo presionarlo, cómo lamérmelo para que cada fibra de mi ser se encendiera en una hoguera. Mis manos se enredaron en su pelo, tirando, empujándolo hacia mí, perdiéndome en la sensación cruda y absoluta de su boca en mi sexo.

—Así es, cariño —gruñó, y la vibración de su voz me envió otra ola de placer—. Grita por mí. Que toda la gente de ahí abajo sepa quién te hace sentir así.

La idea me excitó de una forma que no esperaba. Estaba aquí, en la habitación de su infancia, siendo devorada por su marido mientras toda nuestra familia y amigos celebraban a pocos metros. El riesgo, la transgresión, el puro y absoluto placer de ser suya… era demasiado.

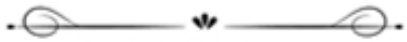
—Nico, por favor… —supliqué, mis caderas moviéndose contra su boca, buscando más, buscando todo.

Él levantó la cabeza, su barbilla brillando con mi humedad. Una sonrisa salvaje y triunfal adornaba sus labios.

—¿Por favor qué, mi mujer? —dijo, y esas dos palabras, "mi mujer", fueron casi mi perdición.

—Quiero que me folles. Ahora. Aquí. En esta cama.

Capítulo 32



Paula

Se levantó de un solo movimiento, una fuerza animal y contenida. Me tomó en brazos y me arrojó sobre la cama con una suavidad que contrastaba con la ferocidad de sus ojos. Me miró un segundo, como si quisiera grabar esa imagen en su memoria para siempre. Yo, en mi cama, vestida solo con el encaje de mi sujetador, con las piernas ligeramente abiertas, con el pecho subiendo y bajando con cada respiración ansiosa.

Se deshizo del resto de su ropa. El pantalón, los bóxers. Y entonces estuvo desnudo frente a mí. Duro, grande, perfecto. Su erección se alzaba contra su estómago, una promesa de todo lo que estaba por venir. Se subió a la cama, cubriéndome con su cuerpo, su peso un ancla que me mantenía a la deriva en un mar de pura sensación.

—Mírame —ordenó, y abrí los ojos, que no sabía que había cerrado—. Mírame mientras te follo.

Se posicionó entre mis piernas, la punta de su sexo rozando mi entrada húmeda y ansiosa. No entró. Se quedó ahí, jugando, torturándome, frotándose contra mi clítoris con una lentitud que me volvía loca.

—Nico, te lo ruego… —gimoteé, moviendo mis caderas, intentando absorberlo, tomarlo dentro de mí.

—Ruego —repitió, y su sonrisa era de pura maldad—. Me gusta cómo suena eso en tus labios.

Y entonces, con una embestida profunda y sin piedad, se hundió dentro de mí hasta el fondo. Grité. Un grito crudo, sin filtro, de pura plenitud. Se sentía increíble, más profundo, más real que nunca. Era como si nuestras almas se estuvieran conectando a través de nuestros cuerpos, como si cada pulgada de él dentro de mí borrara los seis años de espera, de silencios, de dolor.

—Mía —gruñó contra mi oído, y empezó a moverse.

No hubo un ritmo suave. No hubo una progresión gradual. Fue salvaje. Feroz. Cada embestida era un golpe, una reclamación, un castigo por todo el tiempo perdido. El cabecero de la cama golpeaba la pared con un ritmo insistente, un redoble sordo que se mezclaba con nuestros jadeos, con los gemidos que se me escapaban del pecho, con las palabras obscenas que él susurraba sin parar.

—¿Sabes lo mucho que he esperado esto? —dijo, su ritmo acelerándose, volviéndose más frenético—. ¿Sabes las veces que he tenido que irme de una cena, de una reunión, con una puta dura por pensar en ti así? ¿Con ganas de llevarte lejos y follarte hasta que no pudieras caminar?

Sus palabras me excitaron más, me empujaron hacia el borde. Me agarré de su espalda, mis uñas arañando su piel, dejando marcas rojas que serían prueba de nuestra pasión.

—Y ahora eres mía —continuó, y una de sus manos bajó hasta donde nos uníamos, su pulgar encontrando mi clítoris y frotándolo en círculos rápidos y duros—. Para siempre. Mi esposa. Joder, Paula, mi esposa.

La combinación de su sexo golpeándome profundo, su pulgar en mi clítoris y sus palabras en mi oído fue demasiado. El orgasmo me golpeó como un rayo, violento y arrasador. Mi cuerpo se tensó en un arco perfecto, un grito se escapó de mi garganta mientras las contracciones me sacudían con una fuerza que me dejó temblando y sin aliento.

Él no se detuvo. Siguió moviéndose, alargando mi orgasmo hasta que se convirtió en algo casi doloroso. Y entonces, con un rugido ahogado contra mi cuello, sentí cómo se endurecía dentro de mí, cómo su ritmo se volvía errático hasta que, con una embestida final y profunda, eyaculó, liberando un calor intenso que me hizo estremecer de nuevo.

Nos quedamos así, pegados, sudorosos, jadeando, con el corazón desbocado. El mundo exterior volvió a existir lentamente. La música amortiguada, las risas lejanas. Nico se apartó lo justo para mirarme, su peso todavía sobre mí, sus brazos sosteniéndolo para no aplastarme. Me limpió una lágrima que no sabía que se me había escapado con el pulgar.

—Estás bien —dijo, no fue una pregunta.

Asentí, incapaz de hablar. Él se recostó a mi lado, me atrajo hacia él y me cubrió con la manta. Me acurruqué contra su pecho, escuchando el latido de su corazón, que poco a poco volvía a la normalidad. Estábamos en silencio por un largo rato, un silencio cómodo, lleno de todo lo que nos habíamos dicho sin palabras.

—Nico —dije al final, mi voz apenas un susurro en la penumbra de la habitación.

—Sí, cariño —respondió, su voz somnolienta y satisfecha.

Tragué saliva, sintiendo un miedo nuevo y diferente al que había sentido toda mi vida. Un miedo dulce y aterrador a la vez.

—Hay algo que tengo que decirte.

Se incorporó un poco, apoyándose en el codo para mirarme. La preocupación nublaba sus ojos.

—¿Qué pasa? ¿Estás arrepentida? ¿Ha sido demasiado…?

Negué con la cabeza, sonriendo débilmente.

—No. No, ha sido… perfecto. Todo ha sido perfecto.

Suspiró aliviado, pero seguía mirándome con atención.

—Entonces, ¿qué es?

Respiré hondo. Era ahora o nunca.

—Estoy embarazada.

El silencio que siguió a mis palabras fue absoluto. Denso. Tan pesado que sentí que podía ahogarme con él. Nico se quedó completamente inmóvil, sus ojos fijos en los míos, sin parpadear. Su expresión era un blanco, una mezcla de shock, incredulidad y… ¿qué más? No podía descifrarlo. El corazón me latía con tanta fuerza que sentía que se me saldría del pecho. Por un segundo aterrador, pensé que había cometido el peor error de mi vida. Que había arruinado todo.

Y entonces, una sonrisa. Una sonrisa lenta, pícara, increíblemente Nico. Se recostó de nuevo, echándose la cabeza hacia atrás con las manos entrelazadas detrás de la nuca, y soltó una risa baja y ronca que hizo vibrar todo el colchón.

—Joder, Paula —dijo, y su voz estaba llena de una admiración y un orgullo que me desarmaron por completo—. No he podido tener tanta puntería en los preliminares de la noche de bodas.

Me quedé mirándolo un segundo, sin entender. La frase era tan absurda, tan masculina, tan increíblemente *él*, que mi cerebro tardó en procesarla. Y entonces, entendí. Y la risa me explotó en el pecho, una risa franca, liberadora, que me hizo doblarme sobre él, con las lágrimas brotando de mis ojos. No eran lágrimas de miedo ni de emoción, eran lágrimas de pura y absoluta felicidad.

—Idiota —dije entre carcajadas, golpeándole suavemente el pecho—. Eres un idiota absoluto.

Él se rio conmigo, un sonido profundo y maravilloso que se convirtió en la música más bella que había escuchado nunca. Me tomó de la cara, sus pulgares secando mis lágrimas de risa, y me besó. Un beso lento, tierno, lleno de todo el amor del mundo.

—No —dije yo, cuando nos separamos, sonriendo como una loca—. No, Nico. La puntería no ha sido esta noche.

Arqueó una ceja, intrigado.

—¿Ah no? ¿Me estás diciendo que no soy el responsable? Porque, cariño, he estado bastante presente últimamente.

Me reí de nuevo, apoyando la frente en la suya.

—La puntería la tuviste hace un mes y medio —confesé, y mi voz se volvió más suave, más íntima—. La noche que celebramos la victoria de tu equipo. La noche que llegaste a casa ebrio de felicidad y me desvestiste en el salón.

Se quedó callado. Su risa se desvaneció. Miró hacia el techo, como si estuviera revisando archivos en su cerebro, y entonces vi el momento exacto en que encontró el recuerdo. Sus ojos se abrieron ligeramente, su respiración se cortó. La noche del título. La noche de champán, de celebración, de un sexo apasionado y un poco desesperado en el suelo del salón de nuestro piso, bajo la luz de la ciudad.

Se giró lentamente para mirarme. El shock había desaparecido, reemplazado por una emoción tan profunda, tan pura, que me dejó sin aliento. No era alegría, no era solo sorpresa. Era algo más grande. Algo sagrado.

—¿En serio? —susurró, y su voz temblaba, la primera vez que oía a Nico Roldán, el hombre del mundo, temblar de verdad.

Asentí, con las lágrimas volviendo a mis ojos, pero esta vez eran diferentes.

—En serio —confirmé—. Hice la prueba esta mañana. Antes de… de todo. Quería decírtelo después, en privado. Quería que solo fuera nuestro, al menos por un ratito.

Él no dijo nada. Simplemente me miró. Y en sus ojos vi pasar toda nuestra vida. La niña que yo era, el adolescente que él fue. Los años de distancia, de silencio. El primer beso, la primera vez, las peleas, las reconciliaciones. Y el futuro. Nuestro futuro. De repente, tenía una forma, un rostro, un latido.

Y entonces me besó. No fue un beso de pasión, ni un beso tierno. Fue un beso de consagración. Un beso que sellaba un pacto más antiguo que el tiempo, más profundo que las palabras. Me abrazó con una fuerza que casi me dolió, enterrando la cara en mi pelo, y me apretó contra él como si quisiera fundirnos en un solo ser.

—Ese —dijo al fin, su voz ronca y emocionada contra mi mejilla—. Ese es solo el primero de muchos, ¿entendido?

Me aparté un poco para mirarlo a los ojos, que brillaban con una intensidad febril.

—¿El primero de qué?

—De muchos hijos, Paula —dijo, con una certeza que no admitía discusión—. Con tú lo quiero todo. La amistad, el amor, la pasión, el deseo… y los hijos que vengan. Todos los que quieras. Quiero llenar esta casa de risas y caos. Quiero verte embarazada una y otra vez. Quiero crear un ejército contigo.

Una sonrisa gigantesca se dibujó en mi rostro, un sentimiento de plenitud tan abrumador que sentí que podría flotar.

—¿Un ejército? —pregunté, riendo.

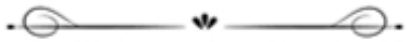
—Sí, un maldito ejército —repitió, y él también se rio, una risa libre y feliz —. Quiero que nuestros hijos tengan tus ojos. Tu terquedad. Tu inteligencia. Quiso que sean tan listos y tan maravillosamente imposibles como su madre.

Me volvió a besar, y esta vez fue una mezcla de todo. De ternura, de promesa, de un deseo renacido que ya no era solo físico, sino algo más profundo, más primitivo. El deseo de construir, de crear, de legar.

Nos quedamos abrazados en la cama de su infancia, mientras la fiesta continuaba abajo, en otro mundo. Un mundo al que pertenecíamos, pero que ya no definía nuestro universo. Nuestro universo era ahora este. Esta cama, esta habitación, este secreto que compartíamos, esta vida que crecía dentro de mí.

Y mientras me mecía suavemente en sus brazos, mientras sentía su aliento regular junto a mi cuello y el latido de su corazón bajo mi mano, tuve un pensamiento, una certeza absoluta que se grabó a fuego en mi alma. Pensé en todos los años que había pasado amándolo en secreto, en el dolor de pensar que nunca sería mío, en la culpa de sentir algo que creía prohibido. Y me di cuenta de que todo, absolutamente todo, había valido la pena. Cada lágrima derramada, cada mentira silenciosa, cada noche de soledad. Porque todo me había traído hasta aquí. Hasta este momento. Hasta este hombre. A Nico. Mi amigo, mi amante, mi marido. El padre de mi hijo. El amor de mi vida. Y no había nada en el mundo, ni en el cielo ni en el infierno, que pudiera ser más perfecto que esto.

Epílogo



Nico

Diez años después…

Diez años, y había días en los que me parecía una vida entera. Y otros… en los que sentía que todo había pasado en un suspiro.

—¡Papá, mírame!

Levanté la vista justo a tiempo para ver a Mateo controlar el balón con el pecho y bajarlo con una naturalidad que no era normal en un niño de nueve años.

No lo era. Y lo sabía.

—Bien —dije, cruzado de brazos, intentando mantener la seriedad.

Aunque por dentro… Por dentro estaba jodidamente orgulloso.

—Eso ha sido suerte —añadí.

—¡No ha sido suerte! —protestó él, indignado.

—Entonces repítelo.

Sonrió. Desafiante. Y lo hizo otra vez. Mejor. Más limpio. Más preciso. Negué despacio.

—Vale… eso ya no ha sido suerte.

—Te lo dije.

—No te emociones.

—Me emociono si quiero.

Resoplé.

—Eres igual que tu madre.

—Eso dice mamá.

Sonreí de lado. Claro que lo decía. Y tenía razón. Porque Mateo tenía esa mezcla suya de talento y carácter que no dejaba indiferente a nadie. Y eso… eso podía ser maravilloso. O peligroso.

—Otra vez —le indiqué.

El balón volvió a rodar. El sol caía sobre el campo de entrenamiento.

Mi campo. Nuestro campo. El mismo en el que había jugado durante años. El mismo en el que me había dejado la piel. Y ahora… Ahora lo miraba desde fuera.

Desde otra posición. Como entrenador. Como alguien que había cambiado el césped por la banda, pero no la pasión.

Me retiré a los treinta y nueve. No porque quisiera. Sino porque supe que era el momento. Y no me equivoqué. Porque ese mismo año Mateo empezó a correr detrás de un balón.

Y entendí que había otras formas de vivir el fútbol. Más importantes. Más reales.

—¡Papá!

Adrián apareció corriendo, con siete años y la misma energía imposible de contener.

—¡Mira esto!

Sin esperar respuesta, chutó el balón desde donde estaba y marcó un gol.

—Vale… —murmuré—. Esto se me está yendo de las manos.

—¡He marcado! —gritó, levantando los brazos.

—Sí, lo he visto.

—¿A que soy mejor que Mateo?

—Ni de coña —respondió su hermano.

—¡Sí lo soy!

—¡Que no!

—¡Que sí!

—¡Que no!

—¡Que sí!

—Chicos —intervine.

Silencio inmediato. Tres segundos.

—Seguimos —dije.

Y volvieron. Como si nada. Negué con la cabeza.

—Iguales…

—Peor que tú.

La voz de Paula a mi espalda hizo que girara. Y ahí estaba. Diez años después… Y seguía dejándome sin aire.

Apoyada en la valla, con gafas de sol, el pelo recogido en una coleta alta, esa sonrisa suya que siempre parecía saber algo más que el resto del mundo.

Responsable de prensa del equipo. Profesional. Impecable. Y mía. Siempre mía.

—No era tan malo —respondí.

—Eras insoportable.

—Era competitivo.

—Eras un chulo.

—Eso también.

Sonrió. Y caminó hacia mí. Y cuando estuvo lo suficientemente cerca… Le rodeé la cintura sin pensarlo. Como siempre.

—Hola —murmuré.

—Hola.

La besé. Porque sí. Porque después de diez años… Seguía necesitando hacerlo. Seguía sintiendo lo mismo. O más.

—Los niños —murmuró contra mis labios.

—Que aprendan.

—Eres un desastre.

—Y tú me quieres.

—Demasiado.

Sonreí.

—Lo sé.

Se apoyó en mí, mirando a los chicos.

—Van a darte problemas.

—A mí no.

—A ti sí.

—A los entrenadores.

—Tú eres el entrenador.

La miré.

—Entonces sí.

Rio. Y ese sonido… Ese puto sonido… Seguía siendo casa.

—¡Papá!

Esta vez fue Daniel.

Cinco años, y ya corría como si hubiera nacido en un campo.

—¡Gol!

—No ha sido gol —respondió Mateo.

—¡Sí!

—¡Que no!

—¡Que sí!

—¡Que no!

Paula suspiró.

—¿Ves? Te lo dije.

—Esto no es cosa mía.

—Claro que no.

—Es genética tuya.

—Ni de coña.

—Totalmente.

—Ni hablar.

Las risas nos cortaron.

Dos pequeñas tormentas aparecieron corriendo desde el lateral. Claudia y Alba. Tres años. Imposibles.

—¡Papáaaaa!

Me agaché justo a tiempo para recibirlas. Una en cada lado.

—Tranquilas, terremotos.

—¡Ellos no nos dejan jugar!

—¡Nunca nos pasan el balón!

Miré a los tres mayores.

—¿En serio?

—Es que no saben —dijo Adrián.

—¡Sí sabemos! —protestó Claudia.

—¡Sí! —repitió Alba.

Paula se cruzó de brazos.

—A ver… igualdad.

—Esto se me está complicando —murmuré.

—Tú te lo buscaste.

—Tú también estabas.

—Pero la idea fue tuya.

—Mentira.

—Totalmente verdad.

Sonreí.

—Venid —les dije a las pequeñas—. Vosotras jugáis conmigo.

—¡Sí! —gritaron al unísono.

Paula negó con la cabeza, riendo.

—Estás perdido.

—Desde hace años. Y no me arrepiento de nada.

Su expresión cambió. A algo más suave. Más profundo.

—Yo tampoco.

Las tardes en el campo se alargaban. Los entrenamientos se mezclaban con juegos. Los gritos con risas. Y la vida… con todo.

Marco apareció por la banda, silbando.

—¿Otra vez montando un equipo paralelo?

—Cállate —respondí.

—Te van a quitar el puesto.

—Ni de coña.

Lucía venía detrás, con Alba, la mayor, y los dos pequeños, Enzo y Carlo, corriendo alrededor.

—¡No corráis! —gritaba—. ¡Os vais a matar!

—Déjales —dijo Marco—. Son Roldán en potencia.

—Ni se te ocurra.

Nos miramos y sonreímos. Porque todos sabíamos cómo había empezado aquello.

—Te lo dije —murmuró Paula a mi lado.

—Lo sé.

—Otra boda.

—Y otra vida.

—Y más niños.

—Demasiados.

—Nunca son demasiados.

La miré.

—Depende del día.

Y ella rio.

Las noches eran otra cosa. Más calmadas. Más nuestras.

Los niños dormidos. La casa en silencio. Y nosotros… volviendo a ser nosotros. Como siempre. Como al principio.

—¿En qué piensas?

La voz de Paula, tumbada a mi lado, me sacó de mis pensamientos. Miraba el techo. Como hacía cuando algo le rondaba la cabeza.

—En nosotros.

Giró la cabeza.

—Eso suena serio.

—Lo es.

Se apoyó sobre un codo.

—Cuenta.

La miré despacio. Recorriendo cada detalle que ya conocía de memoria.

Y que aun así… Nunca me cansaba de mirar.

—En todo el tiempo que pasé pensando que eras imposible.

Su expresión se suavizó.

—Nico…

—En todo lo que me callé.

—Lo sé.

—En lo mucho que intenté convencerme de que no podía ser.

Se acercó un poco más.

—Pero fue.

Asentí.

—Fue.

—¿Te arrepientes de algo?

La pregunta salió suave, pero directa. Como siempre había sido ella.

Negué. Sin dudar.

—De nada.

Ni un segundo.

—Ni siquiera de aquella noche.

Sonrió, lentamente.

—El error.

—El mejor de mi vida.

—El más perfecto.

La atraje hacia mí.

—El único que repetiría mil veces.

—Yo ya lo he repetido cinco —murmuró, y solté una risa.

—Y no hemos terminado.

—Ni de coña.

Nos besamos, despacio y sin prisa. Como si el tiempo no importara. Como si nunca hubiera importado.

Y en ese momento, con su respiración mezclándose con la mía, con su mano en mi pecho, con su cuerpo encajando en el mío como siempre, pensé algo que llevaba años sabiendo pero que nunca dejaba de sorprenderme.

Que todo lo que había sentido por ella cuando no debía, cuando parecía imposible, cuando dolía, había valido la pena.

Porque al final tenía razón. Habíamos cometido el error más perfecto de nuestras vidas. Y nunca, nunca, nos habíamos soltado la mano.

RRSS:

Facebook: Marcos Álvarez Castro
IG: @marcosalvarezcastro
X: @ChicasTribu